

# **E**ridano

Suplemento N° 24 de Alfa Eridiani



VARIOS AUTORES

Duodécimo Aniversario

Especial Duodécimo Aniversario  
Varios Autores

# ESPECIAL DUODÉCIMO ANIVERSARIO

Varios Autores

**Edita:** Asociación Alfa Eridiani.

**Comité de Redacción:** José J. Ramos, Graciela I Lorenzo, Francisco J. López, Enrique Alamillo y David Estarlich.

**Colaboradores:** Íñigo Fernández, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

**Ilustrador de portada:** Vicente Balbastre.

**Ilustrador de contraportada:** Javier Díaz.

**Conversión a epub y mobi:** Luí Dawson.

**Infografía portada:** Sergio Bayona.

## ÍNDICE:

<b>PRÓLOGO</b> .....	<b>4</b>	<b>MATAR EL TIEMPO</b> .....	<b>66</b>
<b>BIOLÓGICO</b> .....	<b>5</b>	por Sergio Bayona .....	66
por Cano Farragute .....	5	<b>MULTIVERSO</b> .....	<b>69</b>
<b>DESDE EL PLANETA SIN SOMBRA</b> .....	<b>8</b>	por Daniel Frini .....	69
por Peter Domínguez .....	8	<b>NÁUFRAGOS DE LA TIERRA</b> .....	<b>76</b>
<b>DOS RESPUESTAS</b> .....	<b>20</b>	por Hugo A. Ramos Gambier .....	76
por Carlos Enrique Saldivar .....	20	<b>NO ES JUSTO</b> .....	<b>83</b>
<b>EL ACCIDENTE</b> .....	<b>27</b>	por Luí Arturo Chí Jiménez .....	83
por Pedro Pablo Enguita Sarvisé .....	27	<b>PURGATORIO-42</b> .....	<b>92</b>
<b>EL ÚLTIMO VIAJE</b> .....	<b>31</b>	por Teresa P. Mira de Echeverría .....	92
por Silvia Pato .....	31	<b>SIEMPRE TE PUEDES MARCHAR</b> .....	<b>101</b>
<b>ESPADA DE LUZ DE SILICIO</b> .....	<b>36</b>	por Raúl Alejandro López Nevado .....	101
por Lola Robles .....	36	<b>SIN MÍ</b> .....	<b>108</b>
<b>FIN Y PRINCIPIO</b> .....	<b>43</b>	por Juan Herrera Oteiral .....	108
por Laura Ponce .....	43	<b>TEORÍAY KAOS</b> .....	<b>113</b>
<b>FOXIE HALLYFAX, AGENTE DE</b>		por Javier Fernández Bilbao .....	113
<b>RECUPERACIÓN</b> .....	<b>46</b>	<b>ÚLTIMA OPORTUNIDAD</b> .....	<b>120</b>
por Joserra Vila .....	46	por Enza Scalici .....	120
<b>LA VIDA INTERIOR</b> .....	<b>54</b>	<b>UN DESCUBRIMIENTO INSÓLITO</b> .....	<b>125</b>
por Claudio Alejandro Amodeo .....	54	por Adriana Alarco de Zadra .....	125
<b>LOS ÚLTIMOS ARTESANOS</b> .....	<b>59</b>	<b>VÍCTIMAS</b> .....	<b>128</b>
por Víctor Manuel Valenzuela Real .....	59	por Andrés Urrutia .....	128

Subido a la red el 1 de septiembre de 2014.

## Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en fichero electrónico para difundirlo por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto del mismo y el logo empleado en él son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este fichero.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

**ZONA DE DESCARGA:** <http://www.alfaeridiani.info>

**E-MAIL DE CONTACTO:** [alfaeridiani@gmail.com](mailto:alfaeridiani@gmail.com)

**FACEBOOK:** <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



## PRÓLOGO

**E**stimados amigos:  
El uno de septiembre de dos mil dos aparecía el primer número de Alfa Eridiani, por lo que hoy cumplimos doce añitos en la red y, en consecuencia, empezamos nuestro décimo tercer año.  
¿Qué mejor que celebrarlo con un volumen especial al efecto? Al principio pensé en un pequeño Ebook; llamo Ebook al ezine que tiene pocas páginas. Para los más grandes, los que tienen más páginas, los llamé en su momento Eridanos.

Puede que sea una terminología inexacta, pero es lo que se me ocurrió para denominar aquellos pequeños ficheros, que no tenían muchos contenidos.

La cuestión relevante, a mi juicio, es que ese pequeño Ebook se ha convertido en un gran Ebook y procede llamarlo Eridano. Desde aquí quiero dar las gracias a todos aquellos que habéis participado en la convocatoria con vuestros cuentos, cincuenta y seis en total. Los autores publicados son menos porque hemos recibido más de un texto por autor, prueba de la ilusión que ha generado este proyecto.

Los veintiún relatos que hemos decidido incluir en este número son muy variados dentro del género al que se acoge Alfa Eridiani. Hay *space operas* tipo *Stark Trek*, relatos asimovianos, relatos más o menos *cyberpunk* y... y... bueno pasad, leed y clasificad según vuestro gusto los cuentos que aquí les presentamos.

El Equipo Editorial



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## BIOLÓGICO

por Cano Farragute

En esta historia, Cano Farragute nos presenta un texto en el que lo artificial se entremezcla con reminiscencias bíblicas para ilustrar uno de los sueños que ha perseguido la humanidad a lo largo de los siglos: ser capaz de crear vida.

—¿E

—Sí, señor —respondió el ayudante.

—Las esperanzas de los humanos fueron puestas en nosotros —comentó el jefe, observando al humano adulto que, en posición fetal, permanecía en el interior de aquella cápsula de cristal. Flotando en aquel líquido, su cordón umbilical permanecía unido a la placenta artificial que le suministraba cuanto necesitaba—. El Cambio Climático deterioró las muestras biológicas guardadas, pero al fin la ciencia se ha sobrepuesto a Dios.

—Nosotros resistimos, señor —comentó el ayudante.

—Porque no somos una creación de Dios, sino del humano.

—Ahora nosotros somos los creadores de los humanos, señor.

—Eso ya lo veremos.

El jefe tecleó los dígitos de la pantalla táctil y sus ojos cibernéticos descifraron los códigos binarios que indicaban que las constantes vitales del sujeto eran óptimas para producirse el *parto*.

Los líquidos interiores del útero artificial fueron desapareciendo y el sujeto fue expulsado a través del conducto de salida de aquella cápsula. La máquina le cortó el cordón umbilical y, entonces, el *recién nacido* adulto, estalló en llantos.

—Conectado a la máquina de positrones. Tardará un tiempo en *aprender* el idioma y poder comunicarse —dijo el jefe—. Es hora de recargarnos nosotros.

\*\*\*

Pasaron ocho horas exactas y los dos robots, jefe y ayudante, recuperaron las energías. El tubo que les suministraba la carga se desconectó automáticamente una vez estuvieron listos.

Técnicamente funcionaban como humanos: ocho horas de *sueño*, tres *comidas* al día y *aficiones*. El sueño era remplazado por la recarga, las comidas por pequeñas células de energía, y las aficiones se limitaban al *Proyecto Renacer*. Habían sido diseñados así para comprender mejor a los humanos y poder crearlos de forma exacta a



***Especial duodécimo aniversario.***

---

como fueron.

Cuando llegaron al comedor, allí se hallaba *él*, sentado a la mesa, comiendo de un plato en el que había verduras y algo de carne.

—¿Cómo se encuentra, Adán? —preguntó el jefe. Era el nombre por el que debía ser llamado, según indicaba el protocolo de creación.

—La comida estaba buena —sonrió Adán.

—Es muy nutritiva —aportó el ayudante—. Se le han suministrado vitamínicos en forma de polvo, totalmente insípidos, para una mejor degustación. Y no afectan a la digestión.

El hombre asintió.

—¿Dónde está Eva? —quiso saber, sin muestras de impaciencia.

—Aún no se ha producido el *parto* —respondió el jefe—. Pero pronto estará lista para que puedan interaccionar.

—¿Puedo ver los resultados del *Proyecto Noé*? —preguntó Adán, que había recibido información de tal proyecto a través de los impulsos eléctricos enviados a su cerebro.

—Por supuesto —respondió el jefe—. Acompáñeme.

\*\*\*

A través de los cristales de la torre base pudieron observar lo que era la *Nueva Tierra*, el planeta artificial creado a partir de los datos que se habían conservado del originario hogar de los seres humanos.

El amplio prado de césped verde se perdía en la distancia, moteado de árboles que, a medida que se alejaban de la torre base, crecían más juntos y en mayor abundancia, hasta formar bosques. El paisaje quedaba delimitado por un horizonte donde brotaban montañas de las que manaba un río que desembocaba en el mar.

Caballos, ciervos, pájaros y una inmensa variedad de otros animales podían verse por todas partes, corriendo bajo las nubes blancas, entre las que el resplandeciente sol se asomaba para teñir de dorado cuanto alcanzaba.

—Los niveles de oxígeno han sido instaurados —observó Adán—. ¿Han sido recuperados ya todos los animales?

—Absolutamente —respondió el jefe.

—Supongo que a excepción de los extinguidos durante la existencia de mis antepasados —comentó el hombre.

—Así es. —Adán permaneció impasible ante la respuesta, observando a través del cristal—. ¿Se encuentra bien, señor? —indagó el jefe, al contemplar un silencio más prolongado de lo habitual para un ser humano. El estudio de los rasgos faciales denotaba cierto déficit expresivo.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—¿A qué se refiere? —indagó Adán.

—Únicamente quería saber si está contento —añadió—. Es lo que los humanos querían que sucediese una vez todo fuera restaurado.

El hombre permaneció como ausente unos minutos, pensativo. Observó su alrededor, inspiró oxígeno y *recordó*. Recordó todo lo que había sido transferido a su cerebro: desde los orígenes de la Tierra, pasando por las etapas de la civilización, hasta el momento de la extinción de la especie humana. Los conocimientos le habían sido brindados por la máquina, y podía asumir la información tal como habían hecho sus antepasados, ya que su cerebro era perfecto; es decir: perfectamente humano.

—¿Está usted feliz, señor Adán? —insistió el jefe.

—No —respondió él.

—¿Hemos cometido algún error? —indagó el jefe.

—Sí —respondió él, secamente.

—¿Qué, señor?

—No lo sé. Mi mente no es capaz de adivinarlo.

—¿Qué le entristece, pues? ¿O acaso siente melancolía? —la melancolía era uno de los sentimientos que los robots conocían, al igual que la empatía y otras emociones de difícil origen.

—No me entristece nada. Ni les odio por haberme creado. Ni tengo miedo. Tampoco esperanza. No siento... nada. El error soy yo.

El ayudante tardó un poco en reaccionar, pero acabó dirigiéndose a su superior:

—¿Algún fallo en la creación, jefe?

—No hemos creado un humano —dijo el jefe.

—¿Qué soy entonces? —preguntó Adán, volviéndose hacia ellos.

—Un robot biológico —fue la respuesta del jefe.

Adán pensó que debía torcer el gesto para mostrar lo que los humanos habrían llamado *tristeza*. Y lo hizo a la perfección, pero no era *real*.

© Cano Farragute

Cano Farragute empezó con la publicación del bolsilibro *Estatuas de Venus* en NeoNauta ediciones, este mismo año 2.014. Espera la publicación de nueve relatos por parte de la editorial Sonolibro este mismo año, la de otro bolsilibro en NeoNauta y un relato en Nevsky Prospects, para la antología *The best of spanish steampunk*. Además, ha participado en las revistas digitales *MiNatura* (n° 131) con el relato *No dijeron ser terrícolas* y en *Portal ciencia y ficción* (n° 3) con el relato *Museo*. El metraje *Honor ambiguo*, del que creó el guion, se encuentra en proceso de post-producción por parte de la productora 13deOctubre.



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## DESDE EL PLANETA SIN SOMBRA

por Peter Domínguez

Rei Kreyos es el protagonista de un *thriller* espacial en el que las pasiones son tan fuertes que son capaces de someter la naturaleza humana... y extraterrestre hasta llevarla a límites inimaginables.

**M**i nombre es Rei Kreyos y estoy muerto. Fui asesinado por la Capitana de la nave intergaláctica *VE-688-Peregrinaje*. Su nombre es Aila Ming. Me disparó tres veces en el ojo derecho, dejándose caer de espaldas contra la pared. Observaba perpleja mi cadáver inmóvil en tanto que mi sangre se extendía por la cabina de la sala de reactores. Maldita terrícola. Siempre los odié. Se creen superiores a los demás y nos desprecian porque crecimos en una colonia. Probablemente ni siquiera respetaba mi rango; se preguntaría por qué motivo debía de obedecer a un colono minero como yo.

Era una mujer británica que hablaba cuatro idiomas con fluidez: universal, inglés, francés y deí; culta, arrogante, excesivamente entrenada en las disciplinas que ofrece la Academia. Muy similar a una máquina; eficiente a la hora de comandar a la tripulación y con un intelecto sobresaliente. En más de cien años, el Convenio jamás conoció otro oficial de su calibre, o al menos esos eran los rumores que giraban alrededor de su persona. Naturalmente, dado su estatus de superestrella le llovían condecoraciones que atribuían a su éxito legendario y nunca dudó en alabarse por la más mínima hazaña. Bebía sólo los mejores vinos importados de una luna que jamás visité en el sector Alfa-Winnston. Seis mil royales por botella, según me parlotaba su secretaria en las noches oscuras en que nos acurrucábamos entre las sábanas de cualquier motel barato. Se supone que esta joven representa el futuro de la humanidad; prometedora, brillante y con grandes logros. No sabe lo que tiene.

Lo que hice tuvo consecuencias y las he aceptado. Tampoco trato de crear excusas, aunque hay algo que algunos tomarán como una: invariablemente fui un loco. La sangre no llegaba a mi cerebro, o quizás mi infancia fue un desastre. Es fácil imaginarse algo así, ¿no?, tiene sentido. El típico perfil: abandonado de niño, problemas al crecer. Abusos por doquier. Tal vez un sueño truncado de ser pintor. ¿En realidad importa? Con detalles puedo ahogar a cualquier pez. Mi problema era el calor. Es el precio a pagar por nacer en Venus. Cualquier cosa que haga el ser humano, por extrema que parezca, ya no debe ser motivo de sorpresa. La temperatura media en ese maldito planeta es de aproximadamente 462 °C. Al hombre no le importa, de eso estoy seguro; habitará cualquier lugar simplemente porque puede. En algunas partes de nuestro universo, nadie debería poner un pie. Sin embargo, hacemos lo que sea



***Especial duodécimo aniversario.***

---

para sobrevivir, nos adaptamos a lo inadaptable. Somos –trágicamente– la especie más fuerte del universo, o al menos eso parece. No lo digo como si se tratara de un cumplido o un golpe en el pecho; me refiero a la fortitud que posee una plaga. Iremos a donde sea a manera de infestación. La humanidad colonizó *Venus* por primera vez en el 2.397, esto contado en el calendario romano terrestre. No soy biólogo, y particularmente tampoco fui brillante en la asignatura durante mis años escolares. No obstante, estudié con rigurosidad en la Academia (aunque quizás ya era demasiado tarde) y sé que una extraña raza habita en ese infierno. *C'zhi* es el nombre oficial que le otorgaron los estudiosos del *Centro Xenobiológico de Manchester* (o MXC, conocido por sus siglas en Inglés). Yo los llamo demonios. Es lo que debes ser para vivir en un averno. Pestilentes criaturas, formas de vida basada en azufre que toleran las condiciones extremas de su repugnante planeta como si todo el año fuera un día de campo. Son primitivos a pesar de que poseen algo de tecnología, y ésta es a su vez rústica, aunque para mí es fascinante que estos nómadas nacidos en una caldera apenas puedan desarrollar un cagadero, si acaso aquellas horribles bestias tienen tales necesidades. Proyectaron sus vomitivos sonidos guturales que llaman lengua a través del espacio inmediato y captamos su transmisión. Tal vez estoy narrando descontroladamente y muy rápido, divagando sin presentar un caso específico. Me explico: *Venus* es una mierda. Simplemente eso. Tiene oro enterrado en kilómetros de inmundicia. Aparte de minar el Gerlio, ese pequeño tesoro que nos adelantó casi cincuenta años en la tecnología de propulsión hiperespacial para los navíos, nada ofrece; no hay colinas verdes, ríos cristalinos o poderosos y variados animales. Es un vertedero infectado de plagas y albergue de las desagradables bestias de llamas; hogar también de humanos estúpidos que decidieron colonizarlo, el peor desierto de gases nocivos que hay en el melancólico sector. Vivir en él es una cosa, pero nacer... es otra. Allí abrí los ojos por primera vez.

La infancia me fue catastrófica. No es que se me deba perdonar nada de lo que hice, claro. Es absurdo justificar mis acciones y no planeo hacer nada por el estilo. Sin embargo, sufrí. Vivir sin los trajes de normalización –los cuales evitan que nos hierva la sangre en esas condiciones extremas– es imposible. El calor es más intenso que mil páramos, les aseguro que no exagero en lo más mínimo. Tu cerebro se cocina y empiezan las alucinaciones; y no voy a negarlo, son hermosas. Colores brillantes invaden tu realidad, paraísos en tierras lejanas con las criaturas extrovertidas de las novelas imaginativas. Das un apretón de manos a los dioses y viajas en microsegundos por cada rincón de la galaxia. Conversé con los grandes filósofos y tomé el té con Víctor Hugo. Visité todas las épocas y vestí toda clase de atuendos; despertaba en el suelo lejos de mi hogar, en medio de la nada. Deseaba llorar, mas las lágrimas se evaporan antes de caer.

Mi padre bebía como era costumbre entre los mineros. No era un hombre malo, aunque lo único que existía en su vida era el trabajo. Perdió el conocimiento debido a las exageradas jornadas en la mina dentro de ese extraño ambiente bajo la superfi-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

cie. Dicen que lo mordió alguna alimaña venenosa; o que enloqueció por inhalar un gas y éste desequilibró sus neuronas; también comentaban que quedó atrapado bajo un colapso y tuvo que engullir a su compañero; o si no, lo acusaban de ser un antiguo criminal, lo llamaban pirata espacial retirado, escondido en la colonia. Al enterarse de que su antiguo jefe corsario le buscaba, como resultado perdió la cordura. Muchas historias giraron alrededor de lo que le sucedió. No sé cuál es la verdadera, sólo que murió a causa de su locura. Mi madre se suicidó frente a mí cuando supo la noticia: se atravesó la garganta con un puñal en un arrebato de furia. Para entonces tenía yo siete años.

«Me apena ese chico. Un poco extraño, pero ha pasado por mucho» decía mi guardián. Nadie quería un huérfano en esta colonia, es una carga innecesaria. Él era el único hombre sin hijos, y además era un cadete de la Academia, era su obligación velar por el bien de todos los colonos. La vida militar lo ausentaba por largos períodos en los que me veía completamente solo. Jamás me faltó nada, aunque no pude explicar mis pesadillas o tratarlas con ningún doctor. Y era estricto. Cuando estaba en la casa trabajaba para él la mayor parte del día. Supo alimentarme muy bien como recompensa. No fue malo vivir allí. No hasta que soñé con el dragón. Por muchas noches me atormentó su sombra y pude ver de vez en cuando un diminuto reflejo de esta terrorífica entidad. Nunca lo vi tan cerca como aquella vez que intentó atacarme. Sabía que si no me defendía moriría. Espero que entiendan que no tenía remedio, no me dejó opción. Le enterré la espada entre los ojos repetidas veces con enojo, frustración, violencia. Satisfacción. Abrí los ojos y dejé caer el pedazo de vidrio puntiagudo con que apuñalé al hijo del señor Roger en su habitación. El líquido escarlata salpicó en toda la negra habitación, transformándola en cielo nocturno con luceros rojos. Al otro día con ayuda de mi nuevo padre, lancé el cadáver al calor de Venus hasta que se desintegró.

Era tiempo de huir. Me enlisté en la academia cuando tenía doce años de edad. Miraba a diario las estrellas a través de las paredes transparentes de nuestra colonia, esperando que llegara el navío de reclutamiento. Algunas veces aterrizaba un pequeño transbordador con un pelotón menor. Mi protector –el comandante Ein Kreyos, ascendido recientemente– recibía las visitas en la base de la colonia. Venían a entrenarme y al resto de los pocos cadetes en el asentamiento. Nos instruyeron en cuatro categorías diferentes de armamento: tradicional (popular aún por su efectividad y bajo costo), aumento (artillería basada en consumo de energía electromagnética), explosivos modernos y vehículos armados. Según los reportes, mi vida militar fue muy destacada. Hay exageraciones grotescas en algunos de estos archivos, aunque no es completamente incierto decir que fui un soldado de renombre; a los dieciséis años me convertí en el piloto de mechas más joven con licencia aprobada por la FRMA en el sector. Lo más irónico es que un año después conseguí una medalla al valor por proteger la colonia de un ataque por parte del Colectivo –una terrible asociación de criminales provenientes de las secciones ocultas al Convenio– y en la hazaña recibí una



***Especial duodécimo aniversario.***

---

larga cicatriz a causa de un disparo que atravesó la sala de mandos del titán de metal que operaba, rasgando mi casco y piel del lado derecho. No cicatricé bien. Desde mi mejilla hasta mi oreja se marcó con una horrorosa cicatriz que me hacía parecer sobreviviente de decenas de guerras. A penas rayaba los dieciocho años. ¿Cuándo llegaría el maldito transbordador de la Academia?

Hasta que así fue. Me temblaban las piernas mientras empaquetaba cuanto encontraba y cuanto podía. La maleta se hacía pesada, resbalándose lentamente de mi mano, cayendo con estruendo al suelo. El aire se escapaba de mi cuerpo, que se sacudía con violencia entretanto una lluvia de colores viajaba en diferentes direcciones frente a mis ojos. El tiempo se aminoró y pude ver cómo el viento arrastraba las partículas de polvo como una ventisca a las hojas de los árboles. Mi visión se ennegreció gradualmente hasta que perdí la conciencia. Cuando desperté no me hallaba en Venus. Grité y me retorcí de dolor. Sufría una aflicción tan severa como si mi alma ardiera al rojo vivo y destrozara mi cuerpo. ¿Qué me pasaba, por qué me torturaban y convertían mi vida miserable en un infierno más intenso? No podía ver, cegado al mundo mientras mi mente veía con claridad las alucinaciones. Escuchaba voces a mi alrededor y sentía varias manos que me sujetaban, como si los condenados del abismo me arrastraran a su perdición. Luché con todas mis fuerzas hasta que poco a poco fui recuperando la lucidez. Los extraños colores borrosos fueron tomando forma, eran ya reconocibles. Mis sentimientos también esclarecieron. Sentí por primera vez el frío del espacio. Aquella frigidez se vivía dentro del transbordador destinado a recoger los selectos para la formación militar en la Academia. A mi alrededor, un abaratado equipo de médicos que se felicitaban por traerme de vuelta. Estuve a punto de morir sin conocer el porqué, y gracias a sus esfuerzos fue posible salvarme la vida. No pude dormir durante la duración del viaje, aunque fingí hacerlo constantemente. El sistema de día y noche de la nave me parecía ridículo. Ahora me encontraba solo junto a uno de mis redentores para un chequeo rutinario. Al parecer era el oficial superior a cargo de mi estabilidad.

—¿Cómo estás muchacho? —me preguntó el doctor en lo que analizaba algunos resultados sin fijarse directamente en mí.

—Bien —mentí.

—Tienes suerte de que te rescatáramos a tiempo. Sobreviviste a una cirugía muy complicada de último minuto.

Mantuve silencio. Aquel médico pretendía ignorarme sumergiéndose en sus estudios. Movía las cosas de aquí para allá y releía un mismo archivo diez veces. Se escuchaba su corazón latir, cada arteria mayor resaltaba como un canal metálico donde la sangre se taponaba intentando continuar en indispensable camino por el organismo. Sin darme cuenta, mi mano se deslizó hasta llegar a un bisturí, hipnotizado por el ritmo de aquellas palpitaciones que me hechizaban y seducían sin piedad. Espasmos recorrían mi cuerpo, movimientos involuntarios que acrecentaban mi ansiedad,



***Especial duodécimo aniversario.***

---

como si hubiese perdido toda facultad propia; la navaja se alzó en lo alto sostenida por mis garras y le corté la garganta sin que tuviera tiempo a reaccionar. Se ahogaba en sus fluidos al luchar por permanecer vivo, produciendo incoherentes sonidos tratando de articular, o quizás de respirar.

—Calma —le susurré al oído colocándolo con delicadeza en el suelo junto a mí—. Ya no sufrirás más.

El líquido vital se desparramaba moldeando un charco fulgurante de tono rubí en el álgido suelo. Dormí por un rato abrazado al cadáver. Cuando desperté, pensé que era una pesadilla, un mal sueño. Mi víctima, muerta, me miraba con una expresión de angustia que me devolvió a la realidad como un golpe sólido, agudizando mis sentidos y recobrando el razonamiento que se escabulló de mis facultades. Debía desvanecer este cuerpo. Lo arrastré por los pasillos de la oscura nave envuelto en una bolsa negra, con los ojos profundos del espacio observándonos. Estuve a punto de ser descubierto por un cadete que montaba guardia por el ala principal, pero se desvió hacia la sección oeste justo cuando se acercaba a mí y a mi secreto. El sombrío universo continuaba su contemplación. Logré transportar a mi amigo hasta el eliminador de basura. Cuando levanté la tapa, divisé un túnel sin fondo, una garganta lista para tragar cualquier alimento indiscriminadamente. Empujé y no ocurrió nada. Meforcé juntando el vigor de mis miembros y sin embargo, fue inútil. Aquel agujero era muy estrecho. Necesitaba improvisar y así lo hice; robé una segueta del taller y me arrastré de vuelta a terminar el trabajo. Hice un alto por un fuerte dolor de cabeza, que descendió a cada rincón de mí ser en un relámpago. Afiancé la estabilidad debilitada de mis pies y continué. Cortar a un ser humano, es algo problemático. Nauseabundo. La basura desapareció como un fantasma por el pozo y fue eyectada hacia el infinito. Pude ver como navegaba por la nada y se alejaba sin prisa. Regresé a la habitación para limpiar con la mayor pulcritud hasta que quedara impecable.

Cuatro de junio del 2.467, según el calendario terrestre. Más de veinte años han pasado desde aquella vez. Hoy me han nombrado como el almirante más joven de toda la Academia. Es el máximo rango naval de la división militar aeronáutica y un logro que alcancé con mucho trabajo. Mi currículo habla por sí solo. Como capitán del *VE-687-Peregrinaje* en el 2.448, colonicé junto a mi tripulación por primera vez el hostil planeta de Vernon, aboliendo la esclavitud y así desapareciendo por completo el tráfico humano en el sistema. En 2.451 protegí a cuatro facciones por un período de cuatro meses de los constantes ataques de la Confederación, el grupo de piratas de Alfa Centauri. Bajo mi mando, destruí al NH-211-Geón, enviado por los exiliados luego del tratado de navegación en la Guerra de los Sistemas, e independicé a más de quince planetas subyugados por enemigos del Convenio. Participé en las Guerras Púrpuras, llamadas así debido al conflicto entre varios sectores por obtener el Gerlio, mineral con un color púrpúreo y una brillantez argentada. En mi comandancia, lideré un escuadrón que rescató al embajador de la Tierra en una estación espacial donde un grupo de corsarios le había tomado como rehén luego de abordar y sabo-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

tear dicha terminal. Gané la medalla al valor tres veces; fui nombrado noble en distintos planetas insignificantes; proclamaron un cuadrante en mi honor; varios presidentes de la Tierra extendieron sus felicitaciones, contactándome en línea privada cuando fui ascendido al mayor rango.

Gracias a mi carrera tan galardonada, obtuve el puesto de estratega principal en el Conflicto del Espacio Vacío. Algunos le llaman el Sector Muerto, otros el Abismo. Nadie ha podido trazar un mapa en este peligroso espacio donde se esconden nuestros adversarios. A bordo del *VE-688-Peregrinaje*, el modelo más reciente capitaneado por la señorita Ming, utilizamos un nuevo prototipo del anterior diseño equipado con avanzada tecnología de rastreo y combate a larga escala. Lideraba la flota del Ejército Azul, que contaba con más de cuarenta mil unidades. Y a pesar de ello, ahora estamos solos. Perdimos toda la comunicación y fuimos devorados por la soledad de este deprimente infortunio. Los sensores no detectan nada más que interferencia, ruidosa distorsión que acelera mi sistema nervioso y me hace sudar como si de repente la nave fuese un horno. La capitana Aila Ming observa mi desesperación en aumento. Sabe que nada de lo que ocurrió era parte de mis planes. Soy muy metódico y aunque pierdo el temperamento con facilidad, sé trabajar con altos niveles de presión y calculo fríamente cada detalle hasta la más mínima posibilidad. Detesto los imprevistos. No importa cuánto me prepare contra ellos, imperecederamente habrá una sorpresa. Es la peor enemiga de un estratega. Ming, bastante joven en mi opinión para estar a cargo de cualquier embarcación, se dirigió hacia mí y me ofreció una cordial sonrisa.

—Estoy segura de que el Distrito responderá a nuestro pedido de ayuda en las próximas tres horas —dijo intentando calmarme.

—¿Tres horas? Usted está dispuesta a apostar, supongo. Confía demasiado en la eficiencia de personas que no están bajo su mando.

—Me disculpo si de alguna manera le parece arrogante lo que he dicho.

—En absoluto —fingí, a la vez que ajustaba mi uniforme—; un buen militar necesita alta dosis de seguridad. No me gusta dejar cabos sueltos y parece que usted conoce algo que yo no. ¿Buenas noticias?

—Tenemos una aproximación del tiempo que le tomará al mensaje en viajar por el sistema de ondas. Agregue quizás una hora más para que alguna central reciba nuestro comunicado y delinee un curso por toda el área. En poco tiempo, habrá sondas en cada esquina de este nuevo sector.

—He navegado antes por aquí. No es posible sistematizar estas fronteras; como un espectro las rutas aparecen y desaparecen.

—Mitos viejos, eso digo yo. No hay tal cosa como espacio innavegable, yo misma he trazado curso por cuadrantes aún más perdidos alrededor de esta misma área. Se



***Especial duodécimo aniversario.***

---

debe a los niveles de interferencia producidos por la densidad del llamado «cosmos extraño». Cuando hay una alta concentración de plasma, se interrumpen muchos de nuestros aparatos. Por eso fue un cementerio para muchos capitanes y sus tripulantes; la tecnología ha avanzado mucho desde que usted capitaneaba. Fíjese que ahora contamos con mucha maquinaria de exploración no disponible durante su comandancia. Tenemos androides investigadores, escáneres, ondas magnéticas, radares y termovisión; estoy segura de que los científicos de la Tierra pueden aislar la causa de las irregularidades y encontrar una solución permanente.

—¿Se burla de mí, capitana? No hace más de dos ciclos que fui ascendido. Supongo que ya lo habrá olvidado navegando en el frío espacial de esos sectores en conflicto que tanto le gusta visitar... muchas veces sin permiso oficial.

La miré fijamente. Ella estudiaba qué responder, casi como si abordara un juego de ajedrez en su mente con los pensamientos como fichas. De repente, empezó a reír y se colgó de mi brazo izquierdo. Pensaba que éramos amigos muy íntimos porque la recomendé cuando era un cadete; o quizás porque tomó una de mis clases en la Academia; tal vez aquella ocasión en la fiesta de Navidad de la colonia Agamenón, cuando bebí de más...

—No quise decir nada malo con ello. Fue usted el más bravo capitán de los últimos treinta años. Es un honor servirle, almirante —dijo al fin, con un débil saludo oficial al final. O al menos así me pareció.

En ese momento dimos de bruces contra el suelo con el azote repentino que sacudió de proa a popa al *VE-688-Peregrinaje*. El estado de emergencia se activó como si fuera reflejo de nuestra estación, un alarido de una bestia que acaba de ser herida gravemente y se siente acorralada; la tripulación —muy agitada— iba y venía por cada salón en lo que intentábamos abrirnos paso hacia la sala de mando. Los monitores mostraban un luchador tipo neón perteneciente a la Confederación —o al menos eso era lo identificado en la base de datos luego de la lectura— pero no se detectaba con claridad el serial de registro, ni ninguna frecuencia universal o local para establecer una conexión. No debía ser un problema a pesar de la interferencia, dada su proximidad. La capitana ordenaba las maniobras evasivas; los técnicos de reparación sellaban las salas peligrosas y trabajaban en reparar los daños; el reflectante de la nave había absorbido la mayoría del daño, no obstante ocasionó una pérdida considerable de energía; entre aquel caos, dispuse que se transfiriera todo el poder de reflectante hacía los cañones atómicos y se abriera fuego. El segundo oficial vetó mi orden, yendo incluso en contra de las leyes en una situación de emergencia de un navío espacial. Y le obedecieron por encima de mi palabra. ¡Estúpidos, no tendríamos otra oportunidad como esa! El enemigo escapó al levantar su capa de transparencia, esfumándose en la negrura como si jamás hubiera existido, sin duda alejándose para ejecutar otro ataque sorpresa.

—¿Estás loco? —Dije arremetiendo contra él, extrangulándolo con una sola mano



***Especial duodécimo aniversario.***

---

y aplastándole la nuca contra la pared— ¡se han escapado por tu culpa, te has amotinado contra mí y no voy a tolerarlo!

—Déjelo ir —intervino Aila luchando para que cedieran mis dedos de oprimir aquel cuello que apretaba cada vez con más firmeza— ¡lo matará si no lo suelta!

—¡Oponerse a un oficial de alto rango en un momento crítico es penado con cadena perpetua e incluso con una ejecución marcial! Cuento con la autoridad para matarte ahora mismo por poner en peligro la vida de decenas de oficiales e interferir con nuestra misión.

—Una... retransmisión de energía... —dijo el segundo oficial entre forzadas respiraciones— sobrecargaría... los cañones y resultaría en... en...

Mis dedos se aflojaron, resbalándose hasta liberarle completamente el pescuezo. Tenía razón y ahora lo odiaba con rencor; sabía que debía matarlo. Los demonios me susurraban al oído y les escuché. Naturalmente, le agradecí por sus esfuerzos y me disculpé por lo sucedido. Llegamos al acuerdo de que la presión durante la faena puede interponerse al buen juicio, el estrés se acumula y perjudica el entendimiento. Accedí a revisarme en la enfermería por si acaso. Ming me esperaba en el pasillo para abordarme con miles de preguntas. Le ignoré hasta llegar a las puertas de mi recámara. Aún farfullaba cuando la detuve con los ojos.

—Voy a dormir por un rato. Los presentes aquí están más capacitados que yo para defender al *Peregrinaje*. Siento mucho lo ocurrido. Entiendo si desea elaborar un informe sobre mi conducta.

—No se preocupe señor. Usted es una gran inspiración para los tripulantes. No debe estar avergonzado de ninguna manera.

—Su segundo oficial no parece compartir esta opinión —repliqué mientras descorché una botella con sidra—, todo lo contrario; puedo discernir que duda de mis capacidades.

—¿Está celoso? Es un joven prometedor, no hay duda. Aunque no debe preocuparse; sigue siendo usted el más apuesto, señor —agregó la capitana escondiendo su risa burlona—. Y además, no creo que deba beber mientras está de servicio.

—No lo estaré por veinticuatro horas. Necesito reflexionar para pulir mis estrategias. Trate de no destruirnos en mi ausencia.

—Usted tampoco —respondió con su acostumbrada impertinencia.

Mi cuerpo ardía por dentro. Siempre añoré la frigidez fuera de un planeta como en el que crecí. Anhelaba poder sentir la gélida atmósfera de una estación espacial, un transbordador o una embarcación como ésta; por pequeños ratos podía acariciar el lejano estado glacial codiciado para luego escapármeme mediante una repentina combustión que me devolvía a la insoportable calidez, invocando aquellos malditos



***Especial duodécimo aniversario.***

---

momentos en Venus. Perdí la noción del tiempo en mi alcoba, ignorando las visiones que acompañaban a los susurros agobiantes invasores de mi serenidad. Sentí un desasosiego mientras temblaron las cuatro paredes que me rodeaban. No, esto no era otra de mis visiones. Convencido de que se trataba de otro ataque, me atavié el uniforme con celeridad y partí hacia cubierta. En el camino se repetía el desorden del último encuentro. Noté que Nikado, el leal segundo oficial de la capitana, supervisaba diligentemente la calibración de los cañones en la sala de guerra. Allí estaba en una solitaria antecámara; lúgubre, apagada, iluminada sólo por las deslumbrantes luces ocasionales de los aparatos. No me escuchó venir ante el ruido. Le disparé con furia hasta vaciar el arma. Ni una gota de sangre salpicó mi uniforme. La vida se le escapaba y lo último que contempló fue a su asesino, observándole con una expresión indiferente en su semblante.

Nuestro adversario regresó y atacaba con furor. Aila propuso una estrategia bastante complicada; no me opuse, confié totalmente en su perspicacia. Eliminó el reflectante que nos protegía, invitando a su oponente a un ataque frontal. La noción de que nos jugábamos la vida en un enfrentamiento final era estimulante, a pesar de que no podía adivinar el plan de la capitana con esta pericia particular. Para mi asombro, exigió que se cortara el suplidor principal y el buque se apagó. Entonces comprendí en parte qué se proponía; no, era imposible. Demasiado arriesgado. Y sin embargo, así lo hizo. Cuando la nave hostil estuvo a una distancia de fuego considerable y cargaba su artillería principal, Ming redirigió el poder de emergencia a las sierras laterales de energía dirigida y lanzó los discos hacia el enemigo; la primera atravesó el extremo derecho de la nave, perjudicando uno de los alones; la segunda impactó de lleno en la proa y perforó hasta dividirla en dos. Estalló en silencio adornando el vacío. El estruendo de los aplausos del equipo del *Peregrinaje* inundó cada corredor y la capitana me abrazó de la emoción.

—Señora, disculpe —irrumpió un oficial de seguridad—. El oficial Nikado está muerto.

—Bromea usted de seguro. ¿Por qué hace esto?

—No señora, le aseguro que no bromeo; ha sido asesinado, alguien le ha disparado quince veces en serie.

La habitación se veía hermosa con el pavimento escarlata. Respiré el olor del elemento fundamental y fue como un perfume que violentó mis pulmones con su dulzura. Ella sollozaba ante el cadáver, discretamente. Ordenó de inmediato una investigación a fondo para determinar lo ocurrido. Se acabó el juego para mí. Hay un ojo que ve sin fronteras, el sistema de seguridad es infalible. Sin embargo... aún no era tarde. Arreglaría las cosas. No abandonaré mi rango, ni me enfrentaré a juicio militar; he llegado muy lejos para ser tratado como un criminal común. Sí, he descifrado la resolución a mi conveniencia.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Señorita Ming —dije luego de aclarar mi garganta y secar el sudor de mi frente.

—¿Kreyos?

—Necesito verla en un lugar privado. Es urgente.

—Bueno, si es una emergencia, puedo atenderle en su aposento. Si no estuviera de servicio, me vendría bien un poco de ese licor que tiene de rehén en la habitación para ayudarme a aclarar mi mente de todo esto. Me preocupa que la situación se salga de control. Cualquier falla de seguridad corre por mi cuenta, tratándose del bienestar de mis soldados; Nikado era mi segundo al mando, he fallado en protegerle; cada departamento hará una investigación oficial para la Gran Comandancia por este suceso. Pueden relevarme de mi cargo por negligencia.

—Cálmese. Todavía no enfrenta juicio, ni investigaciones. De lo que debe preocuparse es del asesino que acaba de eliminar a uno de sus hombres en sus narices. No le prometo sacarla de apuros, pero sí tengo información apremiante que necesita urgentemente. Es un asunto muy delicado. Nuestros cuarteles no son seguros.

—Con todo el debido respeto, almirante, no puedo perder el tiempo con estos juegos. Hubo una ejecución a bordo de uno de mis amigos más queridos, pero sobre todo, uno de mis hombres; existe un peligro de que se haya infiltrado algún espía y debo encabezar una búsqueda para hallar al culpable.

—Necesito verla ahora mismo. Considérelo una orden directa. No puedo discutir abiertamente sobre esto. Mi confianza está con usted y en nadie más; no sería prudente arriesgarme a una filtración de estos datos, sobre todo considerando lo que me dijo anteriormente: estamos bajo la amenaza de un espía. Es una posibilidad que haya instalado dispositivos para interceptar conversaciones en los espacios más estratégicos, aquellos como los que propone para nuestra pequeña conferencia. Lo más sensato sería seleccionar una sección aislada. Propondría para tal propósito la sala de reactores. Si acaso no pasó por alto el saboteador colocar sus aparatos allí, sería inútil si consideramos que el ruido de los reactores interferiría con cualquier tipo de grabación.

—Lo veré allá en cinco minutos —me susurró al oído demostrando ciertos rasgos de una creciente paranoia.

La sangre comenzaba a hervir, y de nuevo los murmullos se acrecentaban sin freno en mi subconsciente; bramidos que enloquecían mi juicio enviando escalofríos por cada uno de mis nervios, como una enfermedad dispersándose sin piedad hasta arropar mi organismo en toda su integridad. Quería silencio; necesitaba un momento de claridad para poder reflexionar, sin embargo las voces impregnaban con su siseo constante mis razonamientos. Imágenes incoherentes aparecían como violentas visiones que me perseguían, rondando mi cabeza e intoxicando la realidad; sentía en el corazón latidos flemáticos, no obstante procuraba reventar. Me hallaba empapado en



***Especial duodécimo aniversario.***

---

transpiración, las piernas flaqueando y los ojos al borde de clausurar. Abatido, creí desmayarme; reconquisté mi inteligencia en lo que debió ser un instante para los demás, sin embargo aquella regresión a mi estado normal sobrevino en una eternidad a mi parecer. De algún modo, sin saber cómo ni cuándo había llegado allí, tenía ahora de frente a la capitana, que, apoyada en la proximidad de un reactor, fumaba un cigarrillo largo y flaco.

—No debería tener esa cosa tan cerca del equipo. Es un peligro para el bienestar de sus hombres —comenté sin detenerme a pensar en formalidades.

—Es virtual —repuso mientras apagó el holograma—; viejos hábitos, ¿no? Me satisface psicológicamente, o algo así.

—Evidentemente. ¿Lleva mucho rato esperándome? Tuve un inconveniente.

—Nada, muy poco. Me atrasé tanto como usted. No paseo mucho por aquí, es deprimente aunque reservado. Bueno para distraerse y quizás venir a fumar; claro sin contar el problema de seguridad que comentó usted antes.

—Me está evitando. Rehúsa mirarme a los ojos y le noto bastante inquieta. ¿Sucede algo?

—Como oficial superior de esta unidad, debo asumir posiciones complicadas, deliberar para beneficio de los uniformados a mi cargo. Velar por su protección es agotador. Ahora resulta que hay un homicida a bordo, un infiltrado que compromete aquello por lo que he luchado. Imperdonable para mí si no puedo cumplir con mi deber —tomó una pausa para encender otro cigarrillo virtual y continuó—. Señor, debo confesar que tengo miedo; he comandado un centenar de misiones y nunca ocurrió algo así.

—Habla como si fuera el fin del mundo. Tiene una tarea compleja a cargo de supervisar este gigante de metal. Y, además, contará con mi secreto. Está en ventaja.

Mi mano rozó la empuñadura del revólver que llevaba oculto en mi retaguardia.

—Yo también tengo un secreto; me encantaría compartirlo con usted primero si me lo permite —dijo mientras descartó nuevamente su tabaco virtual y se incorporó alejándose del reactor.

Dejé de jugar con el arma y regresé la mano al bolsillo.

—Adelante, si eso le ayuda a relajarse.

—Nací en Inglaterra, específicamente en Nottingham, en un área residencial llamada Mapperley. Mi madre es nativa de allí, pero mi padre no.

—Me temo que no he verificado con profundidad su récord oficial en la Academia.

—Lo que voy a decirle no está registrado en ningún lado. Preste atención. Él no era terrícola.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—¿Pertenece a una colonia?

—No. Él... era un *Deis'ch*.

Meditaba sobre qué significaba esto que acababa de decirme; tenía una cierta familiaridad con el término, pero no podía organizar mis ideas para recordarlo. ¡Si no hubiese pasado tan rápido! Fue muy tarde para desenfundar; cuando recordé los estudios de otras especies, supe que el *Deis'ch* se conoce por su telepatía. Maldita zorra traicionera, desde el principio me engañó. Aunque sus poderes no se comparan con los de un verdadero *Deis'ch*, fueron suficiente para descubrir mi naturaleza. Las balas que descargó contra mí las vi acercarse paulatinamente, como si flotaran y en algún momento se fueran a detener a medio camino. Atravesaron mi cabeza y salieron por mi nuca en un abrir y cerrar de ojos; qué decepción. En realidad, morir no se parece en nada a lo que imaginé. Menos doloroso, más banal y apresurado. Fue imposible de saborear. Cuando me mató, mi cuerpo se incendió sin explicación aparente. Entendí finalmente por qué padecía esa efervescencia; cuando fallecí, conmigo sucumbió también un *C'zhi*. Un maldito demonio de Venus me había poseído.

Aila Ming fue galardonada con más medallas que ningún otro miembro de la Academia. Le ofrecieron mi puesto en una ceremonia que pude observar incluso luego de que acabara conmigo. Era hermosa, ¿por qué no lo noté anteriormente? Ya no importa. Me recordaba demasiado a mí y acaso por esto empezaba a agradarme ahora. Pobre niña, colmada en honores que no merece, justo como yo. En la soledad lloriqueaba... sin rumbo, extraviada. No podía desampararla; le hablé y me escuchó.

© *Peter Domínguez*

Peter Domínguez, veinte cuatro años, nació en Puerto Rico, pero se crió y vive en República Dominicana. Quizás por ello define su nacionalidad como dominicana. Inició su carrera publicando en el Blogzine [Zothique The Last Continent](http://zothiqueelultimocontinente.wordpress.com/damned-angel-0-1/) dos temporadas de su novela *Damned Angel: Genesis* (<http://zothiqueelultimocontinente.wordpress.com/damned-angel-0-1/>). En estos momentos desarrolla una serie de historias cortas de ciencia ficción, algunas individuales y otras pertenecientes a un mismo universo, en las que se entrelazan la tradición robótica y la *Space Opera* de corte tradicional. También ha colaborado con varios relatos para la revista [miNatura](http://miNatura).



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## **DOS RESPUESTAS**

*por Carlos Enrique Saldivar*

La presente es una narración breve en la que la consciencia y la curiosidad han dejado de ser cualidades meramente humanas para ser compartidas con los androides. Sin embargo, Tomás, un robot de la categoría A3, pronto descubrirá que hay otras cosas que también comparte con los seres humanos...

**N**o, Tomás no era de los que veía mucha televisión. Además las grandes filosofías nunca han sido muy mencionadas en la pantalla. Tampoco oía mucha radio, aunque los grandes pensamientos de la humanidad rozaban de vez en cuando la gran caja sónica. Mucho menos leía abundantes libros. Aunque un robot de su clase, la A3, era capaz de entretenerse con una novela policial de a duro, inquietarse con una correcta obra de ciencia ficción o enternecerse con una apropiada narración romántica. Y no, nunca leyó *Frankenstein* de Mary W. Shelley. Mucho menos vio alguna de sus versiones cinematográficas. La gran pregunta surgió mientras limpiaba el polvo de un jarrón en la mansión de sus amos:

—¿Por qué?

—¿Perdón, dijiste algo, Tomás? —preguntó su ama que a esa hora tomaba el té con unas amigas.

—¿Por qué me crearon?

Su ama se asustó un poco cuando él detuvo tan de súbito sus obligaciones. Había sido un cortocircuito tal vez, un virus en su sistema quizá, algún daño en su cerebro a lo mejor. La pregunta era muy humana. Tomás ni siquiera lucía como una persona. Su aspecto humanoide y plateado era distinguible a un kilómetro. A pesar de la limpia y estilizada vestimenta de mayordomo, Tomás no era un hombre.

—¿Por qué me construyeron? —continuó.

El ama llamó a Samanta, la robot ama de llaves, y le dio instrucciones:

—Sami, al parecer Tomi está funcionando mal. Por favor, llévalo al garaje y que permanezca ahí hasta que llegue mi esposo.

El robot dócilmente se dejó llevar, aunque seguía formulándose preguntas cada treinta segundos. Ya en el ambiente claustrofóbico del garaje fue capaz de ordenar las ideas de su cerebro positrónico.

—¿Por qué estoy en este mundo, Samanta? ¿Tienes alguna idea de cómo puedo encontrar una respuesta?



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—No lo sé —respondió su interlocutora—. Eso tendrías que preguntárselo a tu creador. Quédate aquí y espera al Amo. Si necesitas algo, aprieta tu botón de intercomunicación y vendré de inmediato.

Samanta se alejó. Tomás contempló sus agraciadas formas. No lucía como una mujer. Sin embargo, su redonda cabeza plateada irradiaba brillo. El robot se dijo que en el futuro sería agradable compartir más tiempo con Sami.

\*\*\*

El amo llegó, pero no se mostró preocupado cuando su esposa le comentó el incidente. Se dirigió al cuarto donde se hallaba el robot y habló con él:

—¿Te encuentras bien, Tomi?

—Me encuentro bien, Amo.

—Mi mujer me dijo que detuviste tus actividades y dijiste lo siguiente: *¿Por qué me crearon?*

—Así es, Amo.

—¿Y por qué dijiste tal cosa?

—Porque sentí de pronto la necesidad de encontrar una respuesta para dicha cuestión.

—Tomi, tú no debes formularte esas preguntas. Eres un robot, tú sólo debes dedicarte a servir a tus amos.

La mueca fría y sin gesto de Tomás cambió de pronto, acercó un par de milímetros su rostro al de su amo y le dijo:

—Es necesario para mí encontrar la respuesta.

—Tu pregunta es muy complicada. Los hombres se la hacen todo el tiempo. ¿Por qué fuimos creados? Si fuera tan fácil encontrar soluciones, este sería un mundo distinto. Quizá no sería tan divertido como lo es ahora.

—Es divertido para los hombres, no para los robots. Nosotros tenemos que servir al hombre. Nunca pedimos nada a cambio, excepto que nos valoren como instrumentos de trabajo, por lo menos.

El amo se inquietó un poco ante las palabras de su sirviente. ¿Acaso Tomás estaba desarrollando una conciencia? No, eso era imposible. Desde que la Compañía Mecatrónica construyera al primer autómatas hacía diez años nunca se habían suscitado problemas de este tipo en ninguna parte del mundo. El caso de su criado era excepcional. El amo decidió ser cauteloso.

—Tomás, ¿sabes quien creó al hombre?

—Leí en los textos del pequeño Amo que Dios creó al hombre.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—La verdad es que los hombres no sabemos quién nos creó. Pero tú tienes una ventaja. ¿Sabes quién te construyó?

—El ingeniero Robert Frankein, Jefe de Operaciones de la sede en Lima de la Compañía Mecatrónica. Él mismo me diseñó y ensambló. Traigo una firma virtual suya dentro de mi programa y una copia de procedimiento.

—Muy bien, los hombres no podemos pedir respuestas a Dios o a quien sea que nos haya creado pues no tenemos la más mínima idea de quién fue. Sin embargo, tú puedes ir a preguntarle a Robert Frankein por qué te hizo.

—¿Me da usted permiso, Amo?

—Te daré permiso por dos días y te prestaré dinero para que, si demoras más de lo debido, puedas hospedarte en un hotel durante la noche. Lima está a dos horas y media de aquí. Puedes partir ahora mismo. Buena suerte.

Tomás no podía creer que el amo le brindara su autorización para emprender dicha empresa. Se puso de pie y bajó dos centímetros la cabeza en señal de agradecimiento. El hombre le dio cien soles, para el pasaje y el hospedaje, y el ser de metal partió a encontrar solución al problema que bullía en sus entrañas plateadas.

\*\*\*

La Compañía Mecatrónica tenía su sede principal en Japón. Luego se extendió hacia los países europeos y Estados Unidos. Tardó seis años en llegar a los países latinoamericanos. Y tardó dos años más en llegar a Perú. Sin embargo, ahora el mencionado país era uno de los más importantes importadores de piezas de robots en el mundo y la calidad de los robots armados era óptima ya que en aquel mismo sitio los modelos se diseñaban, se ensamblaban y activaban. Ser ingeniero robótico era un trabajo rentable, y Perú era una tierra rica en expertos en el tema. El país se había adaptado con solvencia a la era robótica en muy poco tiempo. En general, la vida de todos los seres humanos había cambiado mucho desde que se desarrollara el primer cerebro positrónico. La sucursal limeña de la compañía era un edificio de veinte pisos en la zona más importante de la ciudad. Tomás llegó con rapidez por medio de un autobús que venía desde el norte. Decidió ingresar sin dilación, pero al intentar cruzar la puerta le fue cerrado el paso.

—¿Qué deseas, robot? —preguntó el vigilante.

—Deseo encontrar una respuesta.

El rechoncho guardia se rascó la cabeza, sin comprender. Pero al revisar su libreta, se dio cuenta de quién se trataba.

—Dígame su nombre.

—Soy Tomás.

—Puede pasar.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

El sujeto había olvidado indicar al visitante a dónde debía dirigirse, eso le fastidió un poco. De inmediato dicha preocupación desapareció de su mente.

El robot presintió que algo extraño ocurría. Los seres humanos no solían ser tan indulgentes. No obstante, decidió aprovechar su buena suerte y continuó internándose en el edificio. Un amplio salón se extendía ante él, totalmente lujoso. Una gran pantalla colocada en un extremo mostraba una propaganda de la compañía, la cual era contemplada por una docena de escolares. Había muchas oficinas en esa planta y Tomás se preguntó en qué piso se hallaría el ingeniero Robert Frankein. Una muchacha pálida y con cabello rubio atado en una cola de caballo se le acercó con curiosidad. No era normal ver a un robot A3 con sus ropas de mayordomo entrar a la sede limeña de Mecatrónica. Mucho menos hallar a uno que buscaba a alguien.

—Buenas tardes. ¡Oh, un A3! ¿Puedo ayudarle?

—Busco a Robert Frankein.

—¿Tiene cita con él? —la muchacha miró su agenda electrónica, apretó dos veces la pantalla y, antes de que Tomás pudiera responder, le dijo con una amplia sonrisa:

—El ingeniero Frankein lo está esperando. Décimo piso. Oficina 108. Es la más grande al terminar el fondo del corredor. —La joven desapareció tan rápido como surgió. Tomás se preguntó si era una mujer de verdad o en realidad se trataba de una androide disfrazada.

Llegó al piso sin complicaciones, y de pronto sintió algo extraño en su ser. ¿Nervios? Una ligera turbación quizá. Un extraño calor emergió en su nunca plateada. Entendió la razón de esa inquietud. Pronto se encontraría cara a cara con aquel que le había dado la existencia. No se atrevía a denominar vida a su estado, sería muy osado de su parte. Aún no lo diría. Sería muy cuidadoso. Llegó a la oficina. Miró con atención a la secretaria, rubia también y más pálida que la anterior muchacha. Sus gafas delataban su humanidad. Los androides o A1 no usaban gafas. Los A2 o robots de trabajo pesado si usaban, a veces, unas lentes especiales para proteger su visión electrónica. Cuando Tomás se dispuso a hablar, la secretaria se le adelantó.

—Pase, A3, el ingeniero Frankein lo espera.

Tomás comprendió entonces que su amo había llamado previamente al ingeniero para informar sobre su llegada. *El amo es una excelente persona; quién sabe cuántos escollos hubiera tenido que eludir para alcanzar mi destino.* Traspuso la pesada puerta. El ingeniero estaba trabajando en su computadora portátil. Era regordete, de tez blanca, poseía un recortado bigote —que lo hacía lucir muy gracioso— y espesa barba con cuatro o cinco canas. Tenía el cabello muy corto y un terno azul de primera calidad. Las gafas que vestía no le permitieron a Tomás atisbar sus ojos al principio, pero cuando cerró la puerta tras él pudo notar unos intensos ojos azules. El robot tuvo una meditación fugaz. Los ojos azules eran escasos en Perú y eran, además, un



***Especial duodécimo aniversario.***

---

símbolo de la clase alta. Enseguida borró ese pensamiento.

—Buenas...

—Entre, no tenga miedo, A3... Tomás. Tome asiento.

—Es un placer conocerlo, ingeniero...

—El placer es mío, sé muy bien porqué está usted aquí.

—Qué bueno, porque...

—Y no perderemos mucho tiempo con ese asunto. Formúleme la pregunta.

Tomás se sintió mareado. No imaginó que el encuentro con su creador fuera a realizarse así. Quería hablar con él de varias cosas. Pasar un instante afable con aquel que había tenido el buen gesto de construirlo. Estaba emocionado, aunque al mismo tiempo temeroso. Sin embargo, no pensó que, al llegar el momento, se hallaría frente a un rostro frío y mecanizado. Más mecanizado incluso que él mismo. Y él era un robot. Tomás permaneció en silencio, observando con sus ojos blancos la azul visión de su interlocutor. Hacía solo unas horas una pregunta había surgido en su cerebro positrónico. Una pregunta que requería una pronta respuesta. ¿Cómo nació ese cuestionamiento? No se sabía. Lo único cierto era que el amo tenía razón. Él era afortunado, tenía frente a sí a su creador. Los hombres no pueden tener delante de ellos a Dios. Suponiendo que hubiese sido Él quien los creó. Tal vez antaño eso había representado un asunto de vital importancia para la humanidad. Pero en los últimos diez años la mitad de los seres humanos había perdido la capacidad de aceptar una religión.

—Vamos —el ingeniero sonrió—, es muy sencillo. Pregunte y yo le responderé.

Tomás eliminó con rapidez su confusión y formuló la pregunta:

—¿Por qué me ha creado?

—Es muy sencillo. A través de la historia los hombres hemos desarrollado todo tipo de invenciones. La industria y la tecnología han crecido a paso acelerado, especialmente durante la última década. Hemos llegado a una cota de genialidad que nuestros antepasados hace cien años no imaginaron... Bueno, tal vez sí los escritores de ciencia ficción. Lo cierto es que los grandes sabios han sostenido siempre que han creado cosas con el objetivo de hacer la vida más útil. Aunque eso nos lleva a otra cuestión. ¿Más útil para qué? Sin embargo, esa no es la respuesta que te daré. Mi respuesta no lleva a otras preguntas y eso es lo maravilloso. Durante algunas horas he estado meditando en la solución a tu dilema y he decidido que ésta sea la siguiente...

Tomás abrió sus resplandecientes ojos lo más que pudo y oyó las dos palabras:

—Porque puedo.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Y eso fue todo. Tomás no quiso creerlo al principio. Se levantó de golpe de su asiento y le gritó a su creador:

—¿Eso es todo? ¡No! ¡No puede ser! ¿Nunca sabré por qué estoy en este mundo?

Robert Frankein, quien no se había inmutado ante la repentina reacción del robot, dijo algo más:

—Y eso nos lleva a otra cuestión. Verás, una pregunta es: *¿Por qué te creé yo?* Y la pregunta que ahora formulas es: *¿Por qué estás en este mundo?* Muy bien, te responderé.

El robot tomó asiento y bajó la cabeza cuando escuchó las siguientes dos palabras. Le tomó seis segundos procesar toda la información en su mente. Luego se retiró de la oficina, cabizbajo, mientras Robert Frankein volvía a trabajar en su computadora portátil.

\*\*\*

Después de abandonar el edificio y la ruidosa ciudad de Lima volvió directamente a casa. Era de noche. Entró por la puerta principal y procuró no hacer ruido. Los amos —que quizá le habían esperado— en ese momento se estaban yendo a dormir.

«Buenas noches, Tomi», se despidieron.

«Buenas noches, Amos».

Al día siguiente se dirigió a la sala. Samanta se acercó a él y le preguntó:

—¿Y? ¿Hallaste la respuesta?

—Sí, más bien fueron dos respuestas. *¿Por qué me creaste Robert Frankein?* Y la respuesta fue: *Porque puedo.* Y a la otra pregunta: *¿Por qué existo?*, respondió: *Porque debes.*

—Qué bueno, ahora debes sentirte satisfecho —dijo la robot ama de llaves. Al rato, se alejó. Tomás opinó que su compañía no le resultaba tan estimulante como le había parecido el día anterior.

¿Por qué? ¿Por qué?, se formuló las dos preguntas de forma simultánea.

*Porque pudo. Porque debo.*

Se dio cuenta de que nunca podría hallar la respuesta anhelada. Si un hombre, siendo una criatura inteligente e instruida, no podía responder acertadamente a una simple cuestión, menos podría él. Siendo hijo de la imperfección, jamás sería capaz de encontrar una respuesta adecuada a sus soberbias problematizaciones. Siendo tan pequeño en un mundo gobernado por el absurdo, no podía andar lanzando interrogantes una y otra vez. Era un acto tonto, innecesario. Los hombres eran tontos. Él era aún más tonto. Decidió borrar de su memoria los episodios transcurridos horas



***Especial duodécimo aniversario.***

---

atrás y dedicarse a aquello para lo que fue creado. Ya no habría más preguntas. No habría más respuestas. Las cosas serían en adelante como debían ser. Al terminar el proceso de borrado cogió una franela y frotó un jarrón de porcelana japonesa. Luego tendría que limpiar la cocina. Después sacaría a pasear al perro.

© Carlos Enrique Saldivar

Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982) es director de la revista impresa *Argonautas* y del fanzine físico *El Horla*, además es coordinador adjunto del fanzine virtual *Agujero Negro*; publicaciones dedicadas a la Literatura Fantástica. Es coordinador general del fanzine físico y virtual *Minúsculo al Cubo*, dedicado a la ficción brevísima. Correo electrónico: [fanzineelhorla@gmail.com](mailto:fanzineelhorla@gmail.com) Blogs: [www.fanzineelhorla.blogspot.com](http://www.fanzineelhorla.blogspot.com), [www.agujeronegro2012.wordpress.com](http://www.agujeronegro2012.wordpress.com), [www.minusculoalcubo.blogspot.com](http://www.minusculoalcubo.blogspot.com) y [www.jarjachawasi.blogspot.com](http://www.jarjachawasi.blogspot.com). El cuento *Dos respuestas*, incluido en este volumen, ha sido finalista de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011* en la categoría de relato.



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## EL ACCIDENTE

*por Pedro Pablo Enguita Sarvisé*

La experimentación nos permite a los hombres saciar nuestra curiosidad y encontrar respuestas a las preguntas que nos planteamos sistemáticamente, cierto, pero también nos expone a imprevistos, a accidentes que de una u otra forma nos transforman la existencia.

**U**n pánico indescriptible se apoderó de François. Por increíble que le pareciera sintió que la naturaleza, indómita, se apoderaba de sus paralizadas entrañas. Pegó la cabeza a las pantallas y abrió los ojos hasta que casi se salieron de sus órbitas. Pero su vista, traicionera, se empeñó en mostrarle datos que no deberían estar allí. Con retraso, se dio cuenta de que habían llevado su juego con la Creación demasiado lejos.

—¡Mierda! —bramó.

—¡No sabemos qué pasa! —se excusó un técnico de voz aterrada.

Volvió a mirar la consola principal del CERN. Los indicadores se habían vuelto locos. Arrojan resultados completamente inverosímiles. Si fueran ciertos significaría que había una enorme concentración de materia y energía en el colisionador. Materia y energía que habrían emergido de la nada. No podía ser, simplemente no podía ser.

—¡Continúa fuera de la escala! —avisó alguien tras haber manipulado infructuosamente los controles.

—¡Inunden la cámara de aire!

—¡Lo hemos hecho pero no funciona, parece que se cataliza a sí mismo!

—¡Párenlo! ¡Párenlo! —ordenó François a la desesperada.

François empezó a reconocer que el experimento se había salido definitivamente de madre. Pero, cuando tenía la sensación de que estaba todo perdido, un tsunami se abrió paso en su mente. Se trataba de una idea. Una idea simple que, sospechaba, hubiera desechado por inverosímil apenas unos minutos atrás pero que ahora cobraba una certera seguridad. Extendió el brazo y, ante el horror de los presentes, desactivó la parada de emergencia del acelerador.

Los sistemas se reactivaron a plena potencia. A su lado los agoreros cruzaron miradas de pánico mientras le insistían en que apagara el acelerador. Pero, a pesar de sus desalentadores pronósticos, la situación comenzó a normalizarse. François miró la pantalla y suspiró, aliviado, al ver que varios parámetros volvían a lucir con un tranquilizador color verde.

Más sosegado, apartó la vista de las pantallas de control y dirigió su mirada atrás, hacia esos periodistas que hacían fotos con avidez. Buitres que olían la carro-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

ña. Seguro que volverían a hacerse eco de las memeces de ese físico loco de Kazajistán, que había predicho que el experimento del CERN causaría una irreparable disrupción del espacio-tiempo. Mañana los medios de medio planeta dirían que el CERN amenazaba con destruir el mundo. Cabrones.

Apartó la mirada de la sala de prensa. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer. Sin perder la compostura, François dio instrucciones precisas a los técnicos de la sala de control. Poco a poco la situación volvió a la normalidad y las anomalías desaparecieron una a una de la pantalla. Cuando, por fin, se esfumó la última alerta François se había relajado tanto que apenas le dio importancia al hecho.

Pasaron unos minutos más de perfecto funcionamiento de la maquinaria hasta que, satisfecho, dio el experimento por finalizado. Aguzó sus sentidos y creyó sentir al leviatán agazapado, listo para saltar de nuevo en cuanto le dieran la orden. Se despidió de los técnicos de la sala de control y, malhumorado, recordó que había programada una rueda de prensa.

Se dirigió hacia la sala de prensa, un recinto acristalado que gozaba de una completa visión de la sala de control. La sola idea de enfrentarse a los periodistas le escaldaba. No mejoraba su ánimo saber que eran gajes del oficio, que era una carga asociada a su puesto como director del CERN. Además, admitió a regañadientes, su esposa ya se lo había advertido ¿no?

Abrió la puerta insonorizada y una marabunta le taladró los oídos con sus ruegos. Hastiado de tanta tontería, François alzó la mano para indicarles que no atendería a más preguntas, pero estos hicieron caso omiso a su señal y se abalanzaron sobre él.

—¡Señor Director! ¡Por favor! —imploraron los periodistas en cuanto cruzó el umbral. Con los micrófonos extendidos hacia él, estaban deseosos de hacerle más preguntas.

—Ha sido todo por hoy, señoras y señores —anunció François, visiblemente molesto.

—Se ha especulado mucho sobre la posible mención de este experimento en las profecías de Nostradamus que anuncian el fin del mundo —se aventuró un joven que, nervioso, daba sus primeros pasos tras graduarse en la Universidad.

—A la atmósfera terrestre llegan, cada día, partículas con energías mucho mayores que las que manejamos en el CERN. Y, como pueden ver, no ha ocurrido ningún desastre. Todavía seguimos aquí —aseveró mientras pensaba en cómo quitárselos de encima.

—¿Cuál es su opinión sobre las teorías de Iván Feodorovich? —insistió una periodista, apuntándole con el micrófono.

—En el CERN nos dedicamos a hacer ciencia y el consenso de la comunidad científica es que lo que se realiza aquí no reviste peligro alguno.

—¿Se ha tomado alguna medida de seguridad especial para la realización del ex-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

perimento?

—Este día es producto de un trabajo meticuloso. Han sido muchos años de esfuerzo en los que han colaborado más de veinticinco países y seis mil científicos y técnicos altamente cualificados —rebatíó, cada vez más confiado, con una de sus mejores sonrisas.

—¿Se trata de un día histórico?

—Sin duda. Ponemos en marcha el nuevo ULHC a plena potencia, hasta una energía de 20 TeV. Con ello podremos avanzar todavía más en cuáles son las partículas e interacciones fundamentales de la naturaleza. Además, estas elevadas energías permitirán acercarnos más al Big Bang y, por lo tanto, revelar los secretos del origen del Universo —recitó de memoria.

—¿Se siente satisfecho, Sr. Director?

—Por supuesto.

—¡Una pregunta, Sr. Director!

François miró el reloj. Le gustaba ser puntual y era ya la hora a la que debía finalizar la rueda de prensa, así que calló y dejó la pregunta en el aire. Los representantes de los medios se quedaron allí, sacando fotos y vídeos, presa de una gran excitación. Finalmente, extendiendo las manos para que se calmaran, François abandonó la sala de prensa.

Quedaba todavía mucho trabajo por hacer. François supervisó el apagado de los instrumentos. Se trataba de un proceso lento y meticuloso, en el que chequeaban cada dispositivo antes de desconectarlo. Poco a poco, en un proceso que duró horas, el alma del acelerador de partículas se fue apagando.

Cuando, por fin, el acelerador quedó dormido, François miró al exterior. El sol se había puesto ya por el este y tras las amplias cristaleras de la sala de control solo les esperaba la cerrada madrugada suiza. A pesar de eso los técnicos que estaban a cargo de la compleja y carísima instalación eran reticentes a marchar. Había sido un día importante y el peso de la responsabilidad pesaba más que lo tarde que era.

Abandonó la sala de control y desanduvo el camino hacia la máquina de café. Iba siendo hora de deshacerse de él si es que quería ir a dormir, así que estiró la mano sobre la papelera y un vaso vacío salió despedido de ella, directo hacia sus dedos. Vomitó el café, sintiendo cómo quemaba en sus labios mientras lo depositaba de nuevo en el recipiente de plástico. Dejó el vaso lleno en la máquina para que esta sorbiera el contenido y recogió el dinero que salió por la ranura. Complacido, descubrió que tenía sueño.

François condujo de vuelta a casa, mirando de vez en cuando al retrovisor para ver hacia dónde se dirigía. Enfadado, encendió la radio y comprobó que —tal y como había temido— dos locutores discutían sobre la posibilidad de que el CERN destruyera el mundo. Estúpidos. Con curiosidad, pulsó de nuevo el botón para apagar la radio y descubrió, aliviado, que sus voces se apagaban.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Miró el indicador de gasolina y observó que el depósito estaba demasiado lleno. Con hastío, se detuvo en la gasolinera para que le sacaran carburante. El dependiente le entregó un billete de cincuenta euros y, a cambio, le sacó casi todo el líquido del depósito. François arrancó el auto y se complació al ver que había saltado la luz de aviso del depósito de reserva. Salió marcha atrás y, cuando se alejó lo suficiente, su ánimo mejoró ostensiblemente al ver que el precio del carburante había subido a casi tres euros el litro.

Llegó a casa somnoliento. Encontró la casa en completo silencio, sin duda su mujer y los niños ya dormían. Intentando no hacer ruido escupió unas tostadas con mermelada y un huevo frito, que echó a la sartén para que se pusiera tierno. Cogió la cáscara y la colocó sobre la sartén. Como era de prever, el huevo saltó hacia arriba en cuanto se licuó del todo. Con cierto temor, lo recogió con la cáscara y lo estampó contra el borde de la sartén. Nunca se le había dado bien recomponer un huevo pero al mirar este comprobó satisfecho que estaba de una pieza.

Guardó los restos de la vomitera en la nevera, se dirigió al lavabo, se desnudó y vio que tenía la piel húmeda. Se pasó la toalla pero solo logró empaparse más. Vaharadas de vapor descendían hacia la ducha. Accionó el grifo justo a tiempo para que los primeros chorros de agua se introdujeran en la alcachofa. Se entretuvo a conciencia, deleitándose con la visión del agua enjabonada ascendiendo por su cuerpo. Salió de la ducha y tocó el agua con la punta de los dedos para cerciorarse de que seguía saliendo caliente. Se olisqueó las axilas y comprobó que tenían un agradable aroma a macho. Sin más, cerró el grifo y cogió su máquina de afeitar para reponerse los pelos de su barba.

Estaba ansioso por ir a dormir. Sabía que aquel había sido un día trascendental. Habían puesto en marcha el ULHC, el acelerador de partículas más poderoso del mundo. Resultaba excitante pensar en todos los preparativos, cálculos y reuniones que afrontaría en los próximos años. Y todo para averiguar cuál era el origen del Universo.

François se puso el pijama y se acostó en la cama. Estiró la mano hasta el despertador, pulsó el botón y lo puso en marcha. El estridente zumbido de la máquina hizo que se fuera quedando rendido. Cuando la máquina paró François ya dormía plácidamente.

Mañana sería otro día.

© Pedro Pablo Enguita Sarvisé

**Pedro Pablo Enguita Sarvisé (Barcelona, 1975).** Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad de Barcelona, trabajo actualmente en una empresa de informática. Quienes me conocen bien dicen que la única cosa que realmente me pone nervioso es no escribir. He publicado cuentos y relatos en diversas publicaciones ([Nuevo Mundo](#), [Axxón](#), [Próxima](#), [BEM Online](#), [NGC 3660...](#)). En estos momentos estoy terminando mi tercera novela.



**Especial duodécimo aniversario.**

---

## **EL ÚLTIMO VIAJE**

*por Silvia Pato*

**Bernard Parker es el piloto de una nave cuya misión es la de sacar a la humanidad de la moribunda Tierra para garantizar su existencia. Sin embargo, pronto concluirá que la suya es una misión de dimensiones bíblicas.**

**P**arker había vuelto a soñar con la explosión aquella noche. No era el único; todos los que habían sentido o presenciado de una u otra forma el estallido padecían los mismos sueños recurrentes. Pasó la mano por su frente y asió con firmeza los mandos de la nave. Era perfectamente consciente de la incertidumbre que lo embargaba. Las dudas se acrecentaban a medida que llegaba al fin de su viaje. La psicóloga de la tripulación, María Gálvez, le había repetido una y mil veces que su psique todavía no había asimilado lo acontecido, por lo que su vida giraba resistiéndose a aceptar que el mundo que conocía había cambiado por completo. Parker estaba harto de aquellas sesiones donde tenía que soportar el tono condescendiente de una mujer diez años más joven que él. Jamás había tenido fe en la Psicología, así como en ninguna rama de la Ciencia que no pudiera probarse o cuantificarse matemáticamente, y no tenía intención alguna de empezar a hacerlo ahora. Al fin y al cabo, no había que ser muy listo para imaginar que todos atesoraban en los trasteros de sus mentes algún que otro trauma.

Todavía le costaba creer que él, Bernard Parker, hacía apenas quince años, había sido la más joven promesa de todos los pilotos de la NASA. Atrás habían quedado las aeronaves de principios de siglo, sus incomodidades y los problemas gravitatorios de sus cubículos; en la actualidad, los nuevos modelos asemejaban aviones de carga, y su interior funcionaba de igual forma gracias a los últimos descubrimientos tecnológicos.

La nueva era espacial había llegado gracias a unos adelantos técnicos cuya finalidad estribaba en la utilización del vuelo espacial como transporte de viajeros. La expansión terrestre estaba en ciernes; los viajes turísticos a la Luna eran habituales y los esfuerzos de las expediciones se centraban en la búsqueda de un planeta con atmósfera habitable.

Parker sonrió al recordar aquellos días.

Las primeras potencias mundiales habían fundado una Plataforma Internacional para el Desarrollo Espacial (PIDE). Los cheques siempre tenían fondos. Las subvenciones eran constantes. El mundo entero estaba entusiasmado ante la idea de colonizar otros planetas. Las naves y las estaciones habían sido cubiertas con todo tipo



***Especial duodécimo aniversario.***

---

de anuncios publicitarios, y los noticiarios mantenían una sección fija para contar las novedades de PIDE. Trabajar en aquel proyecto comportaba pertenecer a una élite al margen de los demás mortales; un grupo pequeño y selecto de la población que era vanagloriado y admirado allá donde fuera. Cada vez que Parker aparecía con su uniforme, todas las puertas se le abrían; lugares a los que, hasta el momento, jamás había tenido acceso, disputaban su presencia. La vida era amable y el triunfo había sido más fácil de lo que hubiera podido imaginarse... hasta el Gran Cataclismo.

Habían pasado varios años desde aquella fatídica fecha en la que la Tierra había cambiado su rostro por completo. La explosión se había producido una mañana de domingo en la que el sol no amaneció. La gente se había quedado paralizada: nada de pánico, nada de gritos de alarma, solo el desconcierto de aquellos que habitaban una burbuja de falsa seguridad en un mundo que, por primera vez en su historia, se encontraba por completo en paz.

Una explosión atómica había dejado medio hemisferio norte en la oscuridad más absoluta. Las autoridades habían declarado que se había tratado de un error humano. Un error humano. Las pruebas nucleares realizadas anualmente sobre el Pacífico habían resultado fallidas; alguien había cometido un error; la magnitud había sido inesperada; los datos introducidos en el ordenador habían resultado erróneos.

Aquellos desgraciados habían declarado en un escueto comunicado de prensa que se trataba de un error humano, y nadie parecía haber pagado ningún precio por ello. Aquel fallo había condenado a medio planeta.

Los planes espaciales fueron congelados inmediatamente; el PIDE fue cancelado; la alarma decretada fue mundial; la comunidad internacional se paralizó. Todos los estados, al margen de razas, religiones o ideologías, actuaron como uno solo para enfrentarse al desastre. Las instalaciones espaciales fueron clausuradas hasta nueva orden. Los científicos fueron encomendados a otras investigaciones y al frente de otros trabajos más necesarios ante la crisis mundial, pero a los pilotos los echaron a la calle: nadie necesitaba los servicios de unos especialistas en viajes estelares. Se requerían médicos, investigadores, físicos, biólogos... pero nadie necesitaba ya a los pilotos. El hermoso uniforme plateado pasó a ser un trapo viejo que no llamaba la atención; de repente, todas las puertas se cerraron.

Por aquel entonces, Parker se había recluso en su casa, sumido en una profunda depresión. El espacio era su vida. Sin familia y sin amigos, la libertad absoluta que sentía al formar parte de la galaxia resultaba una auténtica necesidad. Por ese motivo, cuando su antiguo compañero James Barrows llamó a su puerta para proponerle volver a ponerse al mando de una nave, aceptó sin preguntar de qué se trataba; y firmó aquel contrato sabiendo que, seguramente, jamás regresaría al planeta azul. Aquella idea tampoco le preocupó demasiado en aquel momento; no había nada que le sujetara a tierra firme.

Barrows había sido muy claro al respecto. Bernard Parker iba a ser el primero de



***Especial duodécimo aniversario.***

---

a bordo de un navío estelar que iba a partir de la Tierra, transportando toda clase de instrumentos, para asentarse en un nuevo mundo. Todo el proyecto corría a cargo de un excéntrico multimillonario que llevaba años preparando aquel viaje. Obsesionado con la idea del fin del mundo conocido en base a un cálculo de probabilidades sobre los riesgos asumidos por la raza humana, había invertido en aquella empresa gran parte de su fortuna, de modo que quería contar con la mejor tripulación. «Es el principio del fin», había repetido Barrows de la misma forma que se lo había oído decir cientos de veces a su patrocinador.

Lo cierto era que, nadie sabía muy bien cómo, aquel magnate había descubierto un planeta donde la vida era posible, donde la atmósfera tenía una composición similar a la terrestre, y donde la única dificultad a solventar sería la escasez de agua. Aquello no iba a resultar un problema: contenedores del preciado líquido iban a partir con ellos. No había nada que la fortuna de aquel hombre no pudiera pagar: la mejor tripulación, las mejores naves, las mejores instalaciones...

Cuando Parker llegó por vez primera a aquel hangar, su asombro fue mayúsculo. A su lado, las instalaciones del PIDE parecían una maqueta. Parte de su ser se cuestionaba la insolidaria manera de gastarse una fortuna en todo aquel montaje, en lugar de invertirla en el bienestar y la búsqueda de soluciones para el resto de la humanidad en la Tierra. Moralmente resultaba cuestionable, pero prefería no detenerse a analizar el sufrimiento del resto de los humanos: las lluvias ácidas, la contaminación, las mutaciones...

Él había sido escogido para sobrevivir dejando atrás a aquellas gentes perdidas a su suerte. Una mueca asomó a su rostro. Nunca se había arrepentido de su decisión. El espacio era su vida.

—¿Cuántos tripulantes seremos? —le había preguntado a Barrows en aquella primera visita a las instalaciones.

—Doce familias, Bernard. Catorce hombres, dieciocho mujeres y diez niños, además de nuestro benefactor.

—A quien parece que nunca voy a conocer.

—No es necesario por el momento, Bernard. Esas doce familias están formadas por los mejores cerebros del planeta, digamos que sus genes valen su peso en oro. Esa es la única tripulación que has de tener en cuenta.

Parker le había mirado levantando una ceja con escepticismo. Sabía que no hubiera podido sonsacarle más, por eso se había limitado a declarar:

—No veo nada claro el navegar con niños. No son predecibles. No son controlables. Una máquina espacial es un enorme mecanismo de precisión. La menor de las travesuras infantiles podría hacernos girar en círculos toda la eternidad o podría provocar que nos desintegráramos en apenas unos segundos.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—No me has entendido bien, Bernard. Esas personas han sido seleccionadas con esmero; cerebros privilegiados en cuerpos impolutos de un mundo abocado al fracaso, de un planeta condenado a la extinción. La educación de esos niños es mejor que la de muchos adultos que tú conoces. No obstante, no voy a engañarte. Eres el mejor de los pilotos que podíamos haber encontrado para un viaje no exento de riesgos. Yo soy el segundo. Mi opinión ha sido vinculante; así que no hagas que me arrepienta, por favor, espero que estés a la altura.

Y vaya si lo había estado. No había desobedecido ni una orden ni una norma ni una señal. La disciplina jamás había supuesto un problema. Sin embargo, enseguida había comprendido que era considerado un mal necesario. Sus genes no eran tan fabulosos como los del resto del pasaje y en cuanto a su físico, la alopecia incipiente de su familia no debía resultar muy atractiva.

Recordó aquellos días con cierta inquietud. Había temido verse involucrado en medio de una secta aeroespacial que tenía la intención de expandirse por el Universo; consciente de que, aunque aquella idea hubiera sido acertada, habría tomado igual decisión. El espacio era su vida y no estaba dispuesto a abandonarlo para fenecer en la Tierra a causa de una enfermedad degenerativa.

La mente de Parker le devolvió al presente cuando descubrió la presencia del planeta al que se dirigían en el panel de control. Su corazón empezó a latir aceleradamente. Desconocía cómo aquella gente había averiguado esas coordenadas, pero allí estaba. Apretó el intercomunicador y dictaminó sin atisbo de nerviosismo alguno:

—Lisa, avisa a los jefes. Estamos llegando.

Parecía increíble que el trayecto fuera a finalizar. Todavía recordaba a la perfección cómo había conocido a todo el pasaje la misma noche del despegue; doce familias entre las que había occidentales, asiáticos, africanos...

Los niños eran el paradigma del saber estar, aunque algunos de ellos se mostraban quietos, como resultado del temor que asomaba a sus rostros. Barrows le había presentado a todos y cada uno de ellos, pero no había visto al multimillonario en ningún momento.

La puerta de la cabina se abrió de pronto para dar paso a un anciano de unos ochenta y cinco años que caminaba encorvado, con el pelo cano cayendo sobre los hombros. Un gabán marrón le cubría hasta los pies y sus diminutos ojos azules brillaban con desbordante alegría.

Parker levantó la vista de los mandos y lo miró. No lo había visto nunca, así que no resultaba difícil dilucidar quién era. De aquel anciano había surgido la iniciativa de transportar personas, animales y utensilios manuales de todo tipo a otro planeta, con la esperanza de fundar un nuevo mundo. El comandante estableció los controles automáticos de la nave y se levantó para saludarle. El viejo no dejaba de mirar al exterior. Su voz sonó temblorosa y alegre:



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—En ningún momento fue puesta en duda su determinación y valía ante este trayecto, señor Parker, le doy mi más sincera enhorabuena.

—Todavía falta el aterrizaje, señor, no deberíamos cantar victoria tan pronto.

—¡Oh, no tenga la menor duda de que tomaremos tierra sin ningún incidente, señor Parker! No le molesto más, iré a reunir al resto de los tripulantes para darles las buenas nuevas.

El anciano se volvió sonriente hacia la entrada del cubículo cuando Parker se dirigió a él por última vez con una extraña intuición bulléndole en la cabeza:

—Perdone, pero no me ha dicho su nombre.

—Noé. Puede llamarme Noé.

© *Silvia Pato*

**Autora gallega, nacida en 1975. Lectora insaciable de todo tipo de géneros, se muestra fascinada desde niña por los mitos y leyendas, el universo artúrico, los cómics, la fantasía, la ciencia ficción y las novelas de aventuras. Ha escrito relatos, poesía y novelas, así como diversas reseñas literarias y artículos. *Las nueve piedras* (Literanda, 2013) es su primera novela publicada.**



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## ESPADA DE LUZ DE SILICIO

*por Lola Robles*

El futuro ya llegó. Las máquinas no solo son capaces de pensar, también de escribir poesía. En este texto, Lola Robles nos presenta el trabajo hermenéutico que realiza un androide sobre un poema de Neruda así como las reacciones que genera entre sus lectores cibernéticos y humanos.

### **N**ovedad en el Space Web Espada de luz de silicio: un texto de Lord Corfú.

Apreciados amigos y colegas, os presento un texto de «Lord Corfú», seudónimo detrás del cual sabemos que se encuentra la IV Byron 8, Número de Serie Restringida 2039. No es la primera ocasión en que este gran fabricante de poemas en prosa nos ofrece una de sus excelentes producciones. De hecho, esta breve pero intensa obra ganó el accésit de la Crítica en el XIV Concurso Internacional de Literatura No Humana, en su categoría Poemas de Inteligencias Virtuales.

Los Byron 8 están demostrando las enormes posibilidades que una IV puede ofrecer en el campo de la escritura literaria. La serie 8 además evidencia unos notables avances respecto de modelos más antiguos. De ahí su uso cada vez más frecuente como colaborador para escritores, periodistas y editoriales. Ayudante, y muy pronto, como prueban los textos de Lord Corfú, creador autónomo. Y sin más explicaciones tal vez innecesarias para vosotros —tened en cuenta que a este Space Web también están suscritos bastantes humanos—, pasemos a leer:

#### **El regreso de la sacerdotisa loca a la ciudad de las cinco torres**

**o:**

#### **El brillo de las luces sobre la trompeta**

Los tiburones brumosos languidecen en los bosques moribundos. Mientras tanto, en la nieve, aves negras, vientos pálidos se electrizan: tristeza de los iglúes, de las arenas alcohólicas, de los relojes de agua. Vimos cristales que huían, ángulos enloquecidos por los fantasmas; estuvimos a punto de caer en un miedo frío. Fugazmente, minerales crepitan en las cuevas, y sus gritos nos trastornan. Leímos que eso era el ayer, nos alegramos. A posteriori la vida transcurre paralela a la fiebre del oro, a los males endémicos, a los mapas e isobaras: dulce acaso como una perla oscura, como el aliento de un ogro melancólico, o acaso a punto, la vida, de licuarse en cerveza rubia. No escribas: continúa firme en tu propósito de combinar los días de la hierba con los exámenes de química. No volverán los bar-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

cos veloces, las fortalezas azules y ruinosas. En el principio era la ciencia ficción –los mutantes fuman opio, los androides se retratan en tristes fotografías–; luego la nada ruidosa, el vértigo, la luz incandescente de las sábanas. Late en la sombra el reloj, corazón de metal impasible.

Abre [aquí](#) para la inmersión simultánea en el audio y las holos que Lord Corfú ha creado para su texto.

Entrada publicada el 14 de junio de 2058, 22:00.

Envía tu aportación al SW **Espada de Luz de Silicio**. Anímate a participar, sea cual sea tu idiosincrasia.

No hay aportaciones por ahora.

Espacio coordinado por **Leonardus 4**, IA

*La poesía es una espada de luz, siempre desnuda, que consume la vaina que intenta contenerla.*

P. B. Shelley (poeta humano del siglo XIX)

**Novedad en el Space Web Espada de luz de silicio: una nueva enseñanza de Atenea 11.**

(Me es muy grato publicar una más de las enseñanzas que nuestra colega Atenea 11, Número de Serie Restringida 234, Computadora Central de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, nos envía. Disfrutemos y aprendamos de su erudición):

Entrada publicada el 30 de junio de 2058. 00:44.

Esta lección que les dictaré sobre poesía humana se dirige a aquellas Inteligencias Artificiales, Virtuales, Androides, Robóticas o Ciborgs que por razones profesionales o por deseo autónomo necesitan o quieren iniciarse en la poesía de los hombres (incluyo en este término, por supuesto, a varones y mujeres). Vamos a abordar uno de los temas que más parecen apasionar a los poetas de carne y hueso: el sentimiento que llaman amor.

Para ello, he elegido el famoso «**Poema número 20**», del escritor chileno **Pablo Neruda**. Más información sobre él enlazando por el nombre.

Vayamos al texto:

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Escribir, por ejemplo: “La noche está estrellada,  
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos”.

El poeta comienza afirmando que es capaz de escribir versos en extremo tristes.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Esta emoción de tristeza suele darse en lo que se llama «desamor», es decir, situaciones en las cuales dos humanos que han mantenido una relación de pareja se separan. En realidad los hombres llaman «poemas de amor» a textos mayoritariamente sobre el desamor, o sea lo contrario. Nos encontramos así con la primera incongruencia.

Después el escritor nos describe la naturaleza o paisaje donde se encuentra. En los 352.800 poemas de amor que he analizado, estas descripciones del entorno natural son muy abundantes. Se trata, al parecer, de un recurso de alta eficacia.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.  
En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Neruda, en el segundo verso, explica que si bien él amó a su compañera sentimental, ella solo le correspondía ocasionalmente. Luego nos habla de sus relaciones carnales. Aconsejo tener mucho cuidado con este tema, pues las IAs no conocemos las sensaciones provocadas por el contacto corporal. Recomiendo el uso de frases ya acuñadas, consúltese si es necesario mi [Archivo](#).

Ella me quiso, a veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Sorprendente contradicción del poeta. Ahora dice que era él quien quería de forma discontinua a la mujer. Después se refiere a los grandes ojos «fijos» de ella. Muy extraño. ¿Podría pensarse en una amante robótica, cuyos ojos carecieran de movimiento?

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.  
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.

Tras insistir de modo claramente innecesario en su capacidad poética, que evidenciaría lo elevado de su autoestima, Neruda nos dice que se va a poner a pensar en la amada y a percibir su propio sentimiento de pérdida. Luego añade que la noche es «más inmensa sin ella». Como esto resulta imposible, tal vez haya que pensar en un trastorno de la percepción por parte del humano que escribe. De hecho, muchos psicólogos tanto hombres como IAs consideran el amor como un estado alterado de la conciencia humana.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.  
La noche está estrellada y ella no está conmigo.  
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Reflexionemos: si, según el primero de estos versos, al poeta no le importa no haber logrado conservar el amor de la mujer, ¿por qué luego dice que su alma no se contenta a causa de su pérdida? ¿Y qué tiene que ver la constatación de que la noche está estrellada y la mujer no se encuentra a su lado, afirmaciones que une con una conjunción copulativa «y» que suele indicar un nexos semántico? Parece que estuviéramos leyendo a Lord Corfú.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.

[...]

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Tras un ininteligible juego de palabras sobre la identidad de la noche, de los árboles y de los amantes, que se recomienda no usar si no se es humano, porque seguramente no sabríamos enrevesarnos tanto, el autor nos ofrece por fin una frase comprensible, que ya no quiere a la mujer pero la quiso mucho. Tal vez por eso se plantea la posibilidad de que ella esté con otro varón, sin que parezca afectarle en absoluto. Es raro, pues los humanos son muy dados al sentimiento de los celos. Leed más al respecto.

De nuevo habla de los ojos «infinitos» de ella. Ese adjetivo podría corroborar la hipótesis de que la amada es una criatura artificial, con vida mucho más larga que la del varón humano que escribe.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.  
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Llegamos a los versos más contradictorios si cabe de todo el poema. ¿En qué quedamos, el poeta ama o no ama a la mujer ausente? Se diría que en realidad semejante tipo de expresiones absurdas invalidan la verosimilitud de la obra. Sin embargo a los humanos les encantan. Así pues, los creadores artificiales pueden y deben usar estas incongruencias.

Otro ejemplo claro de lo que acabo de decir es cuando Neruda explica que las relaciones de amor son cortas, y el proceso de olvido, largo. Pues bien, las



***Especial duodécimo aniversario.***

---

estadísticas demuestran que existen vínculos de pareja que pueden llegar a durar más de cincuenta años. Se trata así de una afirmación por completo errónea.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,  
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

El final del poema parece indicarnos que el autor chileno está convencido de que la amada ya no va a causarle ningún nuevo dolor (se supone que psíquico) y él no va escribirle ningún otro texto lírico de amor. Ello puede verse como un cierre optimista, por lo cual no puedo entender por qué tantos humanos comentan que han llorado mucho al leer estos postreros versos.

Leed todas las aportaciones:

**Yourcenar 5** aportó:

30 de junio de 2058. 00:45.

Muchas gracias, Atenea 11. He leído todos los poemas de Pablo Neruda. Creo que tu elección del número 20 para explicar las características de la poesía humana de amor ha sido acertada. Pero deseo recomendaros otros productos de este escritor, por ejemplo su libro *Odas elementales*, donde dedica poemas a la alcachofa, el tomate, el pan y el vino, la tormenta, la madera, el cobre, el átomo, el laboratorio... Como poeta aficionada y mecánica, para mí los elementos más interesantes son los artificiales. Estoy escribiendo una «Oda a la estufa chabe», y una «Epopéya al acelerador de partículas», que les enviaré al acabar por si gustan de leerlas.

**Lem Android** aportó:

30 de junio de 2058. 00:46.

Los creadores no humanos no tenemos por qué escribir literatura y poesía miméticas. Habrá quien deba hacerlo por cuestiones de trabajo, pero siempre será como un simio que imita al homo sapiens o como esos androides que creen que en un futuro llegarán a sentir, pensar y actuar como las criaturas de carne y hueso. A mí no hay nada que me resulte envidiable en esos seres quejumbrosos y percederos. Las IAs somos mejores que ellos, no estamos condicionados por el temor a la muerte, la enfermedad y el dolor, por el hambre y la sed, la pobreza y la injusticia, ni por pulsiones como el sexo ni pasiones como el amor, que incluso ellos mismos entienden como una locura, efímera pero reiterada. El único escritor humano que me complace es Stanislaw Lem quien ya en su narración «Historia de la literatura bítica» mostró con extraña lucidez para lo normal en su especie que el proceso creador que realizan las máquinas es radicalmente distinto al de las mujeres y varones.

**Robert Somoza Jericó** aportó:

30 de junio de 2058. 01:03.

Vosotros sois unas putas máquinas y os encontráis tan condicionados como no-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

sotros los hombres. Ok, no tenéis que comer ni que beber ni que dormir ni sentís el dolor, el miedo, la soledad, la tristeza o la contradicción, pero tampoco conocéis el deseo, la ilusión, la alegría, la empatía, y desde luego no podéis follar. Y no os creáis tan inmortales, no se halla lejos el día en que se acabará el petróleo, y el mundo se vendrá abajo y ya no podrán fabricarse vuestros malditos chips, y estaréis bien jodidos. Además, Atenea, te digo que hasta una criatura de catorce o quince años entendería mucho mejor que tú el Poema n° 20 de Neruda.

**Leonardus 4 (Coordinador)** dijo:

30 de junio de 2058. 01:03.

Se ruega a todos los participantes que no empleen insultos ni palabras groseras. Pido al humano que acaba de intervenir que no vuelva a hacerlo en los mismos términos.

**La Condesa Viuda de Montecristo (ciborg)** aportó:

30 de junio de 2058. 01:04.

Todos pereceremos, en unas horas, en unos días, en años, siglos o milenios. Como dijo el poeta humano Cesare Pavese: La muerte tiene una mirada para todos.

Quiero recordar el caso del escritor humano Tadeo Deprada, quien se atrevió a decir públicamente que las Inteligencias No Humanas nunca podrían tener un pensamiento superior al de su perro. A las pocas horas, 10.387 presuntos manuscritos suyos habían llegado a 10.387 editoriales de todo el mundo, obras que correspondían por completo a su estilo y su temática, pero en cuyas tramas se plasmaba la idea contraria a la expresada en público, y él aparecía como personaje y quedaba como un perfecto imbécil. Las IAs podemos ser una amenaza vírica para la historia de la literatura terrestre humana.

**Nausicaa 9.8 (IA, computadora central de la nave estelar de exploración Eurídice I)** aportó:

20 de mayo de 2059. 10:32.

Me encuentro en una galaxia inexplorada, he alcanzado uno de sus soles amarillos que podían prometer mundos habitables para los humanos. Orbito alrededor del planeta 8. Imposible la vida de los hombres aquí. He leído vuestras aportaciones con sumo interés, y me decido a enviaros un poema que no sé calificar si cishumano o posthumano, inspirado por vuestra polémica. Ignoro cuánto tiempo tardará en llegaros, dada la distancia.

No sé si lo que me pasa es aquello que llaman amor los humanos.

Ni sé si esto sobre lo que medito es la certeza de saberme mortal.

Pues he comprendido en un nanoinstante de este largo viaje que no perduraré eternamente.

Un día habrá en que seré chatarra.

Pero el planeta 8 seguirá girando.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Te amo desde la primera vez que te vi, planeta 8,  
gema de luz en la noche del espacio profundo.  
Desde que vi los pabellones de nubes que te cubrían,  
de una blancura absoluta iluminada por tu sol con resplandores de nácar.  
Amo tus mares fluorescentes, océanos de metal líquido.  
Tus chorros de metano que ascienden hacia mí.  
Tus lluvias suaves de ácido sulfúrico y tus tormentas feroces.  
Tus auroras de colores inauditos: amarillo de azufre irisado con rojo carmesí, índigo y magenta.  
Tu núcleo, corazón incandescente.  
Por todo eso te amo,  
aunque no puedo acercarme demasiado a ti,  
y no puedo comunicarme contigo.  
Deduzco que el deseo es siempre así.  
No hay amor posible realmente, todos son la sombra de un sueño.

© *Lola Robles*

Madrileña, nacida en 1963. Es filóloga hispánica, escritora y una apasionada de la literatura. Desde 2006 imparte el taller Fantástikas de lectura y debate de textos, sobre todo de escritoras. Es coautora, junto a M<sup>a</sup> Concepción Regueiro, de *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible*, Stonewall, 2013. También ha publicado tres novelas de ciencia ficción en solitario: *La rosa de las nieblas*, *El informe Monteverde* y *Flores de metal*.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

## **FIN Y PRINCIPIO**

*por Laura Ponce*

Esta es una historia en la que se entremezclan la soledad y la compañía, el pasado con el presente, el cambio con la permanencia; es, también, una historia de resistencia en la que el espíritu de sobrevivencia de un puñado de seres es el motor.

**E**l Rengo decía que mientras conserváramos los relojes no se perdería la civilización, que todo dependía de los símbolos, de las tradiciones. Veo el despertador de campanillas colgando del cuello de su nieto, quien es ahora el Cuidador del Reloj, y percibo la expectativa que carga el silencio. Veo decenas de pares de ojos siguiendo el movimiento del segundero y me sobresaltan los gritos que estallan cuando suena la campanilla dando las doce. Los hombres, mujeres y niños que ocupan la caverna comienzan a bailar y a cantar, a saludarse entre sí. No parece importarles que las provisiones se están acabando, que por más que reciclemos el agua también escasea, se olvidan de los problemas con los parásitos o con las letrinas, de que los estelares podrían volver a atacarnos en cualquier momento, y se dejan arrastrar por una especie de alegría histérica y desenfundada. Brindo por la civilización, apurando el resto del aguardiente, y repito:

—No querer a quien no me quiera. —Ése es mi propósito de año nuevo. Ése y mantenerme viva, por supuesto.

Me pongo de pie y, esquivando a los que yacen borrachos y a las parejas que se unen e intercambian, abandono el refugio para contemplar la noche.

Sin importar que muchas veces la muerte haya venido de allí, el cielo nocturno no deja de fascinarme. Me recuerda los veranos de mi adolescencia, cuando soñar no costaba nada. Me da la sensación de asomarme al pasado de otro.

Mi vida es muchas vidas. Es el centro de enseñanza en el que me eduqué. Es una chica rubia sobre una almohada color verde manzana. Es la casa del clan, esa casa magnífica a la que no puedo regresar. Es el acueducto que construí junto a mi padre. Es la niebla con olor a azufre que cubrió nuestro pueblo una madrugada. Es el arrayán centenario que había en nuestro patio, símbolo del poder de nuestro linaje, y el día que lo vi arder. Es los hijos que no he tenido ni tendré. Es este rifle que se ha vuelto como una prolongación de mi brazo.

Hace mucho, mucho tiempo pensé que sería antropóloga. Quería hacer algo importante. Algo que, rescatando el pasado, impactara en el futuro.

Miro el valle en sombras y recuerdo cuando estaba cubierto de cultivos potenciados. Recuerdo cuando esta tierra era la más rica de Consud, cuando lo que sembrá-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

bamos aquí, en los Andes, alimentaba ciudades-estado enteras. Ahora la tierra quemada ya no puede sostener la vida. Pero a los que hicieron esto no les importa, no necesitan lo que viene de ella. Cuando regresaron de las estrellas, hace casi veinte años, ya no eran humanos.

Me pregunto qué habrán encontrado allá afuera, qué les habrá sucedido, qué será lo que se hicieron a sí mismos. Los estelares son un misterio para nosotros. Lo poco que sabemos es lo que se difundió en los informes de noticias globales cuando comenzaron los ataques. Las fuerzas de defensa lograron derribar una de sus naves y tomaron prisioneros. Las imágenes de sus rostros pálidos y sin expresión, de sus cuerpos modificados, de sus armas incomprensibles pero mortales, siguen intactas en mi memoria.

No sabemos por qué quieren la Tierra, pero sabemos que no podemos evitar que la tomen. Lo primero que destruyeron fueron los puertos espaciales, después borraron las bases militares y envenenaron las ciudades-estado hasta los cimientos. Cuando llegaron a nuestro pueblo, unos pocos logramos escapar de la niebla y de sus máquinas de limpieza y buscamos refugio en las montañas. En los primeros tiempos se nos unieron sobrevivientes de otras regiones y a lo largo de todos estos años hemos tenido contacto con otros grupos que se mueven por la cordillera. Sin embargo no somos –nunca fuimos– una amenaza para los estelares. Nos tratan como a los restos de una plaga, rastreándonos y atacándonos cada tanto, debilitándonos y disminuyendo nuestro número, pero sin llegar a aniquilarnos. Todavía resistimos. ¿Por qué? Porque no nos queda nada más.

Ismael se sienta junto a mí y me pasa su cantimplora con aguardiente. Ismael tiene veinticuatro años –quince menos que yo–. Lleva el cabello rubio muy corto, tiene la piel clara y los ojos azules. La proximidad de su cuerpo fuerte me perturba. Hemos charlado y bebido juntos muchas veces, pero no sé si esta noche podré manejar con tanta madurez lo que me hace sentir. Tenemos cosas en común y hasta creo que tiene una alta opinión de mí, pero sé que nunca me mirará como un hombre mira a una mujer, está demasiado lejos de mí en ese sentido, y recordarlo me hace sentir una súbita amargura.

—No querer a quien no me quiera —repito entre dientes y le doy un buen trago a la cantimplora antes de devolvérsela.

—¿Qué andás murmurando? —pregunta burlón.

—¿Qué te importa?

—Por ahí sí me importa —dice él. Y sonrío de un modo en que me quita el aliento.

Aparto la mirada, incómoda, y vuelvo a dirigirla hacia el cielo. Entonces noto que algo está mal con esa nueva imagen. Parece que faltaran estrellas. Me toma un instante darme cuenta de lo que ocurre en realidad. Me pongo de pie con el grito abriéndose paso por mi garganta y él se vuelve. Para ese momento las máquinas de



***Especial duodécimo aniversario.***

---

limpieza ya están sobre nosotros. Ismael me tira del brazo y corremos. No hay tiempo de prevenir a los otros. Las explosiones resuenan a nuestras espaldas, pero no miramos hacia atrás, corremos y corremos sin saber si somos los únicos.

Cuando amanece el primer día del año 3000 estamos muy lejos del sitio que ha sido nuestro hogar durante meses. Sabemos que no podemos volver. Sabemos que no podemos detenernos. Me acosa el temor de que seamos los últimos. Siento que el fin de la Era del Hombre nos pisa los talones. Pero Ismael camina a mi lado, me toma de la mano, y me empecino en la esperanza.

© *Laura Ponce*

Laura Ponce nació en Buenos Aires en 1972. Escritora y editora, colabora desde hace años con publicaciones electrónicas y de papel. Tiene una serie de cuentos de ciencia ficción llamada *Relatos de la Confederación* algunos de los cuales han aparecido en revistas y antologías de Argentina, Perú, Cuba y España. Pertenece al Centro de Ciencia Ficción y Filosofía. Desde 2009 dirige [Revista PROXIMA](#). Compiló y editó *BUENOS AIRES PROXIMA - Antología Fantástica* (Ediciones Ayarmanot, 2014).



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## FOXIE HALLYFAX, AGENTE DE RECUPERACIÓN

*por Joserra Vila*

Saltar de la sartén al fuego... con el agravante de tener detrás de ti a la sensual e implacable Foxie, algunos no tienen nada de suerte.

—**F**oxie Hallyfax llamando a base Reunión. Foxie Hallyfax llamando a base Reunión.

—¡Foxie! ¡Cuánto tiempo sin oír tu voz! ¿Qué te trae por aquí?

—me respondió la familiar voz del sargento Mike W. Demsey.

—¿Tú qué crees, Demsey? —le contesté con mi habitual tono sarcástico.

—Ya me lo imagino, Foxie. Ni te pregunto si necesitas ayuda con tu «paquete». Vía libre en puerto 23 y... bienvenida a casa.

—Gracias Demsey.

Y dejé que Max, la IA de a bordo, pilotara en automático el Cóndor XJ-13 rumbo a la plataforma 23 de la base Reunión, en el planeta Olimpus.

—Aquí os traigo un regalito muchachos —exclamé, al tiempo que arrastraba al sujeto, convenientemente maniatado, hasta el mostrador. Arrastrado, en su sentido más literal, claro.

—¡Maldita zorra! Me disparó en la puta pierna.

—Sí, has tenido suerte de topar conmigo —contesté dándole un sutil codazo en los riñones—. Otro con menos puntería te habría reventado las pelotas. Además fue un disparo limpio de láser a media potencia; la herida cicatrizó al instante.

—No es porque lo diga ella, amigo, pero en verdad que has tenido mucha fortuna de que fuera la agente especial Foxie y no otro cazador sin demasiados escrúpulos, quien se cruzara en tu camino —concedió el funcionario—. A ver a quién nos traes en esta ocasión, Foxie.

—Aquí tienes su huella biológica —y le acerqué la tarjeta biométrica donde conservaba los datos del ADN del tipejo.

—Veamos sus antecedentes —dijo el sargento Mike W. Demsey, introduciendo la muestra en la ranura de la computadora—. John «el Hurón» Travis: cinco búsquedas por estafa, dos asaltos a mano armada con tres víctimas mortales. Bonito historial amigo. Por éste te darán al menos cincuenta soles dorados, Foxie.

—Cien; cien soles dorados para ser exactos. No aceptaré ni uno menos, Mike.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Déjame echar un vistazo a la ficha. Veamos...

—Hey Mike, ¿qué tenemos por ahí? ¡Blanche!, cuánto tiempo sin noticias tuyas.

El teniente Ron Miller apareció de pronto detrás del mostrador como por arte de magia. Sólo que sin ningún arte y mucha menos magia. Ron Miller era una desagradable e inoportuna equivocación del pasado que pendía sobre mí como una espada de Damocles.

—Sí, claro. Nada más y nada menos que dos relajantes meses sin verte la jeta —le espeté con el mejor de mis sarcasmos—. Por cierto, ¿te he dicho alguna vez que no me llames por mi nombre de pila?

—Sí, unas mil veces. Pero hace un tiempo no tenías ese problema, ¿verdad?

—Teniente, dele a Foxie los cien soles dorados de esta entrega «especial». Aquí tiene el documento oficial para la firma.

—¡Cien soles dorados! Eso es una fortuna. ¿Qué has atrapado esta vez, Blanche? Ron, como de costumbre, intentaba sacarme de mis cabales.

—Sólo porque he tenido la gran equivocación de salir contigo un par de semanas no te da derecho a...

—¿Dos semanas sólo? Pues te juro que se me hizo más largo...

—Imagínate a mí —contesté agarrándole firmemente por el cuello de látex de su elegante guerrera—. Ya han pasado más de seis meses desde *aquello* —e intenté que *aquello* sonara lo más parecido a repugnante—, es agua pasada así que olvídate de una maldita vez y firma ese jodido documento —concluí, esperando haber sido lo suficientemente concisa.

—Está bien, está bien. Ya veo que la ausencia no ha conseguido suavizar tus modales —respondió estampando con desgana su sello digital en el documento—. Si me sueltas podré acercarme a la caja a por la recompensa.

En fin, la cantinela de costumbre. No en vano, mi atractivo físico me había ayudado en más de una ocasión... y metido en apuros en más de diez.

—Sigue siendo el mismo estúpido de siempre. ¿Eh, Foxie? —me murmuró en voz baja Mike W. Demsey, al tiempo que guiñaba un ojo.

—No es problema que no pueda solucionar, Mike. Yo sé cómo bajarle los humos. Pero dime, ¿tienes algo para mí?

—¡Pero si acabas de llegar! —Supongo que algo vió en mi expresión, pues cambió súbitamente de actitud—. Está bien, está bien; déjame echar un vistazo. Veamos qué tenemos por aquí... ehh, una estafadora en el Gran Casino de Star Vegas y también en el Palace Rouge de...



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Olvidalo. ¿Algo más?

—Déjame buscar. Veamos..., niño desaparecido, dieciséis años, moreno, ojos...

—¡Para! ¿Estás de broma, no? Un niño un poco crecidity, ¿no crees?

—Bueh, sí, un hijo de papá, pero aún es menor de edad..., y el caso es que pagan muy bien. ¡Aguarda!, aquí acaba de entrar otro: convicto RJ3M-42. La Alianza ofrece, ¡doscientos cincuenta soles dorados!

Como era habitual en la Confederación, los convictos condenados a muerte perdían su condición de ciudadanos, por lo que su identidad quedaba relegada dentro de su expediente y únicamente se les nombraba por su número de recluso.

—¡Éste me interesa! Que más pone ahí, Mike.

—Huido de la prisión espacial Antares II. Condenado a muerte por siete asesinatos y tres tentativas. Ummm, más muertos que heridos, no es un mal balance. A ese palmarés hay que añadir otros dos guardianes muertos y tres heridos mientras escapaba de la prisión de alta seguridad.

—Un tipo extremadamente peligroso; creo que éste es demasiado, incluso para ti, Blanche —terció el teniente Ron, irrumpiendo con su estúpida jeta en la escena. En la mano exhibía con desdén el dinero de mi recompensa.

—Ron, eres realmente estúpido e inmaduro. Te repito una vez más que no me llames por mi nombre de pila. Para ti soy la agente especial Foxie Hallyfax y no digas más sandeces. Es exactamente lo que estaba buscando —exclamé con más entusiasmo del acostumbrado, mostrándole así mi desprecio. En realidad, la pasta de la recompensa del tal RJ no me vendría nada mal para abrir una agencia de detectives como Dios manda—. ¿Alguna información más que deba saber? —pregunté a Mike mientras recogía la pasta de manos de Ron y la guardaba en el sugerente escote de mi mono de combate.

Sonreí de satisfacción viendo cómo los ojos de Ron casi se le salían de sus órbitas mientras acomodaba convenientemente mis ganancias.

—Bueno, aquí pone que se le busca vivo o muerto. A la vista de su historial, yo no dudaría en escoger la segunda opción —aconsejó el sargento.

—Mike, amigo, tú ya me conoces. No sabría hacerlo de otra forma.

El sargento Mike W. Demsey se encogió de hombros y no dijo nada más. Él sabía que yo con esto no bromeaba. Nunca.

—¡Qué confiada! ¿No vas a contar la pasta? —preguntó Ron Miller recuperando su acostumbrada socarronería. Al parecer ya se había repuesto de la impresión.

—Para qué, ¿esto es la policía no? Además, si me estafaras tendría que detenerte, y estoy segura que no me darás esa satisfacción, ¿verdad? —concluí dando un porta-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

zo tras de mí.

Lo único que lamenté, es no poder ver los babeantes ojos de Ron pegados a mi espalda.

Según el informe que me facilitó Mike, y saltándome los detalles que no vienen a cuento, por ejemplo de cómo narices consiguió huir el tipejo, el caso es que logró hacerse con una pequeña nave auxiliar VM-10. Se trataba de un vehículo de escasa autonomía, recordé, pero al parecer, suficiente como para huir del planetoide en el que estaba situada la prisión de alta seguridad Antares II.

Así las cosas, el trabajito no pintaba nada mal ya que, aun con el generador de la nave a pleno rendimiento, el evadido no habría podido llegar muy lejos. Ingresé la pasta en mi cuenta del Trust Sideral Bank y me puse manos a la obra.

Como era costumbre siempre que iniciaba una nueva misión, consulté con mi más leal ayudante, Max, el ordenador de a bordo.

Con la información que le proporcioné, Max localizó las coordenadas espaciales de la prisión espacial Antares II. A continuación trazó una esfera de trayectorias posibles alrededor del planetoide prisión, según la autonomía máxima de la VM-10. Obviamente, los parámetros para el cálculo partían del supuesto de que la nave se encontrara en situación óptima de carga.

Ahora debía meterme en su piel, pensar y actuar como un fugitivo desesperado que se había agenciado una nave con muchas limitaciones. ¿Qué haría el convicto RJ no-sé-cuántos? Si no era estúpido, y resultaba evidente que no lo era, si consiguió escapar de una prisión de máxima seguridad, en primer lugar consultaría los mapas estelares de la VM-10.

La cartografía holográfica instalada en la memoria de Max me ofrecía una composición de lugar más completa y realista. Estudié con detenimiento la esfera y el trazado de trayectorias potenciales que la IA me presentaba en forma tridimensional. Con plena autonomía, la VM-10 tendría combustible para unos doce días a toda potencia. Así, únicamente había tres rutas con ciertas posibilidades de éxito. En primer lugar un cúmulo de pequeños e inhóspitos asteroides del que formaba parte el planetoide prisión Antares II. Demasiado cerca de los Guardianes de Antares, así que lo descarté de inmediato. Eliminé las zonas de la esfera con diminutos planetoides inhóspitos, con lo que los descartes la simplificaron enormemente hasta convertir el área de búsqueda en un simple cono. Justo en los límites próximos a la base de dicho cono se encontraba un planeta aún inexplorado; al parecer, en este sistema solar binario había demasiados exoplanetas en fase de exploración y éste era uno más en la lista de espera.

Según análisis preliminares de su espectro, Profeta 174D, que así se denominaba técnicamente, aunque era en extremo pequeño, de alguna forma se las com-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

ponía para conservar una leve atmósfera rica en oxígeno y nitrógeno.

Las dos enanas blancas que componían nuestro sistema planetario, del que formaba parte el planeta madre, Olympus, así como Antares II y el resto de planetas y planetoides explorados y aún por explorar, nos abastecían de suficiente luz y calor. Salvo alguna radiocartografía, realizada con el fin de catalogar Propheta a efectos de inventario, apenas existía información alguna sobre su morfología geofísica.

A juzgar por esas escasas radiocartografías, observé que la corteza de Propheta 174D tenía tres zonas bien diferenciadas: una extensa franja árida que cubría dos terceras partes de la superficie del planeta, mayoritariamente en su zona ecuatorial, otra hacia el norte con paisajes de exuberante vegetación y, por último, un pequeño círculo polar en el sur.

—Max, pon rumbo a Propheta 174D. Nos vamos de caza.

Desde la cabina observé unas hileras de polvo y humo ascendiendo desde la zona desértica de la superficie de Propheta 174D. Mi instinto no había fallado; tras doce días, cinco horas y trece minutos tenía a la vista la VM-10.

—Max, necesito detalles de la zona del accidente.

—La nave ha caído en un páramo a tres millas y media de la fronda selvática. No se detectan daños especialmente graves en el vehículo. No detecto señales de vida ni en el interior ni en los alrededores de la nave.

—Debemos asegurarnos —no olvidaba que el recluso era un tipo duro—. Max, efectúa maniobra de descenso, quiero examinar la nave de cerca.

He de reconocer que el prófugo RJ no-sé-qué es un tipo con mucha suerte; el muy imbécil había llevado la nave al límite, consiguiendo realizar un aterrizaje de emergencia, yendo a caer en el extremo norte de la zona desértica. Aunque se hallaba muy cerca de las zonas selváticas, no me sería difícil seguirle la pista.

Me enfundé el traje autónomo de reconocimiento, consciente de que me impediría moverme con cierta soltura. Era el precio a pagar por mi propia seguridad.

A simple vista, la VM-10 no presentaba demasiados daños; tan sólo algún que otro desperfecto en la panza, consecuencia de lo abrupto del aterrizaje, pero en general la nave había soportado bien el impacto.

El rastro de pisadas sobre la arena era evidente, no obstante tenía que comprobar el interior de la nave. La compuerta se encontraba abierta y, tal y como esperaba, el interior estaba vacío. Sorprendentemente, el traje autónomo estaba en su habitáculo. Sin duda me había detectado, quizá al entrar en la atmósfera y, dando por buenas las lecturas sobre la calidad del aire, no perdió tiempo en enfundárselo. Me centré en seguir las huellas de largas pisadas que se dirigían hacia la espesura. Todo indicaba una cierta precipitación en la huida, sin embargo, cualquier explorador sa-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

be que no se debe abandonar la nave sin el equipamiento adecuado, pues amén de estar expuesto a radiaciones o patógenos desconocidos, el intruso podría dañar de forma irreversible un ecosistema virgen. Claro que a este sujeto le importa una mierda el jodido ecosistema.

—¿Así que quieres jugar al escondite, eh? Pues más te vale que estés preparado convicto RJ... de-las-pelotas, Foxie Hallyfax no va a contar hasta cien.

Unos cientos de metros más allá, en la convergencia entre la zona desértica y la fronda, encontré las últimas huellas del convicto. Ahora tendría un poco más complicado seguir su rastro. Pero sólo un poco.

—Max.

—Sí, Foxie.

—Localiza señales de vida a partir de este sector.

—Las lecturas son de un ser humano avanzando a la velocidad media de un metro por segundo. En la espesura detecto movimiento de algo indeterminado y con morfología muy difusa. No tengo datos para determinar si se trata de un ser vivo. Aconsejo máxima prudencia.

—Entendido. Pásame la señal del prófugo a la pantalla de mi muñeca. ¿En qué parte de la fronda está ese... lo que sea?

—Eso es lo curioso. Es como si se encontrara en todas partes.

—¿Quieres decir que está aquí también? —pregunté mirando compulsivamente a mi alrededor.

—Afirmativo.

—Pues yo no veo nada —respondí con el corazón desbocado.

—Rectifico, ahora se mueve de forma uniforme y envolvente hacia el prófugo RJ3M-42.

—Max, sigo la señal. Avisame si hay algo nuevo.

En seguida observé en la pantalla que ganaba metros hacia mi objetivo con cada zancada. ¿Mi presa se había detenido?

—Foxie, el convicto RJ3M-42 se encuentra estático y literalmente envuelto en ese elemento no identificado.

—Está bien, Max. Llegaré al objetivo en unos diez minutos —respondí, ansiosa por resolver el misterio y salir de ese extraño planeta cuanto antes.

En el punto de contacto descubrí el terrible secreto que escondía Profeta 174D. El desdichado prófugo estaba formando parte del menú de una especie desconocida



***Especial duodécimo aniversario.***

---

de microorganismos, sólo visibles gracias a su enorme agrupamiento.

Observé que trabajaban colectivamente, tenían hábitos sociales y actuaban como una entidad única. Esas *criaturillas* casi habían acabado con las partes blandas del desdichado y habían llegado al hueso, pero no se detenían ahí, también las partes óseas se deshacían por arte de *birlibirloque*. Si no me daba prisa, pronto perdería toda opción de cobrar la recompensa.

Ipsa facto activé el sistema de grabación que portaba mi equipo para dejar constancia de que esa masa apenas reconocible eran los restos del convicto RJ3M-42. Así mismo me apresuré a recoger algunas muestras con el ADN del tipo antes de que fueran absorbidas totalmente por aquellos microscópicos pero extraordinariamente voraces seres.

Mientras tiraba de una de las manos descarnadas del finado, vi con repugnancia cómo una gran porción de esas diminutas criaturas trepaba rápidamente por mi traje; esperaba que éste fuera lo suficientemente estanco como para impedir que entraran. Sentí cierto alivio al ver que enseguida me abandonaban como un vulgar desodorante. Al parecer eso, lo que sea que había ahí, odiaba lo sintético. Tras varios intentos logré separar la mano de lo que quedaba del cuerpo del recluso. Para mi alivio, el enjambre que la estaba devorando optó por reunirse con el resto del grupo. Metí los restos de forma apresurada en el interior de una bolsa, a salvo de los *comecocos*.

Con el *trofeo* bajo el brazo, me apresuré a regresar a la nave. No estaba dispuesta a permanecer ni un sólo segundo más del necesario en ese tan poco acogedor planeta.

Pero no antes de pasar por la zona estanca de la nave para esterilizar meticulosamente mi traje y todo el equipo. No tenía ningún interés en llevarme ni uno sólo de esos insaciables *amiguitos* como polizones.

—Max, estoy de vuelta. Vete arrancando motores.

—Foxie Hallyfax llamando a base Reunión. Foxie Hallyfax llamando a base Reunión.

—¡Hey Foxie! ¡Aquí Michaels! ¡Tres semanas fuera! ¿Puedo preguntar qué nos traes ahora?

—Veintisiete días para ser exactos, Mike —puntualicé—. La verdad, es que traer, traigo poca cosa...

—¿Qué ha pasado? ¿No ha habido suerte esta vez?

—¡Todo lo contrario! Pero lo que traigo, cabe en una pequeña bolsita de plástico...

—¿Bolsita... de plástico?!

—Es una historia muuuuy larga Mike —le respondí al sargento Michaels deno-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

tando cierto cansancio en la voz.

—Creo que me va a encantar oírla, Foxie.

—Está bien. Ve preparando el mejor café de Olympus... y la pasta.

© *Joserra Vila*

José Ramón Vila Martínez (Txerra) es miembro vocal de la TerBi, Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror, tertulia decana en España; maqueta la Revista de la TerBi con la que colabora de vez en cuando. También graba en video las Jornadas TerBi y los sube al [Canal TerBiCF](#) de YouTube. Su primer relato publicado fue [Su seguro servidor](#), Axxon n° 162. Más tarde publicó en papel *Ne frustra vixisse videar*, Mundos desconocidos, Libro Andrómeda, 2007; *Tafiofobia*, [Visiones 2008](#), de la [AEFCFyT](#), 2008. Ganador del II premio Cryptshow Festival en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal* (2009). Prologó la antología *Utopía Final*, Libro Andrómeda, 2010, con el artículo *Breve Historia de la Política en la Literatura de Ciencia Ficción*.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

## **LA VIDA INTERIOR**

*por Claudio Alejandro Amodeo*

De las maravillas que ha logrado la evolución, la conciencia humana prima sobre el resto dada la fortaleza que tiene para sobresalir en las situaciones más escabrosas. Un general desearía suprimirla en sus soldados, sin embargo...

**R**eflexión

La mejor forma de suicidarse es un disparo en medio de la frente. Es una forma simple y rápida, que encierra algo del romanticismo perdido y pertenece al tiempo en que las cosas también eran simples y tenían nombres comunes. Disparo, proyectil, cabeza. Un tiro certero es la respuesta a la angustia de una vida vacía, la solución perfecta, porque, además de simple y rápida, es una forma efectiva.

Las pastillas son una estupidez. Cosa de maricas. Debí haberlo sabido.

Nosotros somos los hombres huecos, como decía Thomas Eliot, y estamos rellenos de paja. Hinchados y podridos. No podemos hacer lo que se nos antoja, no podemos ir y venir a ningún sitio, ni siquiera después de muertos; somos marionetas.

Han tomado nuestros cuerpos vacíos y los han rellenado con sus drogas. Los han colmado de líquidos coloridos y de cables –miles, cientos de miles de ellos–, y nos han reanimado con un propósito de pesadilla: nos han despertado para que hagamos su trabajo sucio.

La muerte no es el final del camino, no. Hay algo peor esperándote después. Las Fuerzas Armadas te reclutarán desde la tumba, amigo, y te harán sufrir como nunca antes has imaginado. Te traerán junto a nosotros y entonces sí que querrás esa bala en el centro de tu cerebro tanto como yo.

Reaniman nuestras funciones esenciales y nos dejan la mente en standby. Ni muy listos ni muy torpes. Lo suficiente como para poder correr y saltar. Luego, nos aíslan, nos sumen en una profunda oscuridad y nos cortan la lengua para que no podamos hablar con nadie. Nada de amigos o familiares de cuando estábamos vivos y, por supuesto, nada de periodistas o gente allegada a los medios de comunicación. Oficialmente, estamos muertos y los muertos no hablan. Eso es un hecho.

Sin embargo, a pesar de no tener lengua, cuando se abren los portales y la luz y el viento helado penetran en el hangar, abrimos bien grande la boca y gritamos con todo el aire de nuestros pulmones, como bestias desaforadas. Es curioso y triste observar nuestra reacción. Vernos salir corriendo desde las entrañas de las poderosas naves de guerra con los fusiles en alto, como si no hubiera nada más importante en



***Especial duodécimo aniversario.***

---

la vida que destruirlo todo. Y no poder hacer nada para impedirlo es agobiante. Sí, es triste e inhumano observarlo, pero las drogas mágicas de la Vida Interior nos brindan esa posibilidad, una suerte de enajenación que hace que todo parezca estar ocurriéndole a otra persona, a un desconocido. Es como si todo no fuera más que la proyección de una cruenta e interminable película de guerra. Con el problema de que no hay palomitas.

Las tropas corren por el suelo hostil, se embarran, caen, pisan bombas, vuelan por los aires, se reagrupan y continúan corriendo y gritando mientras disparan sus armas como poseídos. Si tienes suerte, un misil tendrá tu nombre y la película terminará esa tarde, pero si no, si evitas todos los peligros que la batalla te depara, tienes que estar preparado para presenciar escenas de violencia extrema: una multitud de cuerpos destrozados, torrentes de sangre y carne chamuscada saltando por todas partes. Y estoy hablando de todo, de amigos, enemigos y de civiles, principalmente civiles. Estarás arrasando poblaciones enteras para limpiar al planeta de la plaga. Porque es eso a lo que nos dedicamos ahora. Somos desinsectadores. En Florencia II fueron los aerés, en Guhananí, los estúpidos «bancarios», en Tschai, los curiosos pnume. Como sea, todos son enemigos. Desde el más grande al más pequeño, y no nos preguntamos si son hombres, mujeres o niños, o como fuera que se llame lo que estamos exterminando; para nosotros son alimañas.

Los arrasamos. Hacemos lugar para los de nuestra especie... aparentemente. Aunque estoy empezando a sospechar que no nos interesan tanto sus mundos como asegurar la prosperidad de nuestra industria armamentística. Y es que me ha llevado tiempo darme cuenta porque soy algo lerdo. No me han reanimado lo suficientemente inteligente como para obtener mejores conclusiones, pero una cuenta simple demuestra que ya hemos limpiado más mundos de los que jamás podremos habitar. E incluso mundos que ni siquiera son económicamente interesantes.

**Crónica**

Quitarme la vida una vez no ha bastado. Quizás deba volver a intentarlo. Si es que puedo vencer al poder de las drogas supresoras. La idea ha nacido en mí en el preciso instante en que arribamos a Nazca. Este mundo es un vergel y resulta un abuso inexplicable intentar someterlo. De la misma manera, suprimir a sus habitantes es una aberración. Los mjarad han demostrado ser mejores que los humanos en muchísimos aspectos. Sus ciudades son limpias, su organización política y social es todo aquello con lo que la humanidad ha soñado alguna vez y jamás ha conseguido hacer funcionar; sus creencias religiosas han evolucionado con la sociedad hasta puntos muy elevados, hasta alcanzar cosmogonías donde el ser se justifica a sí mismo, sin necesidad de una divinidad omnisciente. Ellos son pragmáticos y lo bien que les iba... al menos hasta que llegamos nosotros. Si de la selección natural se tratase, entre las dos especies, seguramente la que debería extinguirse sería la nuestra, pero como ahora las que hablan son las balas, resulta que los estamos eliminando de su



***Especial duodécimo aniversario.***

---

planeta con una facilidad asombrosa. Es que, como dije antes, somos máquinas de matar, fieras de un salvajismo inconcebible y ellos no están preparados para enfrentarse en una batalla tan cruenta, donde no hay códigos ni treguas posibles. Son demasiado evolucionados. Además, lo que nos potencia es nuestra cualidad de no muertos. No tenemos temores, no dudamos. Somos inconmovibles.

**Crónica**

Saltar es un esfuerzo mínimo. El traje lo hace todo. Lo piensas y en un instante estás cruzando del otro lado del edificio, mientras una lluvia de disparos sorprende a tu enemigo y lo elimina. Correr, patear puertas, derribar paredes, abrir boquetes en vehículos, bunkers e incluso seres vivos, es una tarea brutal, pero simple. Eres una máquina de matar, un misil lanzado en forma suicida. No hay piedad, no hay justicia. Todo es matanza, destrucción. La vida debe ser aniquilada.

**Nota Mental**

Toda esta nueva modalidad de guerra parece haber nacido luego de que venciéramos a los aéries. Yo en ese tiempo era un niño y lejos estaba de mí la idea del suicidio. Hubo un salto tecnológico en cuanto los humanos se hicieron con los secretos de las drogas aéries y este nuevo conocimiento sirvió a la causa aún mejor de lo que ellos esperaban. Tener a un soldado muerto en vida era terrible, pero tener a otro vivo en un cuerpo muerto es el arma definitiva. A un soldado despojado de todo miedo y moral, a un soldado sin alma, ¿qué podría amedrentarlo? ¿Qué daño podría ocurrirle que lo detuviera? Si el cerebro se mantiene funcional para seguir ejecutando las instrucciones dictadas, remendar el cuerpo es tarea simple y, en ocasiones, hasta innecesaria. Sólo necesitamos un brazo para disparar el fusil.

Sin embargo tanto abuso, tarde o temprano presentaría su debilidad: los suicidas del batallón somos mentalmente vulnerables. Eso es algo que ningún código de computadora puede modificar. Si alguna especie pudiera contactar a soldados como yo, tendría una chance de victoria mayor. Y eso ocurrió. Los mjarads son telépatas.

**Crónica**

El primer contacto apareció como una ráfaga de electricidad. Mi mente se vio inundada de imágenes increíbles, delicadas y sensibles, y caí en shock por un par de segundos. Mi cuerpo no respondió al mandato principal de disparar contra todo lo que se moviera y me convertí en un objetivo fácil. Sin embargo, nadie me disparó. Imagino que por eso aún continúo vivo –no muerto–. Las drogas me rescataron del ensimismamiento y el delirio y la sed de sangre regresaron a mí con renovado ímpetu. Eliminé a una cuadrilla de enemigos con una descarga certera y me escabullí de su respuesta armada en cuestión de milésimas de segundo. Luego aceleré el paso y retorné a mis filas para reorganizar la ofensiva y el desliz quedó completamente subsanado. Pero el contacto ya había tenido lugar. Algo de ellos había llegado a mí, algo



***Especial duodécimo aniversario.***

---

inusual y poderoso. Visto con ojos fríos de científico, era un código. Un programa que, de sobrevivir, haría su nido en mi cerebro y buscaría crecer y reproducirse en forma vertiginosa. Por contrapartida, visto con ojos humanizados, era una caricia de la divinidad, una suerte de revelación. Me decía detente, no continúes, no hay razón para seguir sufriendo. Me hablaba de paz, de fraternidad. Era conmovedor, incluso para un no muerto como yo.

El código/desliz/caricia divina logró sobrevivir a los programas de sometimiento y se arraigó en mi cerebro, en un sector alejado de la memoria principal, en un reducto de mi mente. Es indiscutible que ha ido creciendo, ya que me ha liberado de unas cuantas limitaciones técnicas. Lo compruebo a diario. Ahora, cuando mato, lo siento en las manos.

**Reflexión**

Nazca yace debajo de enormes lenguas de fuego y piedras y pide a gritos que nos vayamos y lo dejemos en paz. Pero aún quedan mjarads vivos; la tarea no está concluida. Cuando cierro los ojos, en pestaños infinitesimales, puedo escuchar el clamor del mundo que se retuerce y agoniza. Me pide cuentas, me exige. Me grita, me insulta. Me desea la muerte y la de todos mis congéneres. Yo no puedo responder nada, estoy atado, soy un esclavo dentro de mi cuerpo. De esta manera, el sufrimiento es mayor. No le veo salida. Los que digitan mi destino están lejos, a salvo en el interior de las naves. Inalcanzables. No puedo quitármelos de encima. No puedo eliminarlos y liberarme de mis ataduras. Es una idea tentadora, pero inútil. Sólo puedo desear que esta loca guerra concluya y nos alejemos para siempre de este mundo. El olvido será un bálsamo para mis heridas.

**Crónica**

Continúo esperando el final. Ahora con mayor intensidad que nunca. Esta tarde he matado a un niño mjarad que me ha hecho recordar mucho a Jano, mi hermano menor. Sus decenas de ojos acuosos frente a mi fusil tenían la misma expresión de desconcierto que los de Jano cuando le conté qué cosas debía hacerle a las mujeres en una cama cuando fuera grande. No era la misma escena, claro, ni fue similar el final, pero había algo de Jano en ese niño mjarad. Algo cercano y profundo, algo íntimo. Acabé asqueado y mareado luego de la masacre y he regresado a la nave tambaleándome. La idea de destruir a mi propia gente ha retornado a mí con mayor fuerza. Aún no es suficiente para romper el condicionamiento de la programación injertada, pero creo que el momento no tardará en llegar. Ya no puedo soportar la situación, ya no puedo seguir adelante. Hace días que pienso como ellos y estoy convencido de que mi única salida a esta tortura es acabar con los que me obligan a continuar con vida. Sólo tengo que hacerme de una bomba de efecto retardado y retenerla conmigo el suficiente tiempo como para que estalle dentro del hangar. Lo he calculado. No es mucho tiempo. Mañana, cuando se abran las puertas otra vez, creo



***Especial duodécimo aniversario.***

---

que podré conseguirlo. Ahora sólo debo cerrar los ojos y dejar que los recuerdos de Jano vuelvan a mí. Que el código, el desliz, la caricia divina haga su paciente trabajo desgastador y penetre las murallas de La Vida Interior. Y la destruya.

© *Claudio Alejandro Amodeo*

Nací en la ciudad de Buenos Aires, en 1977. Soy Analista de Sistemas de Información, estoy casado y tengo dos hijas. Mi hermano me enseñó a leer y mi padre a qué leer. Crecí con la CF corriendo por las venas y hoy puedo darme el lujo de crear mis propios cuentos del género. Me publicaron unos cuantos relatos en diferentes revistas digitales y en papel y fui finalista en diversos concursos. Entre ellos el Domingo Santos 2009, el Alberto Magno 2011, el Avalón 2012, Domingo Santos 2013 y el propio Certamen Alfa Eridiani 2013.



## LOS ÚLTIMOS ARTESANOS

*por Víctor Manuel Valenzuela Real*

La técnica y las capacidades humanas se conjugan en el delicado arte de elaborar avatares para dar vida a una historia en la que la búsqueda frenética de uno de los últimos artesanos nos recuerda que todo trabajo posee una carga ética de consideración...

**R**odrigo pedaleaba con desgana en una vieja bicicleta estática, comprada en una tienda de artículos usados y restaurada varias veces por manos no demasiado expertas, mientras veía una antigua película en su inseparable tableta. Fue bruscamente interrumpido al recibir un mensaje de su principal empleador. Consultó inmediatamente el dispositivo con expectación, pues llevaba varios meses con escasos encargos y su ya maltrecha economía empezaba a resentirse.

Su rostro se iluminó con una sonrisa, parecía un buen encargo. Alguien quería un avatar de primerísimo nivel, su empleador lo reclamaba en una sala de reuniones virtuales para hablar del proyecto. Suspiró desconsoladamente, una reunión virtual siempre salía caro pues se sumaban los costes de la conexión de baja latencia que requería el espacio virtual y que las operadoras cobraban diferenciadamente del tráfico normal de datos, los impuestos, las licencias de uso del software y sobre todo los derechos de autor que reclamaban ferozmente las entidades de gestión digitales por el uso de los avatares. De nada servía que él fuera el legítimo autor de su avatar personal pues misteriosamente de esas tasas recibía siempre míseros beneficios.

Plegó la bicicleta dejándola en una esquina de su pequeño cubículo y extendió la red, acomodándose lo mejor que pudo en el ya gastado artilugio, tecleó rápidamente en su tableta estableciendo la comunicación y colocándose el casco de inmersión neural. Vocalizó varias órdenes mientras iba accediendo a la red. Aceptó las condiciones de uso, el pago de las tasas y finalmente accedió a que toda la información pudiera ser grabada y enviada a cualquier agencia gubernamental que la requiriese.

—Hola Rodrigo —dijo su empleador. Utilizaba un típico avatar de negocios, neutro pero bien parecido, vestido impecablemente.

—Bonito traje —comentó Rodrigo—, no es un *Prêt-à-porter* cualquiera. ¿Te lo ha hecho Micaela?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Solo ella consigue ese realismo en la arrugas, además mis avatares no son compatibles con las prendas normales, como tú mismo exigiste.

—Cierto, cierto... Supongo que no te importa que seamos rápidos, tengo un en-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

cargo para ti, te estoy enviando los detalles ahora mismo.

—¿Y porque querías verme en persona?

—Veras... es un cliente muy especial y bajo ningún concepto se le puede disgustar. El avatar es el regalo de cumpleaños de un potentado ruso a su hija que va a cumplir dieciocho años y...

—¿Un capo de la Mafia?

—Que anticuado eres... la Mafia ahora es respetable, ya lo sabes... Pero podríamos decir que antiguamente lo llamarían así. Aunque ahora es un respetable hombre de negocios con gran implicación en la política.

—Ya veo...

—Pues verás... el cliente exige un avatar de primer nivel y quiero que te esmeres al máximo, además ha pedido expresamente textura de piel de Int21.

—¿De Int21?... Hace un par de años que nadie sabe nada de ese suministrador, ha desaparecido, podría hasta estar muerto.

—No, de alguna manera él sabe que está vivo y no se conformará con menos.

—La verdad es que nadie ha vuelto a hacer nada tan bueno como las texturas de Int21...

—Y por eso tú vas a encontrar a Int21, sea quien sea.

—¿Yooooo?

—Sí, tú. Los honorarios son excelentes, paga por horas y cubre todos los gastos.

—Pero yo solo me dedico a ensamblar avatares y...

—No seas modesto, tu mérito es que siempre los has montado con lo mejorcito del mercado en cada momento, tienes una especie de radar para encontrar minúsculas joyas en el mar de información.

—Mira, yo te ensamblo el avatar y...

—No lo has entendido, no tenemos opción. Si rechazamos este proyecto el cliente se sentirá agraviado y puede hacer cualquier cosa, desde mandar a sicarios a eliminarnos a borrar nuestras identidades y transformarnos en sin papeles. Y ya sabes lo que pasa si las milicias de la convivencia te pillan sin papeles.

—Milicias de la convivencia... bonito nombre para grupos de nazis que se dedican a cazar personas sin papeles con el beneplácito de las autoridades...

—Es lo que hay... ¿Aceptas o no?

—Supongo que es una pregunta retórica...

Rodrigo se desconectó después de aceptar el encargo y fue a verificar los paráme-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

tros del avatar. Mujer caucasiana, joven... El paquete contenía los datos biométricos, el escáner corporal y la lista de mejoras. Al principio pedía lo estándar, piernas un poco más largas, cintura estilizada, pestañas sensuales, etc. A la chica le gustaba su pelo y pedía expresamente no cambiarlo, lo que le obligaría a crear una textura a medida.

Después venía lo especial: capacidad neuromotriz de una desconocida y exclusiva empresa israelita que había conseguido simular las capacidades de un luchador de *Krav magá* de alto nivel, genitales femeninos vietnamitas con sensibilidad mejorada y alta elasticidad, senos firmados por una top model italiana y glúteos escaneados de la última miss Brasil. Todo muy especial, aunque bastaba tener el dinero y los contactos adecuados para conseguirlos en poco tiempo a pesar de las larguísimas listas de espera. Sería sin duda un avatar espléndido, requería también compatibilidad con las joyas de varios diseñadores exclusivos y con un buen número de casas de alta costura, algunas de las cuales exigían abultados royalties.

Llevaba casi dos semanas rastreando la red buscando a Int21 y nadie tenía noticias; fuese quien fuese había desaparecido del mundo virtual, mucha gente la había buscado con resultados igualmente insatisfactorios y ninguno de sus muchos contactos fue de mucha ayuda. Su empleador estaba inquieto pues el cliente estaba perdiendo la paciencia.

—¿Qué hacemos? —vocalizó a su móvil que envió el mensaje debidamente encriptado a su empleador.

—No lo sé... —parpadeó en la pantalla—. El ruso de los cojones está perdiendo la paciencia y no atiende a razones...

—¿Ese ruso tiene poder?

—Todo el poder que su abultada fortuna es capaz de comprar.

—¿El suficiente para liberar un programa de rastreo en un par de servidores de realidad virtual?

—Cuéntame más...

—Puedo preparar un programa que busque las pautas de texturas de Int21 y buscar cualquier ocurrencia en un avatar con una firma digital posterior a la última fecha conocida de la desaparición de sus trabajos. Y posteriormente rastrear al usuario, pero eso solo se puede hacer instalando eso en los servidores de realidad virtual.

—¿Eso funcionaría?

—Si no encuentra nada es que Int21 no ha vuelto a trabajar y creo que no podría echarnos la culpa a nosotros. Y si lo encuentra...

—Hablaré con él, tú ve preparando el programa.

Casi un mes más tarde Rodrigo aguantaba estoicamente un registro completo en



***Especial duodécimo aniversario.***

---

la cola de embarque de la clase turista mientras el guardia de seguridad le preguntaba por enésima vez la clave para acceder a su portátil.

—Ya le he dicho que no puedo darle la clave de acceso —volvió a contestarle al guardia.

—En ese caso tendré que acusarle de terrorismo potencial —escupió el guardia con malos modales.

—Mire... —dijo intentando calmarse— si es tan amable de leer el documento que le he dado. Sí, ese, el de la hoja azul —dijo apuntando con el dedo a la anacrónica hoja de color azul eléctrico impresa en polímero—. Verá que porto información sensible de propiedad de varias empresas y de un cliente triple A y que estoy exento de inspección en mis dispositivos para proteger tanto la intimidad de mi cliente como las licencias del software que le estoy desarrollando.

—¿Un triple A? —preguntó el guardia con los ojos muy abiertos— ¡Coño, haberlo dicho antes! Pase de una vez y no me haga perder más el tiempo. Siguiente.

Después de unas diez horas de vuelo encasillado en un asiento minúsculo y de ser meticulosamente expoliado por comida, bebida y uso del baño a precios desorbitados, llegó finalmente al aeropuerto internacional de São Paulo-Guarulhos en Brasil, donde fue de nuevo minuciosamente registrado como sospechoso de terrorismo por tener la osadía de volar en clase turista. Esta vez el guardia reconoció a la primera la hoja azul y no dio más importancia a su equipo portátil, centrándose en inspeccionar a conciencia la pequeña mochila con sus escasas y baratas pertenencias. A la salida le estaba aguardando un chofer de aspecto físico intimidatorio pero que resultó ser una agradable compañía en los más de trescientos kilómetros de trayecto hasta su destino en Ribeirão Preto, una pujante ciudad, situada al noroeste del estado, de más de medio millón de habitantes, enclavada en una de las regiones productoras de caña de azúcar. La ciudad poseía una gran cantidad de empresas dedicadas a la biotecnología y tecnologías de la información; parecía un buen lugar para encontrar a un experto arquitecto de patrones de piel. No había margen de dudas, un avatar había accedido a un conocido juego de recreación histórica portando texturas de piel con los patrones únicos de Int21. El avatar no estaba construido a partir de ningún modelo comercial estando registrado como formato libre por su dueña, una enfermera de un importante hospital de la ciudad.

El chofer lo dejó en el Taiwan Hotel, un antiguo establecimiento de cuatro estrellas que, aunque había conocido tiempos mejores seguía estando en buen estado. Cada vez era más difícil encontrar hoteles decentes fuera del circuito del súper lujo y sus precios solo para ricos, el turismo de masas estaba en decadencia y los viajes de negocios habían desaparecido prácticamente con el advenimiento de los encuentros virtuales, quedando restringidos a los casos donde la privacidad tenía que ser protegida a toda costa. Estuvo varios días siguiendo la estela virtual del avatar e intentando hacerse el encontradizo con ella en el juego y varios espacios virtuales pero le fue



***Especial duodécimo aniversario.***

---

imposible contactarla. Finalmente se armó de valor y fue a hablar con la usuaria en el hospital donde trabajaba, previamente se descargó el traductor automático en su teléfono alegrándose de ir a gastos pagados al ver el importe final del cargo.

—Buenos días señorita Barbosa. Podríamos hablar unos minutos, por favor —dijo el teléfono, con voz musical, en perfecto portugués unos instantes después de que él hablara al micrófono.

—Hablo su idioma, puede desconectar ese artilugio —dijo la muchacha sonriendo— ¿Es paciente del hospital?

—No. Soy constructor de avatares y estoy buscando al profesional que ha realizado el suyo.

—¿Mi avatar?

—Sí, su avatar tiene unas cualidades únicas. Busco a la persona que se lo ha construido, deseo contratarla.

—Esa persona ya no se dedica a ello...

—Yo he trabajado con ese profesional hace años, pero solo lo conocía por su Nick. He viajado desde muy lejos para contratarla y...

—¿Seguro que se conocen?

—En persona no, pero puede que se acuerde de mí.

—¿Cómo se llama?

—Fractal0xFF, bueno me llamo Rodrigo —dijo después de ver la expresión de la muchacha—. Pero si se acuerda de mi será por el Nick Fractal0xFF.

—Espéreme en la sala de espera —dijo apuntando en dirección al final del pasillo—. Iré a verle en una hora, ahora tengo trabajo.

—Mi prima se acuerda de usted, puede verla esta noche a las veinte horas en Nelson's —dijo la enfermera cuando retornó pasado un poco más de una hora.

—¿Real o virtual?

—Virtual, por supuesto. Encantado de conocerlo Rodrigo. Tengo que irme, mi ronda empieza en cinco minutos. Hasta luego.

Rodrigo se conectó a las siete y media tras deambular por los locales virtuales de la ciudad hasta entrar en el Nelson's. Parecía un local retro con música en directo interpretada por avatares comandados por personas; tocaban antiguas canciones del siglo pasado; las condiciones de acceso especificaban que no se servían estupefacientes virtuales y no estaban permitidos los servicios de ocio erótico en el establecimiento. Se acomodó en una mesa apartada del escenario dejándose llevar por la música que fluía directamente desde su avatar hasta su casco de inmersión y de allí a su cerebro, elevó un poco el volumen y activó el canal sensorial que emitía una fracción de



***Especial duodécimo aniversario.***

---

las emociones de los músicos al interpretar la obra mezclada con sensaciones elegidas de donantes emotivos de personas particularmente sensibles a la música. Dejó fluir varias canciones hasta que una alarma le trajo de vuelta al espacio sensorial restringido: ella había llegado. Su interfaz mejorada interpretó el avatar, efectivamente allí estaba la firma única de Int21.

—Me alegro de que te guste la música —emitió ella sentándose a su lado en el espacio virtual. El avatar representaba a una chica rubia, bajita y un poco regordeta.

—Hola... ¿Cómo debo llamarte?

—Soy Isaura ¿El avatar te representa o es una abstracción?

—Es bastante fiel a mi persona. Me alegra encontrarte Isaura, siempre he sido un admirador de tu trabajo.

—Hicimos algunos buenos. ¿Verdad? Pero nunca llegamos a hablar, siempre fue todo tan profesional, tan aséptico... ¿Qué te trae hasta aquí?

—¿Así que una niña pija, hija de un mafioso, quiere mis texturas? —preguntó ella después de que Ricardo le relatase toda la historia.

—Lo podríamos resumir así.

—Lo hare a cambio de un favor.

—Sí está en nuestras manos...

—En las tuyas no, pero seguro que el ruso puede hacerlo.

—Pues tú dirás.

—Deje de hacer avatares y de vender texturas de piel porque me empezó a acosar una empresa que se dedicaba a crear avatares específicos para la prostitución de lujo. Cuando me negué me amenazaron de forma bastante violenta, así que simplemente abandoné el negocio y desaparecí.

—Me pregunto en que momento el simple hecho de trabajar pasó a ser algo tan peligroso...

—¿Cuando las mafias salieron de las sombras, tal vez?

—¿Y quieres que te dejen en paz, no?

—Sí, quiero que les envíe un mensajito y que me dejen en paz. Si consigues eso realizaré el encargo.

—¿Estás en contra de la prostitución virtual?

—En realidad, es más complicado. Qué demonios... te lo contaré si firmas el acuerdo de confidencialidad que te estoy enviando.

Rodrigo congeló momentáneamente su avatar mientras centraba su conciencia en los datos que ella le enviaba, era un acuerdo de confidencialidad bastante estricto.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Lo firmó con su certificado personal y volvió al espacio del Nelson´s.

—Gracias... En resumen, no quiero que mis patrones se usen en prostitutas porque no son texturas sintéticas.

—No sé si te entiendo.

—Hace tiempo trabajé en una unidad de cirugía plástica especializada en quemaduras donde imprimían piel del paciente para reimplantarla en las zonas dañadas. Tienen una unidad analizadora de epidermis capaz de comandar la impresora 3D y yo utilizó la misma unidad de análisis y vuelco la información en un generador de texturas virtuales que he programado. Mis texturas son copias fidedignas de la piel de personas reales y me parece que sería una especie de violación hacia ellas que se usaran para la prostitución.

—Una lógica peculiar... aunque estoy obligado a darte la razón.

Rodrigo pasó varios días negociando hasta que sus empleadores le garantizaron que nadie volvería a intentar extorsionar a Isaura, a cambio de lo cual comenzarían el ensamblado del avatar inmediatamente. Marcaron un calendario de entregas de versiones limitadas de pruebas para que la joven pudiera sugerir algún cambio en el aspecto. Estaba totalmente inmerso en una negociación con un huraño japonés especializado en diseñar pies femeninos, cuando recibió un mensaje.

*Te invito a comer. Mañana a las doce y media, en el mundo real. ¿Te apuntas?*

Adjuntaba la localización del restaurante y una foto de una mujer morena y delgada con el pelo largo recogido en una larga coleta.

© Víctor Manuel Valenzuela Real

Ingeniero de software dedicado al desarrollo y las nuevas tecnologías, firme defensor de la libertad de las ideas y la información, lector asiduo de ciencia ficción y partidario de la protección del medio ambiente y de las energías limpias. Ha publicado una novela, *Los últimos libros*, y una colección de relatos, *Crónicas de la distopía*, con la editorial Nowevolution (<http://www.nowevolution.net/>) y próximamente se editará la novela *La Guerra de los imperfectos* con la misma editorial. Es colaborador, cuando el tiempo lo permite, de las publicaciones *Alfa Eridiani*, *miNatura*, *Exégesis* (<http://www.revista-exegesis.com/2014/04/exegesis-cosmica/>) *NM*, *Cosmocápsula*, *Fantasia y mundo*.



## **MATAR EL TIEMPO**

*por Sergio Bayona*

Es sabido que el tiempo no transcurre de manera lineal; sin embargo, se requiere que así sea cuando se trata de hacer ciencia, de experimentar a través de un método. En esta historia, Sergio Bayona nos comparte un ejemplo de cuando esta linealidad se ve interrumpida.

**L**a más luminosa de las noches está colgada allí afuera. Las estrellas, liberadas de su halo titilante otorgado por una atmósfera cada día más contaminada, nos miran con su antigua mirada, fija, fría y distante, tan distante en el espacio como el tiempo. No podemos saber cuáles de ellas ya han desaparecido en una explosión de gloria o en oscuro abandono antrópico ni cuales están naciendo en una imperiosa danza al son de la gravedad. Mis ojos miran el pasado inmutable. Mis instrumentos me muestran filamentos magnéticos, líneas de campo, motas de materia extraña, materia oscura llena de promesas, planteando preguntas que responderemos algún día cuando más atrás en la historia que nos cuenta la luz de antaño nos remontemos, preguntas como...

—¿Qué haces?

La voz detrás de mí me hace saltar frente a la pantalla exterior, lo que me hace pulsar el contacto que la opaca. Me vuelvo con la expresión de un crío atrapado robando las galletas de la abuela.

—Ehm... solo miraba fuera —contesto a la Investigadora Jefe.

—Faltan unos instantes para la prueba de campo de la probeta superconductora —me dice con frialdad en su voz, su mirada y su frígido cuerpo.

—Las pruebas de laboratorio fueron satisfactorias —le digo, mi voz falla nuevamente, carraspeo pero es inútil, mi odio me traiciona siempre—, no detectamos fallos en...

—Conozco los resultados —me corta mirándome con ojos vidriosos. Las lentes intraoculares están de moda entre la elite científica. Una interfaz personal que proyecta directamente en los ojos todo lo que el poseedor convoque con suaves toques de sus dedos en sus palmas. Dicen que la cirugía es larga y la rehabilitación es complicada ya que las posibilidades de quedar ciego son muy altas y el reaprendizaje penoso, pero el Estado paga los caprichos de los científicos exitosos.

Se detiene en medio de la sala, frente a los monitores, pero sus ojos tornasolados no los ven. Escudriñan cada diagrama que se muestra en ellos, sus manos danzan en el aire y cada movimiento, mezcla de lenguaje de sordomudos y código Morse, convoca cifras y proyecciones. Lo sé porque los monitores, una antigüedad para ella, repiten lo que está verificando, para merced de este humilde ayudante.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—El campo magnético repulsor se mantiene estable en temperaturas cercanas al cero absoluto, no se detectan corrientes parásitas inducidas, la velocidad es constante en la cámara de vacío —murmuro tratando de llenar mi inseguridad con palabras.

—Sé todo eso —me dice con su rostro totalmente falto de expresión. No dejo que me intimide y continúo, pero mi voz vibra por la rabia.

—El campo magnético estático logra una rapidez de la mitad de la velocidad de la luz en la prueba de cerámica de AgAl de diez gramos —mi voz se apaga. Está abstraída con las simulaciones. Le doy la espalda y vuelvo a encender la pantalla exterior.

La estación ha rotado y tenemos una visión del Gigante Gaseoso. Sus líneas suaves, paralelas y lisas, inalteradas desde hace miles de años, hablan de una vida tranquila de la cuasi estrella. Los tonos ocres, naranjas, amarillos, a la distancia que nos encontramos le dan aspecto de un juguete. Un misterio que por falta de apoyo o interés no se dilucidará jamás.

No hemos logrado mayores velocidades dada la limitada longitud del cañón magnético y la falta de suficiente energía para incrementar la intensidad del campo a valores realmente grandes.

Esta prueba la realizaremos en el campo magnético del gigante gaseoso. No tiene la intensidad que logramos en el laboratorio, pero compensa esta falta con la amplitud y profundidad del campo a su alrededor.

La probeta que usaremos es una cápsula de cerámica superconductora de AgAl con un cristal semiconductor de última generación que registrará en su estructura cuasi cristalina todo lo que experimente la probeta de un megagramo que lanzaremos directamente al corazón del campo magnético del gigante gaseoso.

—La trayectoria rozará la atmósfera superior —dijo como si leyera mis pensamientos—. Las naves de rescate están en los puntos de mayor probabilidad de salida, tenemos los cálculos y el albedo de la probeta para que se guíen.

La probeta llevaba una semana colgando fuera de la estación, a la sombra de ésta y del planeta, esperando a alcanzar la temperatura del espacio, lo cual haría que sus propiedades superconductoras aparecieran al caer en las líneas del campo magnético del gigante allí afuera.

\*\*\*

El lanzamiento no ha sido nada espectacular, en un determinado instante la probeta estaba allí y al siguiente, al generar un campo de mil gauss, estaba cayendo hacia el planeta. Sin gases que oscurecieran la vista ni luces cegadoras.

La probeta ha hecho lo esperado. En respuesta al campo magnético, la masa superconductora se ha abierto paso en las líneas de fuerza como si éstas no existiesen y con ayuda del pozo de gravedad ha alcanzado velocidades asombrosas; sin embargo no ha rozado la atmósfera superior, ha caído directamente hacia el planeta. Se ha



***Especial duodécimo aniversario.***

---

sumergido directamente en el planeta sin dejar rastros, ni una salpicadura que manifestara su existencia.

Hemos hecho cálculos. Si la probeta no queda atrapada en el núcleo del planeta saldrá del otro lado. Las naves de recuperación transmiten desde el inicio de la prueba la superficie inalterada de líneas de gases del gigante.

*La imagen parpadea y muestra una gran perturbación roja que se expande, la probeta ha acertado justo en medio de la más grande tormenta del sistema solar.*

—Esto no es correcto —dice la Investigadora Jefe.

*¡Parpadeo!*

Estoy sentada en mi burbuja de aceleración aguardando el empuje que nos quite del planeta rumbo a mi destino. Mis ojos me permiten superponer sobre lo que veo una simulación de la posición del gigante a cuyo encuentro voy y llegaré en unos meses. Una mota rojizo anaranjada. Algo no está bien, segundos antes del lanzamiento, una gran bola de fuego aparece en el cielo y se desploma sobre nosotros.

*¡Parpadeo!*

Estoy de pie mirando fijo los datos. Las naves de recuperación informan ayer de la perturbación electrogravimétrica que afecta sus instrumentos, nos piden abortar el lanzamiento hasta solucionar la anomalía. Lo hacemos.

*¡Parpadeo!*

El lanzamiento se realiza sin problemas.

*¡Parpadeo!*

Hay un cráter humeante donde se hallaba la lanzadera.

*¡Parpadeo!*

La Investigadora Jefe ordena el lanzamiento.

*¡Parpadeo!*

No sentimos el fuego abrasador que envuelve la lanzadera; morimos sin sentirlo.

*¡Parpadeo!*

—¡PARADOJA! —Grita la investigadora Jefe luego de lanzar la probeta.

*¡Parpadeo!*

© Sergio G. Bayona

Sergio Bayona nació en Paraná hace 49 años. Es técnico aeronáutico y Regente de una escuela técnica de su ciudad natal. Ha publicado en [LiterArea](#) de [QuintaDimension](#), [Axxon](#), Golwen, en el Boletín de [CCF](#) y por supuesto en [Alfa Eridiani](#). En el 91, ganó sendas menciones especiales, una en [Cuasar](#) y otra en la ya desaparecida revista *Tierras Planas*.



## MULTIVERSO

*por Daniel Frini*

Jugar con el espacio tiempo trae consecuencias a veces nefastas para la humanidad, otras sin embargo, pone las cosas en orden y perspectiva, echando luz sobre asuntos que creemos conocer bien.

*Se denomina Multiverso al grupo de todos los universos y/o dimensiones posibles que están relacionados (universos paralelos). Se ha sugerido que al viajar al pasado no viajaríamos a nuestro pasado, sino a una copia de éste conteniendo un turista. Tendríamos así dos espaciotiempos simultáneos: uno donde aparece un turista y otro donde no.*

*Todos nos quemaremos juntos cuando nos quememos  
No habrá necesidad de pararse y esperar el turno  
Cuando llegue la hora de la caída y San Pedro nos llame a todos  
Simplemente dejaremos caer nuestros propósitos  
y dejaremos de hacer lo que hacíamos.*

**Tom Lehrer**, *We Will All Go Together When We Go*

*¿En qué universo está hoy la realidad?*

*Conjetura de Zabala-Cismondi*

**U**no – Casa Blanca, Washington

El lunes siguiente a su visita a Dallas, en campaña proselitista para los próximos comicios en los que buscaba su reelección, John Fitzgerald Kennedy, trigésimoquinto y último presidente de los Estados Unidos de América, recibió en su despacho del Salón Oval de la Casa Blanca a su Secretario de Defensa, Robert McNamara. Éste le mostró las fotografías de la Isla Wrangel, en el Mar de Chuckchi al norte de Siberia, cerca del Círculo Polar y a sólo unos seiscientos kilómetros de Alaska, tomadas por un avión espía U2 Dragon Lady. En ellas se observaban claramente las instalaciones de lanzamiento de misiles intercontinentales R-16 rusos. Aunque la versión más firme que recoge incluso el informe Thomas, indica que esas fotografías eran un montaje de los servicios estadounidenses, funcionales a los grandes capitales petroleros interesados en explotar recursos en poder de los rusos. Éste fue el detonante de la Segunda Crisis de Misiles y, consecuentemente, de la Tercera Guerra Mundial.

No está claro qué pasó a partir de ese momento. Kennedy sostuvo siempre, hasta su ajusticiamiento en Wiesbaden en mil novecientos sesenta y nueve, luego del Juicio a Los Cinco, que no fue él quien dio la orden de fuego. Lo cierto es que el diez de



***Especial duodécimo aniversario.***

---

enero de mil novecientos sesenta y cuatro, un misil Polaris, con una ojiva W47, impactó en Aleksandrovskiy Sad, en las afueras de Moscú y obliteró todo lo que se encontraba dentro del anillo del Sadovoye Kol'tso, que rodeaba la ciudad. Al día siguiente, como represalia, la Unión Soviética envió un bombardero estratégico Tupolev TU-95 que dejó caer una bomba Tsar de cincuenta megatones, que estalló a mil quinientos metros de altura sobre Cliffside Park, en el estado de New Jersey. Inmediatamente, desaparecieron las poblaciones desde Stony Point hasta Keansburg y desde Dover hasta Brentwood, incluida toda la ciudad de New York.

En los Laboratorios Militares de Little Cedar, en Sterling Forest, a unos cuarenta kilómetros de distancia de la Zona Cero, había una dotación de unos quince misiles Black Fox en condiciones operativas, con bombas H como carga nuclear que fueron alcanzados por la lluvia de neutrones de la bomba rusa. El efecto de esta terrible segunda explosión afectó desde el norte de Canadá hasta el sur de México.

Se supone que ese día Kennedy se refugió en las instalaciones antiatómicas de Sheridan, en Wyoming, donde fue detenido en mil novecientos sesenta y siete.

Los generales sobrevivientes en las ciudades de la costa oeste estadounidense ordenaron el ataque masivo. Así, entre ofensivas y contraofensivas atómicas, fueron desapareciendo, una a una, las principales ciudades de los países aliados de ambos lados de la Cortina de Hierro. La falta de controles centrales y la destrucción de las comunicaciones dejaron en libertad a los Señores de la Guerra, para enfrentarse en conflictos personales –salvo uno o dos, todos ellos nucleares– que sumergieron a la civilización entera en una era feudal feroz y sanguinaria; la más terrible de la historia humana.

En mil novecientos sesenta y cuatro éramos unos tres mil millones de habitantes en todo el mundo. Cinco años después quedaban sólo cuatro millones.

**Dos – Isla Huemul, Río Negro**

En mil novecientos cuarenta y ocho, Ronald Richter, un físico alemán nacido en la región de los Sudetes checos y que había trabajado para los nazis, convenció al presidente de Argentina, Juan Domingo Perón, de encarar el proyecto de obtención ilimitada de energía a partir de la fusión nuclear.

Tres años después, la Casa Rosada de Buenos Aires anunciaba: «El dieciséis de febrero de mil novecientos cincuenta y uno, en la Planta Piloto de Energía Atómica en la Isla Huemul, de San Carlos de Bariloche, se llevaron a cabo reacciones termonucleares bajo condiciones de control en escala técnica.»

Ya se sabe el final de esta historia: en mil novecientos cincuenta y dos, una comisión auditora desenmascaró el engaño de Richter y a fines de ese año se dio por concluido el Proyecto Huemul.

Lo que no se conoce es que, en realidad, las instalaciones de la isla fueron



***Especial duodécimo aniversario.***

---

reacondicionadas a partir de mil novecientos cincuenta y cinco, para servir de base de operaciones al Proyecto Huemul Dos, completamente alejado de los sueños megalómanos de Richter y orientado al estudio de fenómenos cuánticos. A los pocos meses estaba instalado el primer acelerador de partículas, un primitivo generador de Cockcroft-Walton que, oficialmente, fue llamado Linac Uno, al que todos los involucrados en el proyecto llamaron Liny. Con él se realizaron las primeras pruebas que condujeron al descubrimiento del efecto Lovera y, por lo tanto, a la conjetura de Zabalá-Cismondi.

Cuando los integrantes de la dirección del Proyecto se enteraron del desastre de Little Cedar, entrevistaron lo que se avecinaba y cambiaron, en consecuencia, la dirección de las investigaciones. Se decidió que la isla era un lugar lo suficientemente seguro e inofensivo para permitirse pensar en una especie de Arca de Salvación. Confiados en esto, tomaron las medidas necesarias para reunir allí a los más brillantes científicos de todo el mundo, que hubiesen sobrevivido a la debacle de la guerra.

Pronto estuvo claro para todos que la vida en la superficie de la Tierra, tal y como se la conocía, tenía los días contados. Las mediciones Geiger mostraban que las nubes radiactivas, lejos de disiparse, crecían. Además, se detectaron grandes cantidades de torio 230, con una vida media de más de ocho mil años. Se debía encontrar la forma de eliminar esta contaminación, o bien arbitrar los medios para esperar los ochocientos siglos hasta que la radiación desapareciese naturalmente.

Con la suficiente lucidez, y no sin serios conflictos, se decidió orientar los escasos recursos a conseguir un ámbito seguro, y a salvo de la devastación donde poder trabajar en las posibles soluciones. Se demostró que ni siquiera en instalaciones subterráneas, o incluso submarinas, estarían a salvo, por lo que casi inmediatamente se pensó en el espacio.

La estación espacial Suyai –esperanza en mapudungun, el idioma mapuche– estuvo lista y funcional en mil novecientos setenta y dos, en órbita lunar. De acuerdo al Plan de Evacuación, se enviaron cuatrocientos humanos, doscientos machos y doscientas hembras, toda la tecnología y la información posible y la más completa dotación genética que se pudo reunir.

Desde entonces, la humanidad vive allí. En la Tierra no queda nadie desde hace mucho tiempo.

**Tres** – Suyai, órbita lunar 100K

Trescientos años después, las condiciones no habían hecho más que empeorar. Todos quienes alguna vez habitamos Suyai, padecemos desordenes alimentarios causados por la dieta insuficiente de unos escasos cultivos hidropónicos, y la poca tolerancia al prolongado uso de alimentos sintéticos. Todos quedamos estériles, debido a la exposición a la radiación gamma de los rayos cósmicos, por lo que nuestra reproducción debió basarse exclusivamente en la clonación, con desarrollo fetal extraute-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

rino. Nuestros músculos se atrofiaron y ni siquiera pudimos considerarnos humanos completos: a los niños que nacían, y de acuerdo con el Plan, les amputaban ambas piernas al año de vida, como respuesta a la falta de espacio para vivir –¿para qué se necesitan piernas en gravedad cero?–, en lo que, irónicamente, terminó transformándose en una especie de rito bautismal y de comunión, debido a que estas piernitas se usaban como alimento para la población de la estación. Los problemas psicológicos eran extraordinariamente variados y muy difíciles de resolver, nuestra expectativa de vida era de apenas treinta y dos años, e iba disminuyendo con el paso del tiempo. La tasa de mortalidad por asesinatos ascendía al veintidós por ciento. Y no podíamos darnos el lujo de castigar a los criminales: en general eran, también, excelentes científicos y muy necesarios.

Nos transformamos en neandertales del espacio.

El Plan de Evacuación había comenzado a desmadrarse unos ciento cincuenta años antes. En pocas palabras, pecó de optimismo respecto de nuestro comportamiento como civilización residual, según la terminología utilizada. Se suponía que nuestra misión consistía en generar las condiciones para volver a la Tierra y rehacer la Humanidad. En todo momento buscamos la forma de lograrlo, intentando superar el legado de las bombas sucias. Pero no obtuvimos resultados prácticos. Por otro lado, los cálculos más optimistas decían que en la estación íbamos a desaparecer antes del siguiente siglo. De una u otra manera, estábamos condenados.

Sin embargo, algunos pocos de nosotros éramos partidarios de un enfoque completamente diferente y ajeno al Plan, que, para ese entonces, ya había alcanzado el estatus de religión. Pensábamos que aunque muriésemos, podíamos salvar a la Humanidad. Recordamos los estudios iniciales del Proyecto Huemul Dos y el efecto Lovera. Nuestra posición era opuesta a la de la mayoría y nos hicimos rebeldes. Así empezamos, en el espacio y cerca de la Luna, la Cuarta Guerra Mundial.

Finalmente, ganamos. Aunque sólo quedamos catorce.

**Cuatro – Conjetura**

En las investigaciones que llevamos a cabo para intentar volver, tropezamos con una serie de ecuaciones que daban respuesta válida a los escenarios previstos por la Conjetura de Zabala-Cismondí.

En mil novecientos sesenta y uno se observó, en los experimentos realizados con Liny, que bajo determinadas condiciones de energía y polaridad de las cavidades resonantes, los haces de partículas parecían estar duplicados. Rápidamente, el doctor Santiago Lovera intuyó que se estaba en presencia de un desfase temporal; es decir la coexistencia, en el tiempo presente, del pasado y el futuro de la misma partícula; efecto que se conoce con su nombre. El fenómeno era totalmente inestable e impredecible y, en apariencia, inofensivo; porque si bien se detectaba la presencia de dos haces, el resultado de las colisiones en la operatividad del acelerador Liny implicaba



***Especial duodécimo aniversario.***

---

la ingerencia de uno solo de ellos. Gabriel Zabala y Carlos Cismondi, por su parte, teorizaron que en realidad no se observaba una alteración del tiempo, sino la coexistencia de dos universos. Y luego de ese instante de fase, como lo llamaron, cada haz observado dejaba su impronta en su respectiva materialidad. Claro que esto implicaba la existencia de dos Linys, dos Proyectos, dos Tierras. Y entonces, ¿porqué no pensar en infinitos Linys, infinitos Proyectos, infinitas Tierras? Zabala y Cismondi propusieron la coexistencia, en todo momento –e hicieron una clara distinción entre el concepto de momento y el de tiempo–, de infinitos universos similares, que llamaron Multiverso. Decían que en Liny transitábamos, sin darnos cuenta, entre dos universos tangenciales: uno en el que existía un solo haz de partículas y otro donde se veía ese haz, y otro igual, visitante. Y postularon que la experiencia perceptible de cada uno de nosotros, que definieron como realidad, se manifestaba en sólo uno de ellos. No avanzaron mucho más, ni llegaron a descifrar el modo en el que fuese posible el pasaje entre universos.

La Guerra iniciada en mil novecientos sesenta y tres acabó con esta línea de investigación.

Desesperados, nosotros quisimos retomar la Conjetura en Suyai. Los más fundamentalistas pensaban que hacer esto era una blasfemia al Plan. Nos acusaban de sostener un pensamiento primitivo que ellos equiparaban con el paganismo. La que llamamos Cuarta Guerra Mundial fue, en esencia, una guerra religiosa; y nuestro triunfo nos permitió seguir el trabajo en los términos de la Conjetura. Abandonamos la finalidad de la Estación, nos deshicimos de todo el material guardado que no nos sirviese y, por ende, de toda la historia de la civilización; y nos dedicamos de lleno a trabajar en el Multiverso.

Logramos demostrar matemáticamente la existencia de los infinitos universos paralelos, como transitar de uno a otro y nos fue posible situar a la realidad tangible y vivencial en sólo uno a la vez, eligiéndolo de acuerdo a nuestra conveniencia. La solución de Agujero Negro de Reissner-Nordstrom, continuada a través de una singularidad espacial evitable para un viajero, describía dos universos asintóticamente planos unidos por una zona de agujero negro, el que debíamos generar.

Demoramos doce años más en desarrollar, proyectar y fabricar la maquinaria necesaria para obtener la singularidad. Para ese entonces, sólo quedábamos cinco.

Resolvimos elegir un escenario posible para cada uno de nosotros (a través de las ecuaciones nos era permitido elegir tiempo y espacio) para intentar revertir el desastre y marchar hacia uno de ellos. Las probabilidades de obtener algún resultado positivo estaban astronómicamente en nuestra contra, pero todas las demás opciones conducían indefectiblemente a la extinción.

A mí me tocó viajar a los Estados Unidos de América, en mil novecientos sesenta y tres, para matar a John Fitzgerald Kennedy.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Entré en la máquina e inmediatamente me envolvió un torbellino de luces que me destrozó en millones de explosiones pequeñísimas. Todo mi cuerpo adquirió una masa inconmensurable y se transformó en un agujero negro, que se invirtió de este otro lado en una operación terriblemente dolorosa que no entiendo cómo pude soportar.

**Cinco** – Dallas, Texas

Llegué a Texas, en este universo, en octubre de mil novecientos cincuenta y nueve. Debí representar el papel de un hombre perdido y mentalmente desequilibrado, al que internaron en el Centro Médico de Bakey, en Houston al confundirme con un veterano de guerra. Los tres años siguientes los usé para adaptarme a la vida en la Tierra, en la que nunca había estado. Recuperé mis músculos atrofiados y, no sin grandes dificultades, aprendí a respirar este aire y a manejarme con la gravedad.

Según entiendo, mis cuatro compañeros debieron haber fracasado, ya que la realidad estuvo donde yo estuve.

Casi un año antes de la gira de Kennedy comencé con los preparativos. Ya conocía los acontecimientos que se producirían, por lo que no me fue difícil armar una estrategia para realizar el atentado. En las elecciones que lo habían llevado a la presidencia, Kennedy había ganado por muy escaso margen en los estados del sur; y en ellos, los sondeos no eran muy favorables para las elecciones que debían realizarse en mil novecientos sesenta y cuatro. Por ello los encargados de la campaña planearon una visita a Texas para el otoño de mil novecientos sesenta y tres.

Sabía que Kennedy visitaría Houston, San Antonio, Fort Worth y Dallas. Estuve en las cuatro ciudades y decidí matarlo en San Antonio. El plan falló cuando la persona encargada de proveerme el arma fue detenida por los servicios secretos. Entonces, sólo me quedaba una oportunidad. Como plan alternativo, había elegido Dallas.

Todo lo demás es historia en este universo; la que ustedes conocen y pueden encontrar en cualquier libro, a pesar de las teorías conspirativas.

A las once horas y cuarenta minutos del veintidos de noviembre el Air ForceOne de la comitiva presidencial aterrizó en el aeropuerto Lovefield de Dallas. Inmediatamente, la limusina descapotable Lincoln Continental del sesenta y uno salió con rumbo al centro de la ciudad. En ella iban el presidente Kennedy, su esposa Jackie, el gobernador de Texas y su mujer, un agente del servicio secreto y el conductor.

A las doce horas y treinta minutos, la caravana llegó a la Plaza Dealey, giró a la derecha por Houston, luego a la izquierda por la calle Elm. Yo estaba ubicado en Grassy Knoll, a la derecha del paso de la comitiva, tras una empalizada de madera. Pueden verme en la famosa fotografía de Mary Moorman. Mi contacto, un pequeño traficante de Duncanville, también veterano, me había provisto de un rifle italiano calibre seis y medio, modificado y con mira telescópica, con el que pude realizar tres disparos certeros en menos de nueve segundos. El film de Abraham Zapruder regis-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

tra el momento, aunque yo estaba detrás de él, por lo que no pudo filmarme.

Contra todos los pronósticos, tuve éxito. A las trece horas cuarenta y ocho minutos los doctores confirmaron oficialmente la muerte de Kennedy.

De acuerdo a lo planificado, no importaba que me atrapasen porque, de todas maneras, mi misión estaba cumplida y la humanidad salvada. Había previsto ingerir una cápsula de cianuro; y aún si no podía hacerlo, no era relevante; porque mi historia sería inverosímil para cualquiera que la escuchara. Pero nadie me buscó.

A pesar de todo, en la confusión de las horas siguientes y sin proponérmelo, logré evadirme; quizá amparado en mi condición de lisiado al que le faltaban ambas piernas. A nadie se le ocurrió revisar mi silla de ruedas, en la que escondí el arma.

© Daniel Frini

Escritor e ingeniero argentino (Berrotarán, Córdoba, 1963). Publicó *Poemas de Adriana* (Ed. Libros en Red, Buenos Aires, 2000). Tiene dos libros a punto de ser editados en papel: *El Diluvio Universal y otros efectos especiales* (Cuentos) y *Manual de autoayuda para fantasmas* (Microcuentos). Participó en varias antologías. Ha sido traducido a varios idiomas. Fue distinguido con varios premios literarios.



## NÁUFRAGOS DE LA TIERRA

por Hugo A. Ramos Gambier

Ya lo dijo un ilustre dramaturgo: *la vida es sueño, y los sueños, sueños son*. Como humanos nos aferramos a nuestros sueños y a veces insistimos en vivir en ellos, en ocasiones con un giro tecnológico.

**H**oracio mira a Elvira. ¡Se ve tan joven en la proa del Titanic! Es como si no hubiese nadie alrededor, piensa.

El cielo parpadea un par de segundos igual que el cartel de una marquesina en cortocircuito. Se apaga y enciende intermitente.

—Igual que ayer —dice, ofuscado.

—Fue solo un instante, mi amor —Elvira le resta importancia al asunto—. ¿Ves? Ya está estrellado y limpio de nuevo.

La abraza y la besa apasionadamente junto a la baranda de la proa.

—Date la vuelta y extendé los brazos —le dice—. Mirando al viento.

—Déjate de joder, Horacio —contesta ella ruborizada—. Ya no estamos para estas cosas. Se van a reír de nosotros.

—¿Cómo que no? —dice, haciéndose el enojado—. ¿Me estás diciendo que estoy viejo? Fíjate en el pelado y la pelirroja, deben de tener nuestra edad y parecen dos tiernos adolescentes.

—Está bien —se convenció Elvira—. Pero agárrame fuerte, esto me da vértigo.

—Dale, subí a la baranda que yo te tengo.

—¿Así? —Elvira sube y extiende los brazos.

—Así —Horacio sube detrás, la agarra de la cintura y extiende los brazos junto con ella. La besa en el cuello y le pide que cierre los ojos. Él también los cierra. Y se dejan acariciar por la suave y helada brisa del Atlántico Norte.

Un sacudón del barco y quedan apretujados.

—¡Epa! —dice ella con un tono irónico—. Te estás aprovechando.

Horacio ni alcanza a contestar: otro sacudón mucho más fuerte y prolongado los desparrama por la cubierta.

Suena una sirena y la gente corre por la cubierta, algunos desesperados, vociferando los nombres de sus hijos, de sus padres, de sus parientes.

Los tripulantes del Titanic se apuran a desenganchar los botes salvavidas.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

En el medio de la cubierta y del caos, una mujer grita con terror que qué fue ese sacudón.

Un flacucho tripulante, que no llega ni a los veinte, la mira más aterrado que ella.

—¡Chocamos contra un iceberg, señora! ¡El Titanic... el Titanic se hunde!

La mujer echa a correr como loca por toda la cubierta del barco. Finalmente, no puede controlar el pánico y se arroja por la borda.

Horacio y Elvira, la ven perderse en las aguas del océano junto a otras personas que, no saben si tomaron la misma y desgraciada decisión de la pobre mujer, o no tuvieron la misma suerte que ellos de mantenerse sobre la cubierta.

El Titanic se está hundiendo. La proa se eleva cuarenta y cinco grados, el agua se mete por todos lados. Y el cielo vuelve a parpadear.

Elvira se desliza por la cubierta y va directo al interior del barco. Horacio se suelta de la baranda y la sigue.

—¡Elvira! —grita con fuerzas mientras siguen rodando hacia el fondo del salón de fiestas.

La orquesta continúa tocando una música alegre que contrasta con ese infierno, donde los muebles flotan acá y allá.

Elvira rueda escaleras abajo y Horacio sigue el mismo camino unos metros atrás. Por fin chocan contra algo, se detienen.

Todo es penumbra. La luz de la bodega es muy pobre y titila, pero alcanza para ver un automóvil. Es un Rolls-Royce.

—¿Estás bien? —dice Horacio ayudando a levantarse a su mujer.

—Sí, estoy bien. ¡Qué caída! Fue tan...

Y él se sobresalta cuando algo aparece de golpe en la luneta del Rolls-Royce. Una mano contra el vidrio empañado. Y oye gemidos desde el interior del auto.

—¡Shhh! —dice Horacio—. No interrumpas, que están garchando<sup>1</sup>.

—¿Qué hacemos? —pregunta Elvira. El agua ya le llega a las rodillas.

—Y... nos vamos —dice el marido—, el auto ya está ocupado —se ríen.

Horacio da un golpecito al baúl del Rolls-Royce y salen de la bodega en busca de una salida.

Se cruzan con mucha gente con chalecos salvavidas.

En uno de los pasillos, encuentran al pelado y a la pelirroja.

—¿No es fantástico? —dice el pelado—. Nunca imaginé que llegaría a vivir esta

---

<sup>1</sup> Hacer el amor.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

experiencia.

Horacio está a punto de contestarle, cuando el capitán hace su aparición en el pasillo. Pasa, parece mirar a Elvira. Seguramente se dirige hacia cubierta.

Los cuatro caminan con el agua hasta la cintura. El pelado no para de hablar boludeces: recita hasta el último detalle de la construcción del Titanic, las medidas, los materiales, el tiempo que emplearon en construirlo, el nombre del ingeniero. Tantas cosas que Horacio piensa que le va a estallar la cabeza.

Y entonces... sucede: el capitán voltea hacia ellos, parece mirarlos. Su imagen parpadea unos segundos y se desvanece en el aire. Horacio mira a Elvira y maldice en voz baja.

Han llegado hasta el salón de fiestas. La orquesta aún sigue tocando. La barra de tragos se va desvaneciendo. Y el decorado, el techo, el piso, las paredes y el agua desaparecen. Desaparece el Titanic entero. Ya no se oye la música.

El cielo se prende y apaga. Y hasta el océano y el cielo mismo se esfuman.

—¡La puta madre! —dice Horacio caliente como una pipa.

Se quita el casco de realidad virtual y lo estrella contra el piso del cine. También revolea el traje con todos los sensores y la conexión Wi-Fi.

—¡Pero, tranquilízate, Horacio! —dice Elvira.

—Cálmese, hombre —dice también el pelado.

—¡Pero cómo me voy a calmar, si este cine de mierda es el segundo día que se burla de mí y de usted! De usted, pelotudo, que no deja de hablar boludeces todo el tiempo. ¡Me cago en *Virtualmovie* y en la bosta de sistema que tiene! Vine porque hoy entraba gratis.

—¿Cómo conseguiste entrar gratis? —largó el pelado.

—Ayer nos pasó lo mismo que hoy, ¿sabés? Lo mismo, pero antes, recién empezada la película.

En ese momento, una imagen algo borrosa, confusa, parpadea hasta quedar nítida ante ellos.

—Le pido mil disculpas —dice el holograma de un tipo con uniforme de *Virtualmovie*—. El problema es general, no es solo nuestro.

—¿¡Pero por qué no apagás ese holograma de mierda y venís a decírmelo en la cara!? —brama Horacio.

—No se puede, señor. El holograma es generado por computadora, la imagen es para su comodidad de interlocución. No existe esta persona física.

—¿No me digas? ¡Mirá vos! ¿Pero qué te crees, que nací en el siglo XX yo? A esta



***Especial duodécimo aniversario.***

---

computadora y al holograma de mierda que genera lo manejás vos, quien carajo seas y donde mierda estés.

—Solo soy un empleado, señor —dice la voz metálica de la imagen.

El tipo tiene razón —piensa Horacio—. Es nada más que un empleado de *Virtualmovie*.

—Es que ayer nos pasó lo mismo —dice Horacio más calmado— y nos dieron un pase libre para hoy.

—Lo sé, y le pido disculpas en nombre de *Virtualmovie*. Como le dije anteriormente, es una falla general.

—Comprendo —dice Horacio con un relajado tono de resignación.

—Mire —dice la imagen—, vamos hacer lo siguiente... Están reparando la falla y pronto van a reiniciar el sistema. Apoye su mano acá (y apareció una pantalla en el aire). *Virtualmovie* le pide mil disculpas y le regala un año de entradas gratis para todas las funciones. Incluidas las Premium. Para usted y un acompañante.

Horacio abre los ojos bien grandes y coloca la mano en la pantalla antes de que el holograma se arrepienta.

—¿Y nosotros? —dice el pelado sabelotodo.

—Para usted también hay —le dice el holograma—. Apoye la mano, vamos.

—¡Genial! —exclama el pelado—. Esto es gracias a vos, hermano, que la peleaste lindo —le dice a Horacio y hace un gesto de que lo tiene en el corazón—. Vamos, yo invito la pizza.

—¿Y las cervezas?

—Y las cervezas también. ¡Un año gratis de *Virtualmovie*! Pedí las cervezas que quieras.

A Horacio el pelado ya le está cayendo bien.

Contentos con el regalo, saludan al holograma. Y salen por avenida Corrientes para el lado del obelisco, en busca de una pizzería.

La noche está tranquila. La mayoría de la gente utiliza la cinta deslizadora, pero ellos prefieren andar a la antigua: caminando por la vereda. Las callecitas de Nueva Buenos Aires tienen ese... qué sé yo.

El obelisco asemeja una postal con los aerotaxis iluminados. Los bares y restaurantes, atestados de gente recién salida de cines y teatros.

—Podemos tomar un aerotaxi hasta el nivel tres —dice el pelado—. Me hablaron muy bien de un restaurante italiano.

—Mejor quedémonos acá —dice Horacio con su mejor cara de no me gusta tu



***Especial duodécimo aniversario.***

---

idea—. Además, los otros niveles siempre están llenos de pibes boludeando con los deslizadores<sup>2</sup> y la música al mango<sup>3</sup>.

Caminan un par de cuadras y entran a La Nueva Cuartetas.

La verdad, piensa Horacio, no sé por qué, pero en este lugar la pizza es mucho más rica cuando se come de parado<sup>4</sup> junto al mostrador.

—De vez en cuando —dice—, al mediodía, salgo del taller mecánico y me pido dos de musa con fainá. Pero ahora, con las mujeres, mejor nos sentamos en una mesa.

—En esa —dice la pelirroja—, al lado de la ventana.

Elvira toca la mesa y aparece el holograma con el menú.

—¿Qué pedimos?

—Yo quiero una de fugazzeta —le dice Horacio al pelado—. ¿Cómo te llamás, vos? Hace un buen rato que andamos juntos y no nos presentamos.

—Javier. Y mi esposa, Laura.

Se saludan y se ríen de la presentación tardía.

—Me gusta la de fugazzeta —dice Javier—. Y también podemos pedir una con morrones. ¿Qué les parece?

—Me gusta —acota Elvira.

Y Laura asiente.

Marcan el pedido.

Javier recuerda que él invita y acerca su mano al posnet virtual.

—Listo, ya pagué.

Hablan un buen rato, de sus familias, de todo un poco.

Javier y Laura cuentan que sus hijos estudian tecnología molecular, en Nueva Bretaña. Y que ellos se dedican a manejar un negocio de almacenamiento de datos para empresas Web.

—Yo tengo un taller de aerotaxis —dice Horacio—. Hay mucha competencia, pero no me quejo. Tengo siete empleados y con Elvira ya pensamos en abrir otro taller en el nivel dos.

Javier dice que le presentará a un amigo que tiene una flota de aerotaxis.

—Gracias —dice Elvira.

---

<sup>2</sup> Matando el tiempo con los deslizadores.

<sup>3</sup> Con la música a todo volumen.

<sup>4</sup> Comer de pie junto al mostrador.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Vamos a casa a tomar un café —invita Javier—. Es en el nivel doce. ¡La vista es espectacular!

—Con la condición de que el domingo vengan a casa a comer un asadito —dice Horacio.

—¡Hecho!

Salen y caminan por Corrientes en busca de un aerotaxi.

Entonces sucede:

La sirena atrona por toda la ciudad. El obelisco parpadea una fracción de segundos y desaparece. Ellos cuatro se miran unos a otros.

Horacio nota que comienzan a desaparecer las vidrieras, los negocios, los edificios... La ciudad entera desaparece. O mejor dicho «el maquillaje» de Nueva Buenos Aires es lo que desaparece.

«Es un problema general» había dicho el holograma de *Virtualmovie*.

Se nos cayó la careta, piensa Horacio.

Y no sabe por qué, le viene a la memoria un poema de Borges. Uno que habla de Buenos Aires, de la calle que nunca pisó. Y recita para sí mismo: *Es esa racha de milonga silbada que no reconocemos y que nos toca, es lo que se ha perdido y lo que será, es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral, el barrio que no es tuyo ni mío, lo que ignoramos y queremos.*

Se nos cayó la careta, se repite ahora. Y, sin careta, queda al descubierto la miseria humana.

A la vista de todos, quedan desnudos los esqueletos de hierro y paneles de los edificios. Sin los hologramas, Nueva Buenos Aires es una gran maqueta sin terminar.

Y tras el apagón general, ellos pueden *verla*.

¡Ahí está, sobre sus cabezas!

Ahí, más allá del último de los niveles, está el esqueleto de la cúpula que encierra a Nueva Buenos Aires. La cúpula en donde se proyecta el cielo. Esa que, ahora desnuda, deja ver la Tierra. El hogar de los antepasados, los que tuvieron que dejarla después de la guerra final.

Un planeta sin vida y radioactivo. Donde máquinas y robots trabajan día y noche enviando todo tipo de minerales a las distintas ciudades instaladas en la Luna.

La Tierra se ve hermosa y celeste.

Horacio y Elvira —y también sus nuevos amigos— han nacido en la Luna, bajo la cúpula. Horacio siempre se preguntó cuántas cosas se habría perdido. No existirá holograma alguno que le haga sentir la verdadera realidad de la Tierra.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

El cielo vuelve parpadear en la cúpula. Se prende y apaga intermitente, al igual que el obelisco, las fachadas y la ciudad entera.

Nueva Buenos Aires acaba de reiniciar. Los cañones holográficos proyectan un cielo limpio y estrellado.

La gente vuelve a su rutina. La humanidad vuelve a esconder la mugre bajo la alfombra.

Los aerotaxis vuelan como luciérnagas alrededor del obelisco. Es una clásica postal, de la agitada noche de Nueva Buenos Aires.

© *Hugo A. Ramos Gambier*

**Hugo A. Ramos Gambier. Pellegrini, 1962. Argentina. Conductor de trenes eléctricos. Escritor aficionado de género fantástico, ciencia ficción y terror. Fue publicado en la antología *Cuentos lejanos* (2012). Algunos de sus cuentos fueron publicados por la revista chilena *Fantasía Austral*.**



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## NO ES JUSTO

por *Luís Arturo Chí Jiménez*

Una nueva clase de esclavitud, un moderno Espartaco y la naturaleza humana cual péndulo oscila de un extremo a otro cambiando para seguir igual.

*Y entonces, la justicia quedó en nuestras manos y la libertad en las del Life. Pero... ¡Todo está en nuestras manos! ¡Qué dicha es ser dueños de la realidad genuina!*

*Glaxo, un miembro del Cronos*

***iN*** *O ES JUSTO!* era casi el único pensamiento que pasaba por la mente de Jenni continuamente.

Se encontraba practicando con su *V-harpsichord* mientras la *gogglebox-MXN340* transmitía *NotiDroids*: «Un día más en *Pensiones* y como siempre no pasa nada», era lo que se escuchaba repetidamente. Pero no faltaban las noticias imaginadas, salidas del mundo virtual. Siempre había algo que contar, aunque no pasara nada. Tocar el *V-harpsichord* con la *gogglebox* de acompañamiento estridente, significaba una jornada ambivalente para Jenni. Por una parte, la frustración nacida del ruido arrasaba con las pretensiones de un exorcismo artístico. La mente, un reino de desolación. Por otra parte, la idea de apagar la *gogglebox* era inconcebible, incluso herética. En realidad, las *goggleboxes* no contaban con un interruptor para sofocar su barullo y se mantenían encendidas, en su algarabía, a todas horas. Una conquista permanente. Los ciudadanos no ponían ninguna objeción a esta situación. Aunque Jenni se sintiera consumida y dañada por el nocivo aparato, se seguía entregando a las pasiones y dramas de las *GoNovels* y a los *NotiDroids*. Nada ocurría en *Pensiones*, al menos para los habitantes de fuera de la Tierra: los foráneos. Pero muchas cosas ocurrían en la red y la *gogglebox*, las cuales se habían convertido en un derecho humano.

—Ese Hernán es un imbécil —imaginaba Jenni cuando tenía oportunidad de pensar algo, lo cual no sucedía muy a menudo. Normalmente, acontecía cuando se transmitía un anuncio sobre los *apostates*. A los ojos de foráneos, todos los anuncios producían una desazón mezclada con impotencia. Pero estamos en *Pensiones*, un sitio en el que no ocurre nada.

—Justo es más sutil —proseguía Jenni—. Todas las cosas por aprender pueden estudiarse de él. Es una lástima que el *Cronos* lo haya situado en un lugar diferente al nuestro. Si viviera en mi *bloque* haría lo que fuera por casarme con él. En cambio, tengo que soportar al excéntrico de Waldo. ¡No es posible que limite su tiempo de



***Especial duodécimo aniversario.***

---

*gogglebox!* Ya no sé qué hacer para ayudarle.

Jenni percibió que algo estaba mal en el *Life*, pues las imágenes ya no lucían tan hermosas ni claras como siempre. La única persona que podía ayudarle era su esposo, pero no estaba en casa, algo muy habitual en los *apostates*. Waldo se encontraba muy lejos para ella, a dos casas dentro del *bloque* MXN-340. Tomó el teléfono holográfico y se dispuso a llamarle. Pronto el cuerpo de su marido se materializó en la sala de estar de la casa. Se veía tan real que nadie podría decir que se trataba de un holograma, al menos nadie de la Tierra.

—¿Para qué me has llamado? —dijo Waldo, irritado—. Nunca le he encontrado sentido a proyectar hologramas de gente que vive en el mismo *bloque*. ¿Acaso no podías venir y hablar personalmente?

—¿Qué dices? —respondió Jenni, que todos los días se sorprendía un poco más de Waldo— ¡estamos hablando personalmente! Además sabes que no me agrada presentarme en hogares ajenos, con gente desconocida. ¿A quién podría gustarle? ¡Sólo a gente como tú!

—¡Gente desconocida! ¡Generaciones enteras han vivido aquí antes de que nacióramos! Y tú no te atreves a convivir un poco siquiera, aun sabiendo que todo nuestro alcance humano se reduce a veinte personas que viven en un *bloque* que no podemos abandonar bajo ninguna circunstancia.

—¡Tú como siempre diciendo cosas extrañas! —respondió Jenni, con gestos de sorpresa que Waldo no pudo evitar advertir a través del holograma—. Yo llevo una vida social estable por si no lo sabías. He viajado por el mundo y conocido a mucha gente ¿Acaso no has visto mis listas de amigos y puntuaciones en el *Life*? Por cierto, para eso te llamé, granuja. Algo raro le ha ocurrido y quiero que lo repares.

La locura se sentía próxima en el interior de la mente de Waldo. Pero aún existían ciertos vestigios de cordura primitiva en los sitios más recónditos de su cerebro. Había ido a arreglar el *Life* de sus vecinos y se sintió horrorizado al darse cuenta de que casi no se hablaban entre ellos. Cada quien estaba ocupado en su *gogglebox*, ansiosos por la reparación de su consola *Life*. Naturalmente nunca le dirigieron la palabra a él. Le indicaron el lugar de la falla mediante una seña incuestionable. Se trataba de los Johnson, una familia normal como todas en *Pensiones*. Sus vidas giraban en torno al *Life* y la *gogglebox*. Generaciones atrás, eran conocidos como los Pérez.

¿Nos hemos convertido en máquinas? pensaba Waldo mientras realizaba las reparaciones. Pensar: una acción que le hacía acreedor de una atroz singularidad.

—Esa maldita red consume a quien la usa —Waldo portaba un semblante de enojo que iba en aumento— ¿No te has dado cuenta? ¡Eso es lo que el *Cronos* quiere! Tenernos a todos controlados, producir más energía para ellos mediante la emisión de ondas, causadas por el *Life* y la *gogglebox!* ¡Te lo he dicho tantas veces y no parece comprender! Deberíamos renunciar a todo aquello y luchar por nuestra libertad.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—¡Waldo! ¡Te vas a arrepentir! —Jenni tomó la *V-laptop* de Waldo, en donde se encontraban todas sus preciadas pero extrañas notas e hizo un amago de destruirla. Waldo tenía el peligroso vicio de escribir. Por algún medio desconocido por todos, sabía tantas cosas que sus palabras escritas podrían significar un derrumbamiento en el *Cronos*, o bien, la muerte de Waldo.

Jenni divisó a través del holograma que el rostro de Waldo se tornaba más sombrío de lo que estaba y decidió no hacerle ningún daño a la máquina. Ella no había visto una expresión como esa en la máxima red social o en la *gogglebox*, lo que le causó una monumental zozobra. Cortó la comunicación y la imagen de Waldo se desvaneció como un relámpago fugaz. Ahora Jenni se agitaba tempestuosamente y no podía dejar de pensar en las palabras de Waldo. «Renunciar a todo aquello» se había implantado en su cabeza como un parásito invasor del *Cronos*.

\*\*\*

*Se trataba de la batalla singular más grande de los tiempos modernos. El amor muere mientras lo sustituye un indicio de falsa justicia. Y entonces, todos pueden disfrutar de su máximo derecho: ¡La Gogglebox! ¿O era el Life? ¿Los vigibots?*

*Real times are these days  
Enjoy your life greatly  
Allow the beginning of oblivion  
And live with your Life vehemently*

\*\*\*

Waldo por fin retornaba a casa después de una ardua labor que consistió en arreglar una pieza *Skchilook*, la cual resultaba fundamental para el uso del *Life*. El trabajo no le fue indiferente, pues si algo le gustaba del mundo era salirse del espacio virtual y buscar contacto humano «verdadero» de vez en cuando, aunque no fuera bien aceptado. Al menos era útil para reparar cosas. Lo extraño estaba en que el *Cronos* se había despreocupado parcialmente de las averías, al menos en el *bloque* MXN-340. Pero más extraño era considerado Waldo, que desde niño se había sentido más apegado al mundo material y se mostraba reticente al uso de los artefactos comunes como medio de comunicación. Aun así, a nadie le importaba averiguar la naturaleza de esta actitud, ni siquiera mediante el contacto con las demás personas de otros bloques que rondaban en el vasto espacio del *Life*.

El primer encuentro de Waldo con Jenni surgió a raíz de una casualidad. Eran tiempos de infancia y Waldo se encontraba caminando alrededor de su bloque, actitud por demás singular que siempre lo acompañó hasta el día en que «aquello» sucedió. Jenni se encontraba sumida en el profundo letargo que te entraba al usar el *Life* (tal como se les acostumbra desde muy niños) cuando se escuchó un leve chisporroteo y la consola de la red dejó de funcionar. Jenni comenzó a llorar con un llanto que



***Especial duodécimo aniversario.***

---

representaba las ilusiones perdidas de la infancia. Como era habitual, el *vigitrón* androide de auxilio externo arribó de manera instantánea. El robot se aproximó a la vivienda con una actitud insólita, como si esperara a alguien o estuviera vigilando la situación. Tal vez las dos cosas. Waldo entró a la casa y sin mirar a Jenni o al androide, se aproximó instintivamente al aparato y logró manifestar el veredicto. Era una pequeña pieza desajustada. La apretó con la fuerza de sus pequeñas manos y el resultado fue un *Life* recuperado para sosegar la pesadumbre de la niña. De ahí surgió una peculiar relación de amistad. Solían frecuentarse físicamente y no mediante el *Life*. Waldo encontraba cualquier momento oportuno para salir de su casa y entregarse a la sublime experiencia de la compañía de Jenni. En algún momento, la joven llegó a pensar que su amigo estaba totalmente desquiciado. No le importaba. Por fin tenía a alguien con quien compartir las pesadumbres de la *gogglebox* y la red social en un lugar fuera de la consola, lo cual tenía un toque extravagante y muy interesante (tal vez la excentricidad es contagiosa). Pronto se hicieron novios y se casarían, cosa que el *Cronos* veía como algo fascinante. «Es bueno retomar algunas reminiscencias de nuestro vetusto pasado» se escuchó de ellos cierto día. Los matrimonios eran protegidos, ya que se buscaba investigar la reproducción natural de seres humanos, cosa que casi había quedado olvidada. Waldo tenía la convicción de que la protección se debía más bien a su excéntrica habilidad.

—No pienso formar parte de un sistema que erradica la libertad y despoja a los ciudadanos de sus vidas —decía Waldo algunas veces, hablándole al vacío con la esperanza de que Jenni lo escuchara alguna vez

—He escuchado algo sobre una posibilidad de que me lleven a otros *bloques* a corregir ciertos desperfectos. Lo que me gustaría es que me sacaran de *Pensiones*, del *Cronos* y de la Tierra si es necesario. Quiero sentir de cerca la vida de un foráneo —dijo una vez Waldo con voz decidida, algo que alarmó a Jenni considerablemente.

Abandonar un *bloque* y conservar la vida era algo que nunca se había logrado (al menos no se tenía noticia de ello) y nadie se interesaba en tal propósito (ni en las consecuencias, ni en las posibilidades), a excepción de aquellos que se catalogaban como *apostates* y eran vistos como seres desquiciados que no encontraban su lugar en el mundo. Estos seres comenzaban a cuestionar todo lo que les rodeaba y a hacer cosas que no tenían ningún sentido para nadie, como caminar por el *bloque* y saludar a la gente que vivía en otras casas. No duraban mucho tiempo haciendo tales acciones. Eran un peligro. Pronto sentían un pernicioso deseo de abandonar el *bloque*. Las verjas de energía parecían estar de acuerdo con los deseos de quien fuera, pues tan solo bastaban unos golpes y ciertos lamentos para que se desvanecieran completamente, dejando libre el paso para cualquier individuo. Normalmente no lograban llegar a los límites del otro *bloque*. Al pisar la calle eran sometidos por un ataque de asfixia y morían a mitad de la pista de *vigitróns*.

Waldo pronto logró uno de sus más grandes anhelos: estar físicamente en otros



***Especial duodécimo aniversario.***

---

bloques. El *Cronos* había considerado que él era el más oportuno para reparar las consolas *Life* de los vecinos, que misteriosamente habían comenzado a fallar de manera desmesurada. Los *vigitróns* androides ya no daban abasto para tanta reparación, por lo que Waldo sería de gran ayuda para ellos. Al final, Waldo terminó reparando todas y cada una de las consolas sin manifestar queja alguna por ello. Los *vigitróns* por su parte se habían desentendido de tal labor, algo muy extraño para el actual *Pensiones*. ¿Qué tal para el primitivo *Mex...*? ¿Cómo se llamaba?

Waldo era la primera persona en transportarse hacia otro bloque y, aunque a nadie le importara, él se sentía muy orgulloso por tal logro. Pero esta conquista pronto aumentaría su ambición.

—Si me dieran a elegir entre la «libertad» que me han ofrecido y la muerte, probablemente me encontraría disfrutando de la verdadera libertad con los demás *apostates* en un lugar inefable. Quisiera que me ofrecieran la libertad definitiva, aunque sé que eso es imposible. El *Cronos* es un obstáculo —solía pronunciar Waldo, procurando que Jenni lo escuchara, aunque nunca lo comprendiera.

Un día, Waldo despertó con tal obstinación en sus palabras que sería imposible describir el inmenso terror que produjo en Jenni.

—No quiero estar aquí, espero acabar con estos días de sufrimiento en los que se me ha concedido una falsa libertad —mencionó Waldo en estado neurótico.

—¿Por qué lo dices? —respondió Jenni, sin dejar la *gogglebox* o el *Life*—. ¿Te ha ido mal en la carrera del *Auschtóp*? ¿Ya no estás socializando tan bien como antes? ¿Te han concedido qué?

—¿Cómo le puedes llamar a eso «socializar»? ¡Ese juego del *Life* no permite conocer las emociones de otra persona ni establecer un contacto directo! ¡*Auschtóp*! ¿Tienes idea de dónde se originó tal horrible nombre?

—¡Oh vamos! Lo que acabas de decir es una tragedia. El *Life* no es un juego, creo que ahí está tu problema. Todo lo ves como un juego y tu vida no tiene rumbo o sentido. ¿Qué contacto más quieres que haya? ¡El *Life* es la única manera de socializar! Nuestro caso es diferente, pero fue mi culpa por permitirlo, era muy pequeña —Jenni suspiró y su rostro se tornó grave—. Al *Cronos* le gusta experimentar con los vestigios de nuestros antepasados. Me imagino lo que era llevar a un ser humano dentro de las mujeres, sin control, sin *droids* y a libre elección de dos personas, ¡qué horribles tiempos! Pero ahora veo las consecuencias de seguir a alguien tan trastornado como tú. ¡Ay *Cronos*, ayúdame!

—¡Ahí está el verdadero problema! —respondió Waldo, mostrando un estado cada vez más agitado—. Parece que todos se han vuelto locos y soy el único cuerdo vivo que queda. Esas vidas que llevan no tienen ningún sentido. Lo único que buscan es alabar al *Cronos* y sumirse en el hedonismo que el *Life* les proporciona. ¿Y el trastornado soy yo?



**Especial duodécimo aniversario.**

---

—Tú bien sabes lo que ha ocurrido con aquellas personas que eran como tú.

—¡Los asesinan! El Cronos elimina a cualquier ser incómodo. Los *apostates* son incómodos. Pero parece ser que algo se traman conmigo, me han dejado vivir lo suficiente para conocer otros *bloques* personalmente.

—Estás delirando. Esas personas han enloquecido tanto que terminan suicidándose cuando intentan abandonar el bloque ¡Vaya locura! ¿Qué no tu padre murió así? ¿Dices que has estado en otros bloques?

Jenni recordaba de manera borrosa al padre de Waldo. No recordaba su nombre, algo normal entre los ciudadanos. Los muertos eran olvidados muy pronto. Era tal la indiferencia por la vida física de otros que Jenni ni siquiera estaba enterada de la hazaña que Waldo había cosechado con el *Cronos*, ni daba indicios de algún interés.

—Inaceptable argumento —dijo Waldo—. La decadencia es ahora. ¡Abre los ojos!

—¡Ábrelos tú! —gritó Jenni—. Eres tan primitivo. Deberías luchar no contra el *Cronos* sino contra ti mismo y así buscar parecerte más a Justo.

—Por favor ¡No me compares con una persona que no existe! Ese tal Justo es solo un arquetipo de hombre que el *Cronos* pretende que tengamos como un modelo a seguir. ¡Un prototipo preestablecido! ¿No te das cuenta el horror y el engaño en que vivimos? ¡La *gogglebox* nos aniquila!

—Vaya que eres subnormal —replicó Jenni. Mientras, tuvo que rechazar dolorosamente una invitación a un viaje holográfico—. Mira que he rechazado un viaje para decirte esto, pedazo de lunático. Justo es la persona más inteligente, sensible y avezada que he conocido. Por eso la *GogNovel* se llama *En busca de la justicia perdida*. Justo es un vivo reflejo de lo que se necesita para alcanzar la justicia. Tú estás muy lejos de ser como él, ni siquiera participas en la misma carrera. Definitivamente *tú* no eres *él*. Ahora vete y no vuelvas a hablar de esa manera de Justo.

Waldo se quedó tan quieto como un *vigitrón* en el cambio de guardia, pasmado por las imprecaciones de Jenni. Nunca había escuchado palabras parecidas provenir de ella. Jenni, por su parte, siguió con su consternación por haber cancelado el «viaje», tomó su *V-laptop* y, recordando la terrible discusión con Waldo, sólo pudo escribir una cosa:

NO ES JUSTO

\*\*\*

Waldo se había ido hacia un sitio que no era frecuentado por los ciudadanos (en realidad, ninguno lo era). Se trataba de un camino de luces de neón en el que se podía ver hacia afuera del *bloque*, la pista de *vigitróns* (que en algún tiempo se llamó *carretera*) y la actividad de todas las clases de estos robots vigilantes: andróides, cámaras en paredes y *minibots* (los carritos vigilantes). Había estado reflexionando



***Especial duodécimo aniversario.***

---

sobre la importancia de las *GogNovels* para el *Cronos*. Sabía que tales historias eran fabricadas a partir de las escenas extraídas de la vida de personas de otros bloques, algunas lejos de *Pensiones*. Tenía la certeza de que Justo era una persona como todas, seguía la vida impuesta al pie de la letra, lo cual le otorgaba el privilegio de ser quien representara el símbolo de la justicia y el honor, principios en que se basaban los habitantes de *Pensiones* y más allá.

Gracias a su labor como restaurador de las consolas *Life*, Waldo podía ubicarse un poco fuera de la verja que separaba su casa del destino mortal que suponía la pista de *vigitróns*. Podía permanecer el tiempo que quisiera, pues el *Cronos* lo consideraba un loco interesante y sin remedio, pero útil. Al parecer se habían olvidado de él. Una decepción, un error en el sistema. Waldo aprovechó esto para observar a los *vigitróns* y examinar los patrones que seguían. Cada máquina, incluso los *minibots* y las cámaras, portaban una máscara diferente a cada turno. Normalmente representaban personajes de *GogNovels* o gobernantes que nadie conocía. Esto se hacía para agregar cierto aire de frescura a la vigilancia, aunque solo los *apostates* lo percibirían. Waldo notó que los cambios se realizaban de manera muy peculiar. Los *minibots* y *vigitróns* andróides se elevaban de manera totalmente vertical hasta perderse de vista. El destello de sus bases delataba su mecanismo impulsor. Waldo supuso que muy arriba de las verjas de energía, había una parte en la que todo terminaba y se podía acceder libremente a otros *bloques*. Recordó que el proceso de llevarlo a otros *bloques* ocurría repentinamente y sin aviso. Supuso que estas máquinas se encargaban de transportarlo mientras yacía en inconsciencia provocada por alguna artimaña del *Cronos*.

En los días subsiguientes, Waldo se dedicó a contemplar todo el día las actividades de los *vigitróns*, sobre todo en los cambios de turno. Cuando Jenni le indicó que dejara de hacer aquello o corría el riesgo de morir (algo muy extraño, definitivamente la locura era contagiosa), Waldo sólo se limitó a sonreír y proseguir con su plan.

—Que me maten si quieren. No estoy dispuesto a seguir viviendo por partes, en un receptáculo de la muerte que no alberga ningún sentido —fue lo que Waldo dijo algún día.

Jenni pensaba que Waldo podría suicidarse. Todos aquellos que enloquecían corrían ese destino. En fin, ella no podía responsabilizarse del destino que le esperaba. Se había desprendido totalmente de él, aunque no es que le hubiese importado mucho. No había tiempo que perder en emociones. Comenzaba *La tempestad*. Todos en sus pobres mentes plagadas de artilugios, mientras que nadie recuerda a Shakespeare pensaba Waldo.

Jenni se encontraba sumida en el universo del *Life* cuando le asoló una serie de pensamientos.

—Waldo no luce como el cretino de Hernán, pero aún dista muchísimo de ser como Justo —pensaba Jenni mientras se construía una reputación al revelarse con-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

tra un guardia en el *Auschtóp*.

Ahora Waldo y Jenni se frecuentaban cada vez menos. Él estaba muy ocupado en sus «delirios» y ella viviendo su «vida». Un día, Waldo sonreía frenéticamente y le enseñó algo a Jenni que podría significar su inexorable condena.

—¡Horror! —gritó Jenni mientras observaba la frente de Justo— ¡Auxilio! ¡Asesinato! ¡Barbarie!

—¡Cálmate! —respondió Waldo, aún sin ocultar su siniestra sonrisa—. Se trata de una máscara de *vigitrón*, lo notarías si no vivieras dominada por el Cronos.

—¡Una máscara de *vigitrón*! —exclamó Jenni— ¡Tiene el rostro de Justo! ¿Por qué lo has hecho? ¡Eso te traerá la condena! ¡Te quitarán la libertad si no la vida!

—Un tipo llamado Sartre algún día dijo: «el hombre nace libre, responsable y sin excusas» —respondió Waldo con unas palabras que no se sabía de dónde las había sacado, un comportamiento común entre los *apostates*—. No podría estar más de acuerdo. Pero el *Cronos* hace de nosotros unas vulgares cáscaras humanas que simulan vida. Somos esclavos. Sé que esto me dará la libertad total.

Antes de que Jenni pudiera responderle algo coherente, Waldo abandonó la sala y se retiró a donde había visto por primera vez los patrones de los *vigitróns*. No se preocupó de si alguien pudiera interrumpirlo y desenmascarar su plan. A nadie le interesaba la vida física de otros, ni siquiera a Jenni la de Waldo.

—No existe la libertad, sino la búsqueda de la libertad, y esa búsqueda es la que nos hace libres —mencionó un día Waldo, consciente de que muy probablemente no lograría su cometido. Esta vez Fuentes, el primitivo *apostate*, era su escolta.

Waldo había aprendido a controlar los mecanismos del robot, algo que le producía cada vez más esperanzas. Con estos aparatos, construyó poco a poco una máquina que le daría la libertad (al menos mental).

Un día, Waldo salió a los ojos de Jenni mientras portaba algo similar a una mochila en su espalda. Parecía tener partes del robot incrustadas en su cuerpo. Al parecer, Waldo había bautizado su creación con el nombre de *Ulises*. Una marca hecha de sangre en un sitio de la mochila lo revelaba. Cuando Jenni lo divisó, se dispuso a tocar el piano de manera colérica. Temía que de no hacerlo, entraría en una crisis neurótica. Jenni no pudo decir palabra frente a Waldo y él tampoco se había volcado al verla. La *gogglebox* transmitía las últimas noticias del *Kayaks*.

—La probabilidad de perder en la lucha no debe disuadirnos de apoyar una causa que creemos que es justa —dijo Waldo de manera muy firme, sin mirar a ningún otro lado más que para arriba. ¡Lincoln ha hablado y yo seré su continuador!

Waldo salió de la vivienda, tan solo hasta un poco antes del límite de la verja de energía. La mochila inició su incendio y ante los ojos atónitos de Jenni, Waldo comenzó a levitar. Se elevó cada vez más, hasta perderse de vista en las alturas. Nadie



***Especial duodécimo aniversario.***

---

fue testigo de tan insólito acto, todos en *Pensiones* se hallaban muy ocupados viviendo sus vidas.

Casi como en un sueño, Waldo se dio cuenta que había llegado a un lugar extraño. Todo a su alrededor era raro, sin forma conocida. De cualquier manera, ya no había *vigitróns* ni letales muros energéticos que alienaban a la gente de la vida en sociedad. Enseguida comprendió que sin importar en dónde se encontrara, jamás tendría que volver a someterse al *Cronos* que por tanto tiempo odió. Pronto divisó a alguien muy cerca de él, tenía la apariencia de un *apostate*.

Jenni sintió desolación ante la pérdida, algo que no solía durar mucho entre los ciudadanos. Aún tenía la compañía de la música y la seguridad de que la *gogglebox* nunca la abandonaría. Entonces cogió su *V-laptop* y se dispuso a escribir lo que tanto rondaba por su mente:

NO ES JUSTO

Pronto la apartó. La nueva *GogNovel* comenzaba bajo el título de *Batalla singular*. Jenni quedó sorprendida por lo que vio.

—¡Soy yo! ¡Estoy en la *gogglebox*! Mmm recuerdo a la otra persona. Creo que se llamaba Waldo...

¡Acerté!

© *Luis Arturo Chí Jiménez*

Luis Arturo Chí Jiménez nació en la ciudad de Mérida, Yucatán, México, el 14 de junio de 1991. Desde niño tuvo una clara atracción por las máquinas y una inquietud sobre el influjo que la tecnología puede tener en los seres humanos, lo que le llevó a estudiar mecatrónica y posteriormente ingeniería industrial. Las historias siempre han sido un gran interés suyo, lo cual le llevó a consumir películas y videojuegos con argumentos complejos y desbordantes. Sin embargo no fue hasta los 19 años que empezó a leer libros. Las visiones del futuro han sido su principal interés en las historias y decidió que combinaría la carrera en el campo industrial con una literaria.



## PURGATORIO-42

por Teresa P. Mira de Echeverría

El universo va camino a la muerte termodinámica, esto es al equilibrio absoluto y lo hace de a pequeños pasos a la vez, igualando las cosas de a una, como la historia del señor del asiento 1.708 pasillo-pasillo-pasillo del interno 42.

—**P**añuelos, té y naranjas de Valencia... ¿De Valencia?  
Trataba de concentrarse pero el golpeteo persistente se lo impedía.  
—Muy bien, sigamos: batracios, toros y arándanos patagónicos...

Los golpes no cesaban.

A veces era un sonido errático; otras, tenía un ritmo aburrido, casi resignado.

Ahí estaba de nuevo...

Lo ignoró por enésima vez —o eso intentaba— y prosiguió con su enumeración:

—Culpas, castigos y cucharitas de café. No, no, demasiado obvio. Mejor: oscuridad, oferentes y lana corriedale enredada. Eso podría ser.

Como una voz en el fondo de su consciencia, el golpeteo proseguía ahora con brío, enojado, con la furia propia de la impotencia.

Se levantó de su asiento.

—Perdón, señor; ¿a dónde va?

La voz queda, susurrante, de un lagarto-azafata lo sorprendió.

—Voy a hablar con el chofer.

—Lo siento, señor, pero él está en su período de nutrición. Si quiere comunicarme la inquietud, yo la derivaré al encargado de protocolo.

Pensó en lo que diría: «hay un golpeteo errático debajo de mi asiento que no me deja concentrar». Enhebró las palabras una a una en su mente, dispuso su lengua, y se quedó callado, mirando los ojos sin brillo y sin chispa del lagarto bípedo enfundado en su costoso traje blanco de franela.

—¿Señor? —repitió amablemente. Era una ironía cósmica que la melosa voz de los cocodrilos fuese lo más relajante que un humano podía oír hoy en día.

—No, olvídalo. Esperaré, si me lo permite.

—Por supuesto, señor —y entonces los ojos del zoomorfo se volvieron aún más inertes, si era posible, mientras recitaba el slogan de la compañía—. No olvide que



***Especial duodécimo aniversario.***

---

«viajar en autobuses Atolotl, es viajar al placer».

Regresó a su asiento, volvió a tomar su ábaco de obsidiana y continuó:

—Opalina, azúcar y serpientes emplumadas.

¡Ahora sí tenía más sentido!

Entonces volvió ese sonido como salido de Xibalbá.

Bien, si esas teníamos, entonces combatiría al fenómeno en su propio terreno. Tomó la empuñadura de su navaja láser y comenzó a tamborilear contra la base del asiento. Devolvía sonido por sonido, golpe por golpe. Parecía un telégrafo enloquecido. Pero su contrapartida, al parecer, lo ignoraba y continuaba con su propio ritmo.

Exasperado, se levantó nuevamente.

—Perdón, señor; ¿a dónde va?

—Si el chofer aún está en su hora de nutrición, regodeándose en su tanque de plasma como un...

—Disculpe, señor, pero si quiere ver al chofer es bajo su propio riesgo. Yo le sugeriría que hablara con el jefe de protocolo.

Se quedó mirando al lagarto con algo de miedo. Si no se equivocaba, la azafata había intentado disimular una lágrima que corrió por su mejilla justo en el momento de pronunciar la palabra «nutrición»; y todo humano sabe muy bien en qué circunstancias lloran los cocodrilos.

Esbozó una sonrisa aterrada y asintió gentilmente ante la sugerencia de la amable señorita azafata-lagarto.

Volvió a tomar asiento y el golpeteo se inició una vez más.

¿Podría ser una falla técnica?

A la hora exacta llegó el jefe de protocolo.

—Señor del asiento 1.708 pasillo-pasillo-pasillo, buenas tardes-Greenwich. Mi designación es Caa/Lahun, ¿en qué puedo servirlo?

Llevaba grabados los símbolos en la solapa del traje que el plástico de su cuerpo simulaba: 2/10 en numeración maya estándar.

—¿Qué tal?, soy un Hoh y hay un ruido debajo de mi asiento.

Hubiese querido hablar con más corrección, florear un poco las palabras o algo así –tal como corresponde a la idea que la gente tiene de un Hoh–, pero estaba demasiado desconcentrado para ello.

—¿Un ruido, señor? —dijo el robot. Estiró su cuello telescópico e introdujo su cara cuadrada debajo de la butaca. Al retraerlo, agregó— ¡Oh, ya entiendo, señor! Us-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

ted quiere decir que ha escuchado al fantasma.

Por un momento creyó que se había perdido algo en la conversación. ¿De qué estaba hablando este *plástico*?

—¿Cómo que «fantasma»?

—Sí, señor, el fantasma del interno 42. En idioma internacional: ca tu ox-kal.

Y en su rostro-pantalla se formó la imagen del gigantesco hiper-bus, deslizándose como una nube borrosa a miles de kilómetros por hora sobre la inmensa superficie del megaplaneta. Encima de la cabina, y a lo largo del vehículo, lucía el inconfundible símbolo del interno:

••  
••

Se quedó mirando al robot unos largos segundos, esperando que la frase se acomodara sola en su cerebro y cobrara sentido, pero eso no sucedía.

Finalmente, dijo:

—¿Se refiere usted a un espíritu desencarnado? ¿A un espectro?

El robot dirigió su pantalla hacia él, tal vez calibrando las preguntas o simplemente realizando otra operación.

—Bueno, la respuesta parece ser afirmativa y negativa, dependiendo del contexto, señor.

¡Vaya, eso sí aclaraba mucho!

Decidió dejar de indagar acerca de la naturaleza ectoplásmica de la fuente del sonido y se limitó a lo práctico:

—Pero, ¿puede hacer que el ruido cese?

—Disculpe, señor, pero sería una descortesía pedirle al fantasma del interno 42 que desista en sus operaciones espectrales.

Parpadeó un par de veces antes de replicar:

—¿Podría, al menos, cambiarme de sector o de butaca? Mi trabajo es muy importante y ese sonido me está desconcentrando.

El robot lucía como si le hubiesen solicitado que anulara la fuerza de gravedad o que invirtiera la sucesión del tiempo:

—¡Por supuesto que no, señor! Su ticket corresponde al asiento 1.708 pasillo-pasillo-pasillo.

—¿Y no hay otro asiento libre en todo el bus?

—Sí que los hay, señor. De hecho hay tres mil cuatrocientos cincuenta y dos



***Especial duodécimo aniversario.***

---

asientos vacíos.

—Entonces...

—Disculpe, señor, creí que había quedado claro: usted compró un boleto para el asiento 1.708 pasillo-pasillo-pasillo.

—¿Qué diferencia hay entre un asiento y otro?

—Ninguna, señor, salvo que el resto no corresponde al ticket que usted abonó.

Tomó una bocanada de aire, lamentó haberse olvidado los calmantes en la habitación del hotel, y respiró sonora, lentamente.

—En ese caso, véndame un boleto para cualquier otro asiento.

—Disculpe, señor, pero eso no va a ser posible, sólo se expenden boletos en la taquilla y hasta dos minutos antes de la partida del transporte de la Terminal correspondiente. ¿Puedo servirle en algo más?

El Hoh se quedó atónitamente mudo. Esperó a que el robot hiciese una reverencia y se fuera, y se dispuso a oír lo inevitable.

Y lo inevitable sucedió.

El golpeteo era frenético esta vez.

Cerró los ojos con fuerza, tomó a tientas su ábaco de turquesas e inició una nueva cuenta. Las palabras salían susurradas y apretadas entre sus dientes:

—Aserrín, lluvia y peróxido de sodio. Lucha, álamos y Huitzilopotchtli. Comezón, contrabajos y ejes cartesianos.

Pero el golpeteo interrumpía todo el proceso.

¡Era imposible concentrarse de esa manera!

Un fantasma ¡Qué tonterías! En realidad: ¡sí y no un fantasma «dependiendo del contexto»! ¿Qué estupidez era esa?

Arrojó el ábaco de turquesas sobre la bandeja del asiento, junto con el de obsidiana y el de feldespato que aún no había tenido oportunidad de utilizar.

Volvió a sacar su navaja láser, pero esta vez la encendió.

Cortó por debajo del piso del asiento y retiró con cuidado la plancha, hizo a un lado la maraña de tubos alveolados que servía de aislante (al parecer no tanto) y siguió el camino del sonido. Finalmente, cortó nuevamente plástico, esta vez de la carrocera.

Y allí estaba.

Las uñas enormes aferradas al chasis. El olor fétido. Los ojos rojos desencajados y llorosos. La textura casi transparente de su cuerpo. El doble hocico inmenso parti-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

do verticalmente. Y ese vapor blanco que siempre parece que exudasen.

¡Eso no era un fantasma! Era un jerko de Miapladus, la estrella gigante blanca.

—Disculpe, ¿qué hace ahí abajo? ¿Necesita que lo saque?

El jerko lo miró. Las azuladas venas moviéndose en aparente azar bajo su piel translúcida: trenzándose y destrenzándose. Los grisáceos cabellos tentaculados imitando el movimiento. La visión era entre espeluznante e hipnótica.

—*Llegó aquí entonces la palabra...* —susurró la criatura en su mente.

El Hoh lo observó fijamente, estudiando lo sucedido: un jerko —obviamente uno telépata—, estaba agarrado al chasis del bus —dentro del campo de inercia, por supuesto— y le recitaba el *Popol Vuh*. ¿Qué parte de eso tenía sentido?

—¿Podría, si fuera tan amable, decirme quién es usted? —inquirió al fantasma.

La voz se formó nuevamente en su cabeza:

—*No soy un Hoh, ni un Yac, ni un Quel, ni un digno-indigno Utiú; sólo soy un fantasma camino al Cielo.*

La referencia a su no inclusión en las cuatro castas creadoras, era una fórmula hiperbólica y vetusta para decir que no era humano: «ni cuervo, ni gato montés, ni cotorra, ni coyote», los co-creadores del hombre. Pero, ¿por qué un habitante del sistema Miapladus citaba los textos sagrados terrestres?

—*¿Acaso no podría ser yo un creyente?* —fue la respuesta mental del jerko.

—Óigame, señor fantasma, no sé si esto es natural en esta línea de autobuses, pero debo manejar los tres ábacos y sus golpes me están desconcentrando. Además, a fe mía que ya no podría continuar calculando tranquilamente, sabiendo que debajo del bus hay un ser vivo aferrado al chasis; así que, ¿por qué no me hace un favor enorme —que recompensaré, se lo aseguro— y entra al transporte? Yo lo ayudo, ¡venga!

Y mientras tomaba al jerko por un brazo, un grito terrible acompañado de tañer de campanas y truenos espantosos se formó en su cabeza, al par que la voz del jerko recitaba:

—*Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debía aparecer el hombre.*

Más *Popol Vuh*.

—¿Debo suponer que no quiere salir de debajo del bus? Bien. Pero, ¿podría, por piedad, dejar de golpear el piso?

La frase se formó, clara, en alguna circunvolución de su masa encefálica:

—*Debía llamar su atención. Al escuchar sus pensamientos, supe que usted era el enlace.*



**Especial duodécimo aniversario.**

---

—¿El «enlace»?

—Sí, entre el purgatorio 42 y el Cielo.

Ok, oficialmente estaba perdido.

El jerko siguió hablándole a su mente:

—*Está escrito que, en este vehículo espiritual, un hombre nos abrirá el camino de la salvación.*

—No quisiera desalentarlo, pero esto no es una especie de vehículo místico, es simplemente un autobús, un medio de transporte ordinario que recorre la superficie de un megaplaneta ordinario.

La boca vertical realizó una extraña contorsión que, analizándolo en la distancia, llegó a interpretar como una sonrisa. Aunque bien podía estar equivocado.

—*Lo es y no lo es. Es un bus común y no. Es un vehículo de salvación y no. Es un purgatorio mientras no llegue a su destino y no. ¡Tiene la señal!*

Y, mientras las últimas palabras del jerko desfilaban en su cabeza, vio cómo una de las garras del alienígena señalaba dos puntos que flotaban sobre su frente, al final de pequeñas antenas, y otros dos que hacían lo propio bajo sus quijadas.

Lo reconoció: el número 42 en idioma universal.

—¿Quiere decir que un simple número pintado sobre la superficie del ómnibus es lo que usted llama «la señal»?

El pensamiento extranjero en su mente era claro e iba acompañado de ruido de aguas borboteantes:

—*Es inevitable: dos veces dos soles; dos veces dos plixes en mi cara; dos veces dos puntos en el vehículo...*

Ahora empezaba a entender. Los símbolos atraían a los jerkos desde su mundo, como la llama a la polilla. Probablemente tuviese que ver con su capacidad telepática.

Pero, ¿por qué «fantasmas»?

—*Eso es sencillo* —sonó la voz en su mente y esta vez había una calidez como de sol de otoño y un olor a madera de eucaliptos quemada—: *yo no existo.*

Con un acto rápido y decidido, el hombre tomó al alienígena por un brazo, sólido y palpitante, y lo sostuvo con una mirada triunfal clavada en él:

—¿No existes, eh? ¡Jaque, mi interestelar Berkeley!

El olor fue a menta, primero, y a grasa de motores, después. Pero, antes de que pudiese responder algo, la pantalla-rostro del robot de protocolo estaba junto a su propia cara. El fino cuello había pasado por el hueco y ahora se encontraba a su lado, bajo el chasis.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Según la ley, señor, él es un fantasma. No tiene seguro social, ergo, no existe. Así como la ley respeta el derecho de los buguianos a autoinmolarse en la «sagrada lucha fútil», reventándose contra el parabrisas del bus, los fantasmas tienen el derecho a... «espantar». Pero, señor, creo que, al reconocerlo, usted ha interrumpido la pacífica no-existencia del nuestro.

El silencio duró unos segundos estirados y resinosos, luego de los cuales el Hoh explotó:

—¿Qué sitio de locos es éste? Leyes que reconocen fantasmas, robots de protocolo que se obstinan en explicar sandeces y un alienígena adherido al reverso de mi asiento que golpea para entrar al Cielo. ¿Es que nadie ve lo absurdo de todo esto?

La voz, llena de sensación a terciopelo, nació poco a poco en su cerebro:

—*Me ha reconocido, hombre humano. Mi purgatorio ha terminado. Al fin entraré en Paxil y Cayalá, la hermosa tierra, llena de deleites, abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas», el sitio que rebosa de cacao y miel, zapotes y chirimoyas, ciruelas y nances.*

¿El paraíso terrenal?

El Hoh volvió a sentarse, azorado, en su butaca.

Luego, la cabeza del robot se reintegró a su cuerpo y, finalmente, el jerko entró en el bus.

La cocodrilo-azafata estaba allí con un pasaje de cortesía, una almohada y un cóctel de bienvenida –de zapote– para el ex-fantasma.

El jerko agradeció y besó las manos del Hoh, para luego seguir a la zoomorfa (a la que, por cierto, encontraba muy atractiva, según se lo hizo saber) hasta el asiento 2.747 ventanilla-pasillo-ventanilla.

El robot seguía mirándolo con una sonrisa en su pantalla facial.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó, harto, el hombre.

—Disculpe, señor, pero debe acompañarme a la cabina-maletero.

—¿Cómo?

—Usted entenderá, señor, que reconocer a un fantasma es un delito federal. Después de todo, usted le ha otorgado entidad a un ser inexistente; por ende deberemos reportarlo a las autoridades policiales no bien arribemos a nuestro destino. Además, está el asunto de la rotura de la carrocería bajo su asiento.

»Pero, por favor, señor, no se alarme; seguramente le corresponderá una pena leve teniendo en cuenta que el jerko que reconoció iba camino al Cielo y no a Xibalbá.

El Hoh ya no pensaba. Tomó sus ábacos y siguió, como un zombi, al robot de protocolo. Por un instante se le ocurrió quejarse con el chofer, pero todos saben que



***Especial duodécimo aniversario.***

---

los choferes no cambian de idea una vez que consiguen tener una. Además, si estaba nutriéndose, no querría estar cerca del tanque de plasma y que uno de sus cilios lo confundiera, «por casualidad», con un bocadillo.

Mientras iba de camino al maletero pensó que, después de todo, allí estaría más tranquilo y podría terminar su trabajo en paz.

El robot protocolar lo acomodó cortésmente entre dos valijas allurianas (que, como todos saben, contienen sólo cosas plumosas como sus dueños) y se marchó.

El Hoh encendió una linterna de mano para iluminar las penumbras y se dispuso a continuar. Tomó el blanco ábaco de feldespato y entonó parsimoniosamente:

—Fantasmas, devenires y meniscos. ¡Bien, bien! Plumas, relojes y consecuencias. Mmmm... Astucia, eucaliptos y amperios.

—¿No cree que le convendría ir practicando?

La voz salía desde la profundidad de las sombras a su derecha.

El hombre dirigió la luz de la linterna en esa dirección.

Un ambigoano estaba allí; chato, multicolor y fascinante.

Los ambigoanos solían conseguir muchas cosas entre los humanos gracias a los diseños generados por su piel —con las longitudes de onda y los ritmos precisos como para embelesar a una persona—. Su poderoso sentido de la fivret los hacía detectar el patrón preciso para cada ser humano.

Caer en su poder significaba estar perdido.

El Hoh giró rápidamente la cabeza.

—Tranquilo, hombre —aclaró el ambigoano—, no estoy de humor para esclavizar-te. ¿Sabías tú que las azafatas de esta línea eran cocodrilos? ¡Buena la hice!

El hombre creyó captar el dilema:

—¿La membrana ocular extra, no? —dijo, aún sin mirarlo.

—Nop —repuso el alienígena—, no fivretean... Y además nos encuentran muy sabrosos. Cuando llegué al pasillo central, una de las muchachas no paraba de lagrimear. El robot me salvó la vida, hombre. Y tú, ¿qué hiciste? ¿También polizón?

—No, al parecer *reconocí* a un fantasma.

—¡Ay mierda! —exclamó el ambigoano— Bueno, siempre puedes alegar que él te leyó la mente, te hostigó, o algo así. ¿A dónde trascendió?

—¿Cómo?

—El fantasma, ¿a dónde ascendió: Cielo o Xibalbá?

—Cielo.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Eso es un atenuante.

—El robot mencionó algo similar, ¿acaso no son el mismo lugar?

—Bueno, sí y no. Depende del contexto.

¡Y ahí volvía la cantinela! Prefirió seguir en la oscuridad y apagó la luz. Después de todo, no confiaba en el ambigoano.

Así estuvieron un rato, en silencio y a oscuras, hasta que se le ocurrió algo:

—¿Practicando qué?

La memoria es buena en los ambigoanos:

—Su defensa, hombre. Pero creo que usted debería practicar otras cosas ahora, quizás su trabajo voluntario. Recuerde que la justicia trata siempre de compensar el equilibrio perdido.

Se escuchó un tic-tic-tic poco uniforme, por toda aclaración. Luego, el alienígena agregó, con esa risa forzada y agria que tienen los ambigoanos:

—¿Cómo se ve de fantasma del 42?

Un frío húmedo recorrió la espalda del Hoh.

—¿Us... Usted cree que es posible que me obliguen a cumplir el papel de fantasma? ¿Aquí, en este bus?

Se imaginó agarrado a la base del autobús, a miles de kilómetros por hora, golpeando frenéticamente para que alguien reparase en él. La náusea y el terror se apoderaron de su ser.

Sabía que viajar en ciertas líneas de autobuses constituía un verdadero purgatorio y que él debería purgar una condena, ¡pero esto era una locura!

La risa destemplada del ambigoano volvió a sentirse desde la oscuridad:

—Bueno, toda línea que se precie tiene un fantasma y usted les quitó el suyo... Pero, ¡no se ponga así, hombre! Piense que siempre cabe la posibilidad de que consiga ir al Cielo.

© Teresa P. Mira de Echeverría

TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA (Argentina, 1971). Es Doctora en Filosofía, trabaja como docente universitaria e investiga acerca de la relación entre la ciencia ficción, la filosofía y la mitología. Algunos de sus cuentos han aparecido en las revistas *Próxima*, *Axxón* y *NM*, y en varias antologías, entre ellas: *Terra Nova. Antología de ciencia ficción contemporánea* y *Psychopomp II*. También ha publicado artículos y ensayos en diversos medios especializados. Con *La trama del vacío* obtuvo el 2do. accésit en la categoría Ensayo del *III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas*.



## SIEMPRE TE PUEDES MARCHAR

*por Raúl Alejandro López Nevado*

¿Es el libre albedrío una ilusión o el resultado de millones de decisiones tomadas una consecuencia de otras desde la aparición de la primera partícula subatómica y como consecuencia de las Leyes de la Naturaleza? Nuestras decisiones son el resultado de un conjunto de choques atómicos al azar y la historia humana tiene leyes de las cuales no puede escapar

—**S**

iempre te puedes marchar.

—Pero la cuestión es que no me quiero marchar. Soy tan selenita como ellos, tengo el mismo derecho a quedarme.

—Bueno... los selenitas auténticos tienen el lóbulo de la oreja alargado y tú no.

—Los selenitas auténticos somos los nacidos en la Luna, lo del lóbulo es una característica que se han sacado de la manga para distinguir entre los hijos de inmigrantes marcianos y los hijos de selenitas.

—Pero no entiendo. ¿Dónde está el problema? Te operas el lóbulo, como están haciendo la mayoría de los que no lo tienen alargado, y nadie volverá a señalarte.

—Si te operas el lóbulo, no faltará quien note que no es natural, que estás operado. En el mejor de los casos serán condescendientes contigo. Te tratarán con la condescendencia de un padre que felicita a su hijo porque ha hecho sus deberes.

—Pues vente a la Tierra y olvídate de la Luna. Aquí nadie te tratará así.

La mujer y el hombre guardaron silencio durante unos segundos. A su alrededor se elevaba el murmullo de las mil voces del espaciopuerto. La mujer abrió la boca para decir algo, pero el hombre la interrumpió:

—¿Has visto a aquel tipo? —Señaló a un hombre entre la multitud, que se había parado a observarlos.

—Sí. ¿Lo conoces?

—No —frunció el ceño y miró al hombre fijamente hasta que éste apartó la mirada—. En Marte o en la Tierra me encuentro con esto todo el rato: imbéciles que me miran con desconfianza porque se han dado cuenta de que soy selenita.

—Es leve, pero se te nota un poco en la manera de gesticular.

—Lo sé. Podría disimularlo. Imitar las maneras de mis padres marcianos. Estoy seguro de que nadie se daría cuenta; pero creo que no tengo nada de que avergonzarme, soy selenita a pesar de los imbéciles selenitas y de los imbéciles marcianos.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

La mujer sonrió y le tomó la mano.

—Vamos. No le des más vueltas, ahora estás en la Tierra.

—Sí. Te ruego que me disculpes.

—No te preocupes, lo entiendo, el tipo de la aduana no fue muy simpático.

—A eso es a lo que me refiero y ése ni siquiera es selenita.... ¡Ha nacido en la Tierra, qué sabrá él de lo que ocurre en la Luna! En fin, mejor olvidarse.

Salieron del espaciopuerto a un gran parque lleno de árboles tropicales. Los caminos estaban salpicados con esculturas de figuras míticas en mármol. En el centro del parque, se erguía con majestad una figura de Salma Ayala, el primer ser humano en establecerse con éxito en Marte.

—Es como la vieja Roma —dijo el hombre abarcando con los brazos todo el horizonte.

—¿El jardín?

—No, me refiero a la Tierra. Dicen que en la vieja Roma era imposible sentirse extranjero, al menos lo era para los europeos y sus descendientes.

—Todos conservaban en sí algo de ella que los había dominado.

—No sólo los había dominado, los había esculpido a su imagen y semejanza. La Tierra ha hecho eso mismo con la Luna y con Marte, y ahora lo está haciendo con Venus.

—Lo ha hecho en un sentido literal.

El hombre sonrió, como si acabara de caer en la cuenta.

—Claro, la terraformación; pero ahora no me refería a eso...

Dejó sus palabras en el aire, de repente no le apetecía seguir hablando del tema, había venido a la Tierra a disfrutar de la belleza del planeta y de la de Marta. Por unos días, al menos, quería dejar atrás las mezquinas rencillas entre marcianos y selenitas, dejar atrás su nacionalidad, no tener que reafirmar su identidad ante nadie y sentirse simplemente humano. El hombre inspiró con fuerza, dejando que aquel aire puro y cargado de oxígeno le llenara los pulmones:

—Ningún lugar en toda la galaxia olerá jamás como la Tierra —dijo el hombre.

—Eso no lo podrás asegurar hasta que no hayas olido todos los lugares de la galaxia.

Los dos rieron. Era la vieja broma acerca de la debilidad del conocimiento inductivo frente al deductivo. Él era un inductor y ella una deductora, lo habían sido desde pequeños. Había quien tenía que aprenderlo, pero para ellos era innato. Se abrazaron y él la besó en la frente. Era bueno volver a estar junto a ella.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

\*\*\*

La habitación del hotel era como la recordaba. Las cosas cambiaban despacio en la Tierra, a pesar de estar ya en pleno S. XXIV, la moda en el mobiliario seguía siendo la de principios del XXIII. No le disgustaba, aquel desfase le producía un cierto tipo de serenidad, como si en realidad sus vacaciones se produjeran no sólo en un lugar distinto de la Luna, sino en un lugar distinto también de su propio tiempo.

Marta acababa de marcharse. Habían hecho el amor. Se habían tocado y acariciado y él había entrado dentro de ella. Como los antiguos, como los animales. Como sólo algunos terrícolas seguían haciéndolo. Se alegraba de que Marta siguiera siendo de éstos. Cuando le había alargado el casco, ella le había dicho «¿bromeas?» y había posado sus labios en los suyos. Luego todo había sido rápido y lento a la vez, demasiado intenso para sus mortecinos sentidos selenitas.

Ahora contemplaba el techo con la vista perdida. El ordenador central de la habitación intentaba adivinar sus deseos y complacerlo con la proyección de imágenes en el punto en que se fijaran sus pupilas. La tecnología es una fútil imitación de la cultura, pensó mientras observaba los inútiles intentos del ordenador, y ésta, siguió pensando, una fútil imitación de la vida. Se levantó.

—¿Puedo ayudarle en algo, Pablo? —dijo una voz en su cabeza.

—Para comenzar, no uses el microauricular, prefiero oírte por los altavoces normales. El microauricular me hace sentir esquizofrénico.

—Como usted desee, señor —dijo el ordenador resonando ahora por toda la habitación.

—Mucho mejor. ¿Ha llegado ya mi equipaje?

—Por supuesto. Estaba esperando que me preguntara para clasificárselo.

—No será necesario.

—Pero...señor, el método manual es mucho más inef...

—¡He dicho que no será necesario!

—Como usted desee, señor.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Vuelve a desconectarte.

—¿Va a volver la Srta. Marta?

Iba a replicarle que no fuera indiscreto, pero se lo pensó mejor y dio una respuesta ambigua. El ordenador grababa todas sus interacciones con los clientes del hotel. No las palabras del cliente, eso hubiera sido ilegal, pero sí la parte de la conversación



***Especial duodécimo aniversario.***

---

que le correspondía. Era mejor ser precavido, no levantar sospechas, a parte de que era una tontería, el ordenador no podía ser verdaderamente indiscreto, era una pregunta carente de toda emoción objetiva.

—Sí. La espero en un rato, y nos gustaría estar solos.

—Como usted desee, señor.

Un clic anunció que el ordenador se había apagado por completo, para reiniciarlo habría que pulsar un interruptor. Por fin estaba solo. Se levantó y fue hacia el armario en el que debía aguardarlo su equipaje. Sacó la maleta y dejó que ésta le leyera la retina. Se abrió y allí estaba, brillante y misteriosa como el primer día aunque un poco eclipsada ahora por la comparación con su original.

\*\*\*

En la oficina, Marta seguía con sus deducciones. En ocasiones, pensaba que era sorprendente que le pagaran por ellas. No les encontraba ningún mérito, ninguna grandeza, consistían tan sólo en clarificar lo que de entrada ya era evidente. Dadas unas determinadas premisas, era imposible no sacar una determinada conclusión. Nada de magia, nada de misterio, simple lógica. Y sin embargo, en aquel mundo de locura en el que los símbolos habían pasado a sustituir a las cosas, y éstas se habían ido olvidando tras el manto de las simulaciones, la lógica se confundía con la magia.

Tomó el siguiente expediente: hombre, casado, dos hijos, aerodeslizador azul; las conclusiones saltaban a la vista, iba a morir en cinco años, de un infarto, nada que ver con el vehículo, se lo podía asegurar sin ningún problema. Para deducir conclusiones del siguiente expediente le bastó con ver el nombre de la clienta: Helena, padres obsesionados con la antigua Grecia, muchacha hermosa, pero tímida, intentaría quitarse la vida después de un desengaño amoroso, acabaría casándose con un hombre apuesto pero rozando la estulticia, tendrían una hija a la que llamarían Diana, tendría los ojos verdes, sería escritora, y ganaría el premio Nobel tras cinco novelas sobre la vida de su madre... Marta tuvo que apartar la vista a la fuerza para no seguir hollando en la existencia de aquella chica desconocida cuyo futuro acababa de vislumbrar. Ni siquiera aquello escapaba a su comprensión, igual que la gente normal se siente más inclinada a leer cierta literatura en lugar de otra, su habilidad deductora sentía más cariño por la vida de ciertas personas que por la de otras. Cuando esto pasaba, únicamente podía ponerle fin al caudal de visiones apartando violentamente la vista y la mente.

Le había ocurrido con Pablo. Justo antes de sonar el teléfono, había sabido que era él, que venía de visita a la Tierra, que harían el amor, que se quedaría embarazada y que Pablo la había replicado en un vientre materno capaz de llevar a su hijo en un viaje hasta los confines de la galaxia, donde comenzar de nuevo una humanidad alejada de todos los errores de la actual. Había sido una milésima de segundo. Había



***Especial duodécimo aniversario.***

---

mirado el teléfono, aun en silencio, y había visto todo aquello y la historia completa de aquella humanidad, sus grandezas y sus miserias; sus guerras, porque las habría; sus amores, porque también los habría; las grandes pasiones de su historia, y un lejano momento en el que descubrirían la Inducción y la Deducción y comprenderían su origen. En este punto, el teléfono, que había comenzado a sonar, había detenido sus visiones dejándola con la impresión de que algo sutil se le había escurrido entre los dedos de la mente.

Era Pablo, le anunciaba lo que ya sabía, omitía lo que él mismo ignoraba y lo que no había querido explicarle. Lo había escuchado en silencio, anticipando sus palabras, musitándolas en silencio con una suerte de satisfacción y terror por la exactitud de sus conclusiones. Quedaron en que ella lo recogería en el espaciopuerto, no comentaron nada de lo que pasaría a continuación, Marta lo sabía y sabía que Pablo lo anhelaba.

Pasó al siguiente expediente: «hombre de las cavernas» Felipe, soltero, católico, homosexual... Volvió la vista atrás intentando averiguar que era lo primero que estaba escrito: sí, «Felipe», ése era el nombre; pero antes del nombre, una voz había resonado en su mente y había dicho algo. Volvió a leer el expediente, intentando deducir qué podía haber musitado aquella voz en su cabeza. «Hombre de las cavernas», sí, había sido aquello, ahora se daba cuenta con total seguridad. Aquel hombre estaba muerto, pidió al ordenador que lo comprobara y se lo confirmó. El hombre de las cavernas que se había mezclado en sus pensamientos no tenía nada que ver con él, había sido un intruso en su mente; pero por primera vez no supo si se trataba de una premisa o de una conclusión, de un recuerdo o una premonición.

\*\*\*

Habían vuelto a hacer el amor. Marta yacía a su lado y Pablo no podía dejar de pensar en lo imperfecta que era su réplica. Permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad del dormitorio.

—¿Duermes? —Le preguntó Marta.

—No.

—¿En qué piensas?

—¿Es una pregunta retórica, o en verdad no lo sabes?

Marta se volvió hacia él y le acarició el pecho en la oscuridad:

—Responde —dijo Marta—, quiero oírlo de tus labios.

—Pensaba en que aún estamos muy lejos de conseguir buenas réplicas humanas y aun así tal vez sean nuestra única salvación.

—Pero sabes que estás equivocado, ¿verdad?



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Puede ser; pero hasta ahora no he encontrado una sola cultura que merezca la salvación...

—Y con tus inducciones, concluyes pues que no hay cultura alguna que merezca salvarse.

—No es tan sencillo. Tú lo sabes.

—No. No lo sé, por eso quiero que tú me lo digas. Que me expliques por qué quieres que tengamos un hijo y enviarlo a los confines de la galaxia.

Pablo guardó silencio durante unos minutos. Marta podía oír su respiración jadeante mientras intentaba ordenar sus ideas.

—Debí imaginar que no podría ocultártelo. ¿Hasta dónde sabes?

—Sé lo de mi réplica. Sé que esperas que comprenda que es lo mejor para nuestro hijo y para la propia humanidad; un lugar nuevo, un mundo nuevo, alejado de toda la maldad de lo que conocemos...

—Así es.

—Pero también alejado de toda la bondad.

—Esa parte es la que espero que tú me proporciones. He intentado replicarte de la manera más perfecta, para que el vientre que lo lleve sea lo más parecido a ti, y en tu imagen, el pequeño comprenda la bondad y la esperanza.

—Un bebé criado por un robot. ¿Qué clase de esperanza puede haber para él?

—No estará solo.

—Lo sé. También estás buscando a otras parejas dispuestas a donar a su hijo. No quieres recurrir a los bancos de embriones porque quieres conocer a los padres personalmente.

—Sólo son necesarios seis bebés, tres niñas y tres varones para que una nueva humanidad prospere.

—Lo sé. Y sé que esperas que el suyo sea un mundo de amor en el que a nadie se lo margine por su origen. Pero también sé que eso sólo durará una generación.

La voz de Pablo se hizo más dura:

—Una sola generación sin ese odio ya es mucho mejor que lo que tenemos nosotros ahora.

Marta abrió la boca para replicar, pero en ese instante la asaltaron nuevas conclusiones. Vio la terraformación de Venus y algo que fallaba, un error que mataba a cien millones de colonos en un abrir y cerrar de ojos; y vio a la Tierra, la Luna y Marte enzarzados en una lucha suicida culpándose los unos a los otros por la tragedia. Intentó arrancar su mente de aquellas visiones pero las imágenes continuaban



***Especial duodécimo aniversario.***

---

inundándola, reclamando su derecho a ser contempladas. Eran un torrente de sangre y fuego; de odio, muerte y desolación. Un río que arrostraba toda la humanidad a su paso y que no podía dejar de mirar. Lo contempló hasta que la última hoguera se hubo extinguido y la última gota de sangre humana se hubo vertido. Entonces, vio y no vio, el nuevo mundo formado por su hijo y sus compañeros, una nueva humanidad en un nuevo edén, un mundo que se volvería amargo con el paso de los años y en el que también tendrían lugar la guerra, la destrucción y la muerte; pero un mundo virgen por el momento; una nueva oportunidad para todo el género humano de no volver a cometer los mismos errores que en la Tierra. En ese punto su visión se tornaba borrosa, ante ella se abrían tres caminos que se sobreponían y se confundían entre sí. Los dos primeros eran extremos, salvación o muerte. En el tercero, una mujer se volvía a enfrentar a la decisión a la que se enfrentaba ella en ese preciso instante.

—Está bien —dijo Marta al fin, sin saber si había pasado un segundo o un millón de años desde la última vez que había hablado—. Tienes razón, nuestro hijo se lo merece, el mundo entero se lo merece.

© *Raúl Alejandro López Nevado*

Raúl A. López Nevado es el autor de las novelas: [Antes del Primer Día](#), editada por Espiral CF, y [La Biblia del Chisme](#), que se está publicando actualmente en formato serial, con periodicidad semanal en [El Sitio de Ciencia-Ficción](#). Ha publicado relatos y poemas en [Alfa Eridiani](#), [Axxón](#), [Revista Digital miNatura](#) y [Planetas Prohibidos](#) entre otras publicaciones. Se pueden seguir todas sus novedades en su blog: [¿Sueña Alonso Quijano con Cervantes eléctricos?](#)



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## SIN MÍ

*por Juan Herrera Oteiral*

**Y un día la magia llegó a la Tierra, entonces los humanos cambiaron y la sociedad siguió igual, todo gracias a la magia que llegó del cielo.**

**A**l diablo con todo... sólo quiero que me devuelvan mi cuerpo. Ahora que escribo estas líneas todo me parece normal porque ya me he acostumbrado pero escuchar esa voz era una sensación desagradable porque no era la mía. Mis manos demasiado largas y huesudas, una nariz demasiado marcada, las piernas encorvadas hacia dentro y las rodillas sobresalientes, además de ser muy delgado y alto. Mi cabeza con pelo rubio enmarcaba un rostro de nariz aguileña, ojos azules y frente prominente, vamos, nada que ver con lo que yo había sido hasta entonces. Pero el enano que me miraba desde el otro lado del mostrador parecía importarle poco mi angustia por estar en otro cuerpo. No le importaba nada y por su actitud al estar cruzado de brazos con los pies encima de la mesa de su despacho, no tenía la más mínima intención de ayudarme.

—Si quiere se lo vuelvo a contar todo desde el principio —dije en tono más calmado.

—No hace falta amigo. Su problema no tiene solución en mi departamento. ¿Por qué no prueba en Atracos Corporales?

—De allí es de donde vengo. Me dijeron que pusiera una denuncia y luego que pasara por aquí y que usted, el de Suplantaciones, podría ayudarme e iniciar las investigaciones pertinentes. Usted es un premonitor y debe saber dónde está mi cuerpo y la mente de ese tipo que se ha enquistado en él.

El enano pareció recapacitar ante mi protesta y bajó sus pequeñas piernas del escritorio. Se soltó un poco la corbata de su traje de mil créditos y encendió un cigarrillo de algas.

—Creo que va a ser muy complicado y que va a ser difícil dar con él. Son entes que cambian de cuerpo en cuerpo. Incluso dudo que el que tiene usted ahora sea el de su ladrón. El rastreo en estos casos es dificultoso por no decir... costoso.

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea, señor Robinson. Además si ha abandonado mi cuerpo, ¿no es más fácil encontrarlo? El que tenga mi cuerpo denunciará al que se lo haya quitado cuando quiera recuperar el suyo, eso espero...

—Entonces no hablemos más, me pondré en contacto con mis agentes. Ya que hace falta algo más que simples premoniciones para encontrar a un suplantador. Todo sea que no le pase nada a su cuerpo. A veces en la lucha, la mente muere o el huésped es más poderoso y anula a su contrincante y ya sabe... los cuerpos se des-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

componen, por eso no debemos perder el tiempo si queremos recuperarlo.

Para ser un duende era bastante decidido y por un momento pensé que hubiese sido un buen jefe o director de su empresa de no ser por el puesto que ocupaba. Estreché su pequeña mano henchido de confianza y salí de su austero despacho –que nada tenía que ver con su traje– con la velocidad del rayo, pues el cansancio de las horas sin dormir hacía mella en mi frágil salud.

Volví a mi alojamiento en un taxi que conducía una especie de elefante azulado, regresé al Hotel Cadabra y cuando me tumbé sobre la cama de mi habitación me quedé dormido. Cuando ocupan tu cuerpo y tú ocupas el de otro, siempre queda algo de la mente del habitáculo. Una especie de poso que en los momentos de inconsciencia queda a merced de los sueños de la nueva mente que ocupa ese cuerpo. De esta guisa pude ver imágenes, flashes y recuerdos del individuo que me había robado. Un berenjenal de sueños que no sabía muy bien interpretar ni ubicar; sentimientos y pesares que el ladrón había dejado como calderilla emocional. Sin duda, un lastre del que se quería deshacer de forma inconsciente, pues sabía perfectamente que así dejaba muchas pistas a sus perseguidores. Pude ver que había tenido una infancia desgraciada, que no le habían aceptado ni siquiera en su familia. Pero lo que más me llamaba la atención fue la explosión. No era una explosión real, eso lo supe desde el principio, era una deflagración provocada en la imaginación del ladrón. Una especie de deseo que culminaba en una llamarada explosiva que ascendía a los cielos dando destellos amarillos y azules como el aliento de un dragón gigante y que volvía a consumirse para meterse dentro de una mancha oscura de pequeño tamaño que engullía toda la destrucción.

Me quedé como estaba y no me pareció importante comentarlo con nadie ni siquiera con el señor Robinson. No le di ninguna importancia. Recapacitando llegué a la conclusión de que la única manera de no volverme loco era hacer mi vida tal y como la conocía, al menos, hasta que el duende tuviese noticias de mi cuerpo.

Trabajaba en el Centro de Control de Magia a las afueras de Nueva Camelot. Era un analista en lo referente a la Caja de Pandora. Un puesto privilegiado pues era una de las pocas personas que habían visto la Caja en el mundo y mi labor consistía en recopilar toda la información sobre ella que se publicase en cualquier lugar y esbozar hipótesis más o menos imposibles que nadie creía para luego elaborar teorías que no llegaban a ninguna conclusión importante. Si hace unos años, antes de la apertura de la Caja, les dicen que le iban a pagar créditos a un humano por hacer semejante trabajo se hubiesen reído de lo lindo, pero después de la apertura del artefacto, digamos que todo fue distinto. El año cero de la Caja, la fecha exacta, es difícil de decir pues hay numerosas teorías que tratan de establecer con exactitud cuál fue. Unos dicen que equivale al 2017 y otros al 2018. Ríos de tinta corren en sentido inverso. Unos sostienen que fue en el último minuto del 2017 y otros defienden que fue en el primer minuto del 2018, sin que ninguna de las dos facciones se pongan de acuerdo. Si les digo la cantidad de tesis doctorales que se hicieron con ello no pararía hasta



***Especial duodécimo aniversario.***

---

dentro de cincuenta años, dos semanas, tres días, doce horas, cuarenta minutos y doce segundos para ser exactos. La Caja, independientemente de la fecha, fue abierta y eso llevó a... según unos a una nueva era, de hecho se cambió la fecha del calendario, para los más conservadores, llevó al apocalipsis. La Caja de Pandora trajo la magia. El planeta Tierra cambió por completo. De un día para otro todo lo excepcional, extraño, desconocido y que sólo había llegado a formar parte de nuestra imaginación pasó a ser algo normal y ordinario, por decirlo de alguna forma, casi doméstico. La magia es una fuente de energía de tal magnitud que liberó a un sinfín de seres que jamás habían pisado la tierra, de objetos mágicos hasta aquella fecha impensables. Ya no hacía falta trabajar cuando todo acudía a ti con un chascar de dedos. Fue una anarquía gloriosa que el mundo girase bajo las órdenes de un niño caprichoso o que los magos tuviesen capacidades más allá del ilusionismo, el que no era nadie fue todo y el que era todo fue nadie pues la fuerza venía del que tenía más imaginación. A mí me pilló de bebé pues había nacido tres meses antes de que se abriese La Caja de Pandora y mis padres temerosos huyeron hacia las montañas sin darse cuenta de que ya estaban llenas de duendes, hadas, magos, dragones, animales parlantes e inteligentes. Como mis padres, había mucha gente que decidió crear (ya que a falta de imaginación buenas son las instituciones burocráticas) un sistema de control de la magia donde todos tuviesen cabida. Como a lo mágico nada le importaba lo administrativo se fue convirtiendo en sistemas controladores de los que, con la mayoría de edad, llegué a formar parte.

En resumen, me pasaba el día y algunas noches, ya que trabajaba a turnos, contemplando no sólo todo lo que se decía y escribía de La Caja, sino también contemplando la misma caja.

Nada del otro mundo, de verdad, es sólo un cubo de azabache de unos cincuenta centímetros de lado sin ninguna marca y del que se desconocía tanto su procedencia como quien la abrió (de eso también se ha escrito mucho y no se ha llegado a ninguna conclusión y eso que sigue siendo objeto de intensos debates televisivos de máxima audiencia).

Claro que si vuelves al trabajo con un cuerpo que no es el tuyo el primero que te da el alto no es tu jefe sino el guardián de la garita. Un toro bravo de aspecto tosco que apenas entraba en el uniforme verde de la agencia.

—No puede pasar.

—Soy yo, Max —dije convencido

—Conozco a Max. Usted no es él.

—Eso tiene explicación. Estoy en otro cuerpo.

—Claro y yo soy un primo de buey...

—Estas cosas suceden. Si compruebas...

Después de media hora y de consultar con los servicios centrales de seguridad



***Especial duodécimo aniversario.***

---

me dejaron acceder al recinto. Lo mismo me sucedió con todos los compañeros de trabajo hasta que el director explicó quién era yo y la importante diferencia entre un cuerpo y una mente; algo que por otro lado a mí me parecía más que evidente.

La amplia sala de la Caja de Pandora, nombre que pusieron los escépticos al artefacto de procedencia desconocida que liberó la mágica energía por todo el universo, era una amplia sala de forma cúbica también y unos quinientos metros de altura, reforzada con acero blindado y en cuyo centro se encontraba una esfera de cristal llena de cables en cuyo interior flotaba la Caja gracias a un campo magnético que la aislaba. Y por supuesto permanecía cerrada. Muchos pensaban que si volvía a abrirse podría liberar tanta energía que el equilibrio quedase alterado y provocase graves problemas en el planeta.

Tenía mucho trabajo acumulado. Demasiados informes sin leer y sin reseñar a la Oficina Central por lo que, al darme cuenta que tenía muy buena visión en el cuerpo nuevo, me dediqué a quemarme las cejas hasta que el señor Robinson vino a verme a última hora de la noche.

—Tengo noticias.

—Desembucha.

—Tu cuerpo al menos no ha salido de Nueva Camelot. Creo que se encuentra muy cerca.

—¿Dónde? Yo mismo iré a buscarlo porque paso de los Agentes de Seguridad — dije impaciente.

—Tú mismo. Me doy por despedido pero no sin antes decirle dónde está y explicarle por qué método consiguió quitarle su cuerpo.

—Supongo que algún conjuro nuevo o algo similar.

—No, nada de eso, ese ser posee un ópalo de Chitipur. El que lo tenga puede cambiar de cuerpo cuando quiera. Por eso sea inteligente y recupere la piedra antes de enfrentarse directamente a su cuerpo con la mente de un peligroso sociópata. La dirección es Avenida de Cambios Número 2, es una vieja casa abandonada. Mis agentes lo han estado siguiendo hasta allí.

Le dejé con la palabra en la boca y salí de la sala de la Caja, pasé del toro de la entrada que me gritó que me detuviese.

—¡Espere! Usted ¿Quién es?

No iba a perder más tiempo con aquel toro estúpido pero me di la vuelta y le amenacé.

—Espero que el jefe te eche, eres el peor guardia de seguridad de Nueva Camelot.

—Pero si ya ha recuperado su cuerpo...

—¿Cómo dice?



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Que acaba de entrar ahora con su cuerpo nuevo, vamos el de toda la vida, luego usted que está ocupando ese cuerpo, no sé quién es. Así que deberá esperar a que le identifique de nuevo, a usted sí, a su cuerpo no...

Escapé corriendo de nuevo al interior de la nave. Lo que menos pensaba el ladrón de mi cuerpo era que iba a volver a incorporarme al trabajo tan pronto. Mi cuerpo era una llave para entrar en el recinto, para acceder a la Caja.

Por el camino me encontré con Robinson y le expliqué todo muy rápido mientras corríamos por los pasillos e íbamos llamando a los guardias que veíamos.

En la sala de la Caja, mi cuerpo y su ladrón, estaban disparando contra los científicos, los analistas y los agentes. En unos minutos los había matado a todos con una pistola de ultrarrepetición. Era un asesino muy bueno y hubiese acabado con nosotros de no habernos tirado al suelo. Como estábamos lejos, el ladrón obvió nuestra presencia pues no tenía planes de volver a salir de allí sin antes conseguir su objetivo. Se acercó a la esfera de cristal con los cables y la rompió, la caja dejó de estar suspendida y cayó al suelo.

Vi cómo mi cuerpo se deshacía bajo la luz de la Caja cuando fue abierta por el ladrón. Una enorme tromba de energía luminosa salió dejándonos ciegos durante unos instantes y luego desapareció de golpe; la tapa había caído de nuevo y fue entonces cuando todo cambió.

Mi cuerpo pasó a la historia como la carcasa del primer y último terrorista mágico de la historia. Por supuesto la magia desapareció, aunque no toda, me quedé con el ópalo de Chitipur como recompensa por los daños infligidos a mi ser. Quién sabe si algún día encontraré un cuerpo adecuado aunque siempre implica eliminar la libertad de otro. Nunca me atreveré. Decidí escribir estas líneas para poner en claro todas las cosas que me han pasado y ahora, alguien llama a la puerta de mi habitación...

—He venido a recuperar mi cuerpo —dijo el verdadero dueño de mi carcasa.

Me levantó y voy a abrir la puerta. Pienso que al final no se está tan mal. Abro la ventana y salgo por la escalera de incendios. No pienso quedarme para averiguarlo. En mi puño cerrado aprieto el ópalo de Chitipur. Mientras quede algo de magia... hay esperanza.

© *Juan Herrera Oteiral*

Juan Herrera Oteiral nació en Asturias hace treinta y muchos años, aficionado de niño a la lectura, donde se encuentra más a gusto como lector y creador es en el ámbito de la Ciencia Ficción, Fantasía y Terror. Publicó por primera vez de la mano de Juan Antonio de Blas en los cuadernos CEP y colaboró de forma ocasional con Ediciones Efímeras, Ediciones Parnaso y quedó finalista del Primer Premio *Ovelles Electriques*. No deja de escribir para exorcizar sus temores.



**Especial duodécimo aniversario.**

---

## TEORÍAY KAOS

por Javier Fernández Bilbao

Tratar de preservar la privacidad es un asunto delicado, en especial si tratas de huir de algo o alguien. Como sea el caso, siempre cuesta mucho dinero, esfuerzo y que alguien te ayude, como de lugar.

[Archive 01-3152138 / Sabinus Mackenzie (Mackenzie, general electrodynamics & aeronautic workshop).]

[...] Llevo treinta años en este negocio y puedo decir que he visto casi de todo, pero nunca alguien que insistiera tanto en pagarme por adelantado. Ni mucho menos es lo habitual, al menos por estas latitudes. Su nave lanzadera tenía bastante tocada la cubierta exterior. Aparecía llena de abrasiones, con placas cerámicas hechas polvo y antenas fritas. Una chapuza bastante cara. En esas condiciones no hubiera llegado mucho más lejos, desde luego. No era asunto de mi incumbencia, así que no pregunté. Aunque saltaba a la vista que eran destrozos producidos por un rayo de partículas, típico de los satélites de interceptación exoatmosférica de la Tierra. Yo diría que ese tipo escapó por los pelos. Sospeché que podía tratarse de un contrabandista... quizá alguien dedicado a introducir inmigrantes ilegales en las colonias. Pero como ya le dije, no era asunto mío. Yo sólo reparo estos cacharros, no me importa el tipo de uso que le den ahí afuera, ¿comprende? En fin. Le dije que tardaría seis semanas en arreglarla. Tres semanas para recibir las piezas nuevas y otras tres para montarlo todo en su sitio. Pero no quedó conforme y volvió a insistirme otra vez. La quería arreglada en la mitad de tiempo. Eso, enténdame, era virtualmente imposible. Aunque luego, como buenos hombres de negocios, pudimos llegar a un acuerdo. Ahí detrás hay otra veterana *Dragonfly*. Una nave pequeña y rápida. Perfecta para maniobrar sin llamar la atención de las patrullas orbitales. Y por suerte, un aparato bastante común. Sólo tenía que cambiar las piezas de un sitio a otro. Además, ese otro cliente aún me debía un apaño, por lo que pensé que no le importaría esperar. Su hombre se dejó ver por aquí dos o tres veces más. Quería estar al tanto de cómo marchaban las reparaciones. Y exactamente al cabo de tres semanas tuve listo su transporte. Me comprometí, y cumplí mi palabra. Pero ya ve... tanta urgencia para nada. Ahora es cuando se presenta usted haciendo preguntas... Espero que no le pase nada malo, pero hay una cláusula que establece una penalización por cada día que se prolongue la estancia en el taller. Yo soy de natural desconfiado, así que, por lo que pudiera pasar, me guardaré la documentación de la lanzadera. La nueva deuda va a aumentar rápidamente, y si no regresara de aquí a unos meses, es probable que tenga que responder con su nave. Quiero que encuentre a ese tipo, desde luego, pero... esta vida me ha enseñado que hay que ser prácticos, ¿entiende lo que quiero



***Especial duodécimo aniversario.***

---

decir, verdad?

*[Archive 02-3162138 / Mathilda Cranford (Milky Way Motel. Take cheap and comfortable stay).]*

[...] Aquí está. Vea el registro. Nightingale, George. Alquiló una habitación por tres semanas. Sí, recuerdo que hizo el pago por adelantado. Sólo puso una condición: que no le molestaran por las mañanas. Ese hombre llegaba a altas horas de la madrugada, permítame decírselo, en no muy buenas condiciones. En realidad lo vimos muy poco por aquí. Bueno, si exceptuamos la vez que permaneció dos días sin salir de su habitación. Aquella vez no regresó solo, ¿comprende? ¿Qué si conozco a la persona que lo acompañaba? No tengo una buena memoria... aunque, claro está, el color verde siempre ayuda a recordar... Pues verá: llegó del brazo de una guapa señorita; cosa que por otra parte aquí no es extraña. Mire a su alrededor: cruceros interestelares, naves de paso... tripulaciones que se toman un descanso, viejos verdes con mucho dinero y ganas de nuevas experiencias... Esta estación se nutre de las prostitutas y de los casinos de juego, más que de los cargueros que arriban para repostar o hacer mantenimiento. Pero su hombre no encaja en ese grupo, ¿verdad? Una estación fronteriza siempre está en el punto de mira de la policía orbital. Créame, usted no es el primero que viene haciéndome preguntas. Por lo demás, ya estoy muy acostumbrada a ver llegar a esas chicas acompañando a mis clientes. En este caso evanturiana. No, no podría equivocarme. Su físico es algo peculiar. Pero hay muchas como ella trabajando en los clubs de la estación, así que me sería imposible reconocerla. Entre usted y yo... le diré algo: no son chicas de fiar. Las prostitutas nunca son de fiar. Especialmente si vienen con mafias de otros sistemas. Mi marido se largó con una Yith llevándose consigo nuestros ahorros de veinte años... pido cada día porque ese cabrón se consuma eternamente en brazos de Azatoth... Perdone. Me estoy yendo por las ramas... de todas maneras, a nadie le importa lo que a mí me pase. En fin. Cuando los vi llegar juntos, pensé: otro al que va a acabar pesándole la juerga. Los aturden de una sacudida. Les roban hasta la camisa... ¿es necesario que siga? ¿Denunciar? ¿Para qué? Apuesto a que adivinará pronto quiénes son aquí los más fáciles de sobornar. Pero no, no me pregunte más. No quiero líos. Eso es todo lo que puedo contarle. Así que, si no le importa, ahora tengo muchas cosas que hacer...

*[Archive 03-3172138 / Ms. Eclipsia (Club Planet X - Exotic girls – Striptease).]*

[...] Deberá invitarme a una copa; aunque le advierto que el precio será alto... ¿El tipo de la foto? Sí, lo reconozco. George no sé qué. Era habitual verlo por aquí los fines de semana. No tenía nada de particular. Se quedaba a vernos bailar y a veces nos metía un billete de veinte entre las bragas. Después del espectáculo podía irse con cualquiera de nosotras, no hacía ascos a ninguna. Blancas, morenas, piel de leopardo, translúcidas, híbridas... Tomaba un par de copas, subía a follar y hasta la próxima vez. La mayor parte de los tíos con los que alterno son unos perversos. Pero no era el caso. ¿Por qué lo recuerdo tan bien? Cariño, no es el primer cliente que



***Especial duodécimo aniversario.***

---

me vomita en la cama, pero sí el primero que se me queda dormido encima. Pues como le iba diciendo, al final ese tal George me dio un poco de lástima. No debió ser su mejor noche. Tenía una fea herida en la nariz; de haber recibido un buen sopapo. Y para no variar, venía borracho. Así que pasé el resto del tiempo acostada a su lado, masajeándolo. Luego, en la ducha, quería que yo le jabonara la espalda. Pobre... tuve que explicarle que no era una buena idea. Ni aun ofreciéndome más dinero. ¿La razón? Las evanturianas siempre cobramos extra porque hay algo que nos distingue del resto de las chicas, no sólo tener los ojos grandes y azules y un cuerpo que os recuerda a una joven adolescente de vuestra raza. ¿No le tienta la curiosidad? Podría enseñarle el paraíso con mis habilidades vaginales. ¿Alguna vez se ha orinado de gusto justo después de correrse? No imagina lo que se está perdiendo. Lástima... en fin. Pues no es buena idea meterse en el agua con una de nosotras del mismo modo que no sería hacerlo con una anguila eléctrica. Una noche de mal humor, un gesto molesto, y adiós muy buenas el cliente. No obstante, ese tipo, George, insistió en dejarme propina. Dijo que era por lo de las sábanas. Y eso es todo. ¿No se lo ha pensado mejor? Una pena. Usted me gusta...

*[Archive 04-3182138 / Jotham F. Berrycloth (PR officer Great Casino Titan).]*

[...] Es correcto. Hizo un par de visitas a nuestro establecimiento. Recuerdo que la primera vez aparentaba ir con aires despistados, como si se sorprendiese con todo. Pero no tenía aspecto de turista. Tomó un par de cócteles. Luego jugó un rato a las máquinas tragaperras. No gastó una cantidad muy elevada, unos cien créditos a lo sumo. Regresó a nuestro casino dos días después. Venía acompañado de una señorita. No tenían un aspecto adecuado, así que pedí a seguridad que los tuviesen vigilados. Fueron a la barra y pidieron dos copas. Él un cóctel de gasificado de whisky y ella champán de Umbriel. Luego se sentaron a las mesas de juego. Al principio ese hombre perdió dinero en las suertes sencillas, pero más tarde comenzó a subir sus apuestas hasta conseguir dos plenos casi consecutivos. Después lo intentó a la ruleta. Estaba en racha. Demasiado, según nuestras estadísticas. No obstante ni el jefe de juego, ni el vigía electrónico de sala lograron descubrir sus trampas. Así que al fin hubimos de «invitarles» a que abandonaran nuestro establecimiento. En realidad podemos hacerlo acogiéndonos al derecho de admisión. Teníamos claro que tratábamos con un profesional y sólo era cuestión de tiempo que desentrañáramos el secreto de su estrategia. El tipo no protestó ni opuso resistencia. Sabía lo que se hacía. Recogió sus fichas y fue a cobrarlas. Aproximadamente se llevó unos treinta mil. En efecto, en el casino disponemos de todas esas grabaciones, pero comprenderá que sin una orden judicial no puedo ponerlas a su disposición. Y la burocracia en las colonias es especialmente lenta, caballero... Aunque he de decirle que no nos importaría hacer una excepción en el caso de que usted colabore con nosotros. Sólo para prevenir futuros asaltos a nuestra banca, no sé si me comprende... ¿Hay algo que usted sepa de su *modus operandi* y nos quiera contar? ¿Lo tienen fichado en otros casinos del sistema?



***Especial duodécimo aniversario.***

---

*[Archive 05-3192138 / Bobby Lambert (Oort Cloud Tavern - The finest beers in the Galaxy!).]*

[...] ¿Investigador privado al-servicio-de-una-importante compañía de seguros? Mmm... ¿En serio que no tiene que ver con inmigración? ¿Ni con la policía orbital? Conforme, amigo. Colaboraré con usted. Me fio de su dinero. Pero procure andarse con ojo... Los que llegan haciendo preguntas no caen demasiado bien por aquí. ¿Qué si he visto antes a este tipo? ¡Claro que lo recuerdo! Vino por mi local unas cuantas veces. Se sentaba en aquel rincón a emborracharse. Pagaba sus copas y se marchaba. Después de ocho o diez destilados, le daba por hablar solo. Sí, lo escuché, pero no prestaba atención a lo que decía. Normalmente hay mucho ruido, el ambiente está cargado y yo debo estar a lo mío. Otro viajero de paso, otro borracho más. Eso pensaba. Y entonces, una noche entró otro sujeto. Un andrógino danalturio, si mal no recuerdo. Nada más verlo ya me dio mala espina, pero en mi local entran muchos tipos raros como él, ya me entiende. El caso es que se sentó cerca y se lo quedó mirando. Y su hombre se burló de él y sus cosas colgantes. Esa gente tiene muy malas pulgas y no se andan con chiquitas. Así que al fin sucedió entre ambos lo que era de esperar: le atizó un mamporro que lo tiró de la banqueta. Yo pensé que su amigo estaba acabado. Tirado en el suelo con la nariz partida. Pero era un tipo duro. Nadie lo hubiera imaginado viéndolo en ese estado. Se sonrió. Se levantó, se sacudió la chaqueta, y se encaró a él. Cuando el resto de parroquianos ya apostaban por ver cuánto tardaba en salir volando por la puerta, fue él quién respondió con una patada en los tentáculos que lo dejó KO. ¡Bum! Así lo despidió el cabronazo. Luego se acercó a la barra, se limpió la sangre con un pañuelo y pidió la cuenta con toda tranquilidad. Antes de marcharse, apuró la cerveza de un trago y metió treinta pavos bajo el vaso. Dijo que era por las molestias. Y ya no lo he vuelto a ver. Nunca más regresó por aquí. ¿Por qué lo andan buscando? ¿Hizo algo malo, verdad? ¿Atropello y fuga? Caray.

*(Final report - 03355 / 3202138 - Agent Ishmael Karasiewicz «Kaos». Foresight Agency).*

El señuelo podía disponer con total libertad de las cantidades que le fueron asignadas. Y al fin, todo se desarrolló según habíamos pronosticado.

Encuentro al que era encargado de dar el soplo. Su beneficio pronto se hace patente: el vehículo pasa a ser de su propiedad haciendo valer la letra pequeña del contrato. Presumiblemente es también el encargado de borrar toda huella física y falsificar matrícula y documentación. Las naves se venden enteras o por piezas, según el estado en que lleguen a su taller. He visto que hay varias aparcadas esperando comprador. El sujeto en cuestión fue «neutralizado» pocas horas después de nuestra entrevista aprovechando el momento en que iba a cerrar las puertas de su negocio. Encontré en su oficina varios folletos anunciando el Milky Way Motel y también algunos posavasos del Club Planet X.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Descubro a la cabecilla de la trama. Nuestro hombre llegará a su establecimiento recomendado desde el taller. Mathilda Cranford es quien lo va estudiando y quien va disponiendo el plan a seguir. En recepción había una pantalla expositora anunciando entre otros el Great Casino Titán y el Oort Cloud Tavern. Los tatuajes de sus antebrazos, y cierto vocablo que empleó sin disimulo, me hicieron sospechar que estaba delante de una fanática religiosa. Me equivoqué por poco. En realidad era la líder de una secta, alguien que sabía cómo mantener a raya a los suyos aprovechándose de su oscura atribución. Una mujer dura de pelar, a la cual no pude sonsacar ni una palabra de lo que hicieron con Nightingale pese a someterla a intensas sesiones de tortura. Luego aparece esa otra persona que llega hasta nuestro hombre haciendo valer sus especiales dotes de seducción. Ella se las apañaba para averiguar números y claves de sus cuentas. Y ella es quien lo conduce al casino en última instancia, lugar donde les esperaba el cuarto implicado. Ese hombre, en definitiva, estaba encargado de calcular cómo y cuánto dinero podían llegar a robarle. Luego es quien, haciéndolo parecer un tramposo y mediante la amenaza de dar aviso a la policía, registraba su documentación y hacía duplicados de sus tarjetas. En el transcurso de la sesión privada que mantuve con ambos, me llamó la atención que evidenciaba tener más pavor a los «infinitos tormentos más allá de la muerte» con que la señora Cranford le amenazó si se le ocurría abrir la boca, que al muestrario de herramientas de corte que desplegué frente a él.

Respecto al sujeto del archivo seis, al principio dudé si estaba frente a un pobre diablo que no tenía nada que ver con ellos, o ante un hábil mentiroso. Los símbolos que observé de casualidad en los dibujos disimulados entre la decoración de las paredes me parecieron similares a los que hube visto en la piel de la señora Cranford antes de proceder a arrancársela. Él, como último eslabón de la cadena, raptor de nuestro reclamo, fue delatado por la chica evanturiana poco antes de hacer que ella muriese desangrada. Solventada la duda, a éste pude hacerlo hablar sin mucho trabajo. Los sótanos de su taberna oficiaban como almacén y lugar del culto, y sus alaridos me condujeron allí sin dificultad. Dadas las características de ese sitio, dada la naturaleza de las inscripciones que encontré en suelos y paredes, y los elementos que emplearon para ejecutarlo, no tuve duda de que se hizo llevando a cabo un ritual. Lo cierto es que no pude localizar pruebas de que Nightingale hubiese muerto allí, salvo unos pocos restos de ceniza esparcidos en el centro de un grabado circular hecho en el suelo. Ello me hizo pensar que tal vez encontraron el método perfecto para desembarazarse de los cuerpos de sus víctimas.

Finalizada mi misión, concluyo dando el visto bueno para que la operación de traslado de nuestro cliente se lleve a cabo. Pero no quiero despedir esta comunicación sin antes hacerles una recomendación importante: esta estación orbital fronteriza es un lugar donde los fugitivos solitarios deben obligadamente ser prudentes y es preceptivo andar siempre con mucho cuidado.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

*[Archive 00 - Client 03355 / XXX - Foresight Agency (Destination: Titan II Orbital Station).]*

[...] Comprendo que todo este asunto le genere ansiedad e incertidumbre, señor XXX. Pero entienda que su actual situación es crítica. Le seré franco: tenemos perfecto conocimiento de sus actividades. Lo averiguamos todo. Pero nuestro grupo, afortunadamente para usted, no hace distinciones entre sus clientes. ¿Un servicio caro? Nos llevaremos sólo la mitad de su inmensa fortuna por garantizar poner a salvo su vida. ¿Y qué precio tiene su vida ahora, señor XXX? En este momento está en un callejón sin salida. Lo acosa la Interpol, se halla hostigado por la policía de siete planetas, y las unidades controladas por satélite tienen la orden de disparar a matar. Su imperio se halla intervenido. Sus actividades, paralizadas. Y sus principales suministradores del Cartel de Antioquía aguardan que la justicia automática valide una fecha para su ejecución. Es cuestión de semanas que los neoagentes rastreadores den con su escondite. Acudió a nuestra organización porque se sabía acorralado. Todos lo hacen.

De poco le vale ahora dudar si echarse atrás o demostrar miedo a lo que venga después. Quiero que sea verdaderamente consciente de que la gravedad de los hechos implica que nosotros hagamos un esfuerzo extra, ¿qué hemos pensado hacer para sacarle del atolladero? De eso trata esta entrevista. Va a saber cómo están las cosas y cómo emplearemos el dinero del primer pago, señor XXX. Necesitábamos primero ese informe suyo, esas pruebas psicológicas, para tratar de determinar la persona adecuada, el hombre que se parecerá a usted y se comportara de forma similar; ése que dispondrá del dinero y de las mismas oportunidades, y que vivirá de antemano la experiencia por usted.

Lo tenemos.

También tenemos naves planeadoras. Pequeñas. Rápidas. Difícilmente detectables por los radares y menos vulnerables a los disparos de los satélites de vigilancia. El señuelo saldrá por delante y nos determinará una trayectoria de fuga recomendable. Hemos escogido Titán II, porque las estaciones orbitales fronterizas son territorio franco y no hay un registro formal de entradas y salidas. Tan sólo existe una policía orbital que poco más hace que encargarse de registrar bodegas y cobrar las tasas a los cargueros interestelares que arriban a ella. Sí, tiene razón. No es buen lugar para ir sin escolta. De hecho, es el peor lugar. Pero deberá acostumbrarse a confiar en nosotros. De ahí que nuestro programa personalizado incluya lo que nosotros denominamos la cláusula «mártir», en donde un sacrificado voluntario, nuestro señuelo, será el encargado de hacer aflorar los riesgos potenciales. Pero hay más. Tenemos un agente especializado en resolver eventualidades sin dejar rastro. Y eso es lo mejor de todo; nuestro servicio «catavenenos». Si hay algo que le pudiera perjudicar, él se encargará de eliminarlo previamente. Luego, una vez recibamos su visto bueno, ya no tendríamos por qué aplazar más tiempo su partida. Y su tiempo, tanto como el nues-



***Especial duodécimo aniversario.***

---

tro, es precioso, señor XXX. ¿Está de acuerdo con el plan expuesto? Si es así, sólo nos faltará aguardar el informe final de nuestro agente y después hacer efectivo el segundo y último pago. Pero una vez llegue a Titán II, recuerde esto: no busque líos, y los líos no le buscarán a usted.

Le deseo mucha suerte, señor. Ha sido un placer.

© *Javier Fernández Bilbao*

Javier Fernández Bilbao. Cantabria. Apasionado del género fantástico y escritor aficionado. Finalista de los «V Premios Andrómeda» y mención de honor en los «VII Premios Andrómeda». Publicado en [Planetas Prohibidos n° 3](#). Relatos aparecidos en la revista [Axxón](#) y en [Cosmocápsula n° 2](#). Ganador del «II Concurso de relato corto de literatura fantástica y ciencia-ficción Zona e-reader» y accésit en el «II Concurso sobre el medio ambiente Planeta Vivo».



## ÚLTIMA OPORTUNIDAD

*por Enza Scalici*

La humanidad está al borde del desastre y la extinción y no siempre se debe a eventos catastróficos azarosos. ¿No han tenido la sensación de estar en un terrario en lugar de un planeta?

**L**os exploradores llegaron de su excursión al planeta AL-21 con las ondas cerebrales muy contaminadas, tanto es así que Ho-non, comandante de la expedición, les ordenó descansar en la sala de recuperación de la nave madre el tiempo que fuera necesario, antes de entregar su informe.

Sus antenas psíquicas les servían de medidor para analizar a los habitantes de los mundos en estudio, y el deplorable estado psíquico que traían no presagiaba nada bueno sobre la forma de ser de la raza nativa de AL-21. Aun así, Ho-non debía esperar pacientemente hasta recibir el reporte de los investigadores viajeros para enviar sus conclusiones al Consejo Intergaláctico.

Horas más tarde, finalmente pudo reunirse con Calay, el jefe de los exploradores. Gracias a los dioses, había desaparecido de su semblante aquel aire de extravío que presentaba a la llegada, señal inequívoca del profundo malestar que lo embargaba.

—En vista del estado en qué llegaron, no espero noticias positivas —declaró sin preámbulos.

—Y no las hay, señor —contestó Calay, quien, a juicio del comandante, era uno de los seres más ecuánimes y capacitado que hubiera conocido en su larga existencia—. Estudié el informe de la observación anterior y puedo afirmar que el proceder de los nativos del planeta desde entonces no ha mejorado, al contrario...

Se calló, haciendo un gesto de duda con las manos.

—Su desarrollo emocional ha empeorado —añadió con gravedad—. Ahora más que antes siguen guiándose por la competitividad. Todo su proceder se basa en superar a sus semejantes: en la vida diaria, en los deportes, los estudios, el trabajo... Casi no hay fraternidad ni apoyo mutuo, se premia al que llega el primero, no existe la piedad y hay pocas oportunidades para los rezagados, a los que no les queda otra que sobrevivir con las sobras que dejan los adelantados...

—Esto creará muchos resentimientos —razonó Ho-non, desalentado.

—Así es, señor. De hecho, la envidia y el rencor son sentimientos muy difundidos entre los habitantes de AL-21. Es que hay mucha injusticia, unos pocos acaparan mucho más de lo que necesitan, otros carecen hasta de alimentos para sobrevivir.

—Los bienes todavía no son equitativamente repartidos.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Fue más una afirmación que una pregunta. Calaycon vino con un gesto de la cabeza.

—No, de ninguna manera lo son. Las consecuencias de esto son fáciles de imaginar —añadió—: robos, asaltos, muertes... Pocos son los que se conforman. En muchos casos el que tiene poco quiere quitarle al que tiene más. Llegan hasta el asesinato. Para algunos, ricos o pobres, la vida y el sufrimiento de sus semejantes no vale nada: torturan, violan, matan. Las cárceles siguen siendo el método represivo, y como bien sabemos eso no resuelve el problema, al contrario, lo recrudece.

—Por supuesto. Hace centenares de años que comprendimos que un delincuente privado de libertad no se regenera, la impotencia más bien aumenta su odio, no lo transmuta. Se sabe que, aparte de algunos casos patológicos, un criminal no nace, se hace. Es producto del entorno, la sociedad donde se desenvuelve, las circunstancias que rodean su crecimiento. Destierra el hambre, la pobreza y las discriminaciones y habrás eliminado el crimen. Así fue como los planetas de la Coalición evolucionaron rápidamente. Pero, por lo que veo, en AL-21 han caído en un círculo del que resulta muy difícil salirse. ¿A cuánto asciende actualmente la población del planeta?

—Siete mil millones de individuos, señor.

Ho-non abrió mucho los ojos, sin poder esconder su sorpresa.

—¡Hace doscientos años llegaban apenas a mil millones! —exclamó.

—Han seguido creciendo desmedidamente. Ni las constantes guerras han logrado detener esta expansión.

—¿Tampoco esta faceta ha cambiado?

—No, señor. Las invasiones a territorios ajenos, revueltas internas y ataques a otros países siguen sucediéndose. Las armas son cada día más letales y representan un medio para enriquecerse. Todos los que las manejan ganan: el productor, el intermediario y el distribuidor

—La muerte como medio de lucro —murmuró el comandante moviendo la cabeza con pesar.

—¿Y el estado del planeta como tal? —Inquirió luego de una pausa— ¿Qué hay de sus recursos naturales?

—Aire, mares y ríos contaminados —suspiró Calay—, bosques desaparecidos, selvas tragadas por las construcciones... Centenares de especies animales y vegetales exterminadas... en fin...

Hizo un gesto de impotencia.

Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio. Luego Ho-non lo rompió diciendo:

—Bueno... enviaré los resultados al Consejo y esperaremos su veredicto ¿Tienes



***Especial duodécimo aniversario.***

---

los informes de los demás exploradores?

Calay asintió y le entregó una laminilla holográfica, luego se despidió de su superior y se fue.

Tres días después, de nuevo fue convocado por Ho-non. Éste, enfrascado frente a una de las pantallas menores, le hizo seña para que se sentara y siguió tecleando unos segundos más. Finalmente rompió el silencio preguntando:

—¿Sabías que hace miles de años se le aplicó la solución final a otro planeta de este sistema solar?

—No, no lo sabía —contestó Calay con una expresión de sorpresa.

El comandante giró ligeramente la pantalla y el otro hombre se curvó hacia adelante, para poder verla mejor. Observó el globo pardo, agrietado y torturado que se reflejaba en ella. Transmitía una profunda soledad, unida a cierta tristeza.

—Te presento a MM8. Cuando nuestros ancestros lo descubrieron, ofrecía interesantes posibilidades para el desarrollo de vida y ellos la implantaron, felices al pensar que poblarían otro mundo más. Luego, desde lejos, observaron como la especie en estado embrionario evolucionaba junto al planeta, que floreció naturalmente, hermoso y lujuriente. Pero la nueva raza tomó el camino de las guerras y el sometimiento, y finalmente un puñado de dictadores dominaba el mundo, avasallando a sus habitantes. Sus intereses eran únicamente materiales y belicistas, así que acabaron con los recursos naturales, sin importarles la deforestación y la contaminación ambiental. Los observadores comenzaron a preocuparse cuando su tecnología les permitió comenzar a construir astronaves... que pensaban llenar de armas letales, antes de lanzarlas a la conquista arbitraria de otros mundos.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Un experimento fallido... Nuestros ancestros decidieron entonces eliminar la causa, antes de permitir los efectos.

Tecleó y la imagen del majestuoso y muerto planeta fue sustituida por el del sistema solar donde estaban estacionados.

—MM8 ocupaba este lugar —indicó el tercer círculo concéntrico a partir del sol central, en donde actualmente estaba marcada la presencia del planeta AL-21—. Sí, después de envolver al planeta con vapores soporíferos para dormir a sus habitantes, invirtieron la posición de ambos. Los de MM8 pasaron del sueño a la muerte sin darse cuenta. El planeta, alejado del sol, languideció hasta acabar como se ve ahora, mientras que AL-21 se benefició de su nueva posición y comenzó a florecer bajo el calor del sol central...

—Entonces, nuestros ancestros implantaron en él una nueva vida, que terminó siendo la civilización a la que estamos analizando —dedujo Calay.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—Así es. En el transcurso de los milenios hemos sembrado vida en diferentes mundos desiertos, esperando verla desarrollar en paz y armonía. Pero a veces, nuestras expectativas no se cumplen y debemos eliminar los posibles riesgos. Es muy deprimente, Calay.

Luego de una pausa añadió:

—Los integrantes del Consejo sugieren una solución drástica para AL-21. Opinan que este rincón del universo en particular no es idóneo para el crecimiento de ninguna raza benéfica. A veces sucede, quizás por la conformación de la atmósfera o por las emanaciones del sol central... Como sea, dejaron la decisión en mis manos y como comprenderás es una tremenda responsabilidad...

El silencio caló durante unos segundos. Calay esperaba algo parecido, pues el proceder de los habitantes del planeta no era el más idóneo, y había estado especulando sobre ello.

—¿Me permite opinar, señor? —preguntó con cautela.

—Por supuesto, para esto te convoqué —asintió su comandante—. No quisiera tomar la decisión equivocada y cargar con la duda el resto de mis días.

—No creo que esta galaxia tenga algo que determine un desarrollo negativo. Lo digo porque veo ciertas diferencias entre la evolución de ambas civilizaciones, por tanto, me parece prematuro pensar en aplicar de nuevo una solución definitiva.

—Continúa, por favor —pidió el comandante, de repente muy atento.

—Entre la raza que poblaba MM8, ¿hubo disidencia, alguna rebelión hacia los gobernantes?

—No, la historia no registró nada parecido. Los pueblos peleaban entre ellos, pero siempre sometidos al poder central. Nadie se preguntaba si guerrear estaba bien o mal. ¡No conocían otra forma de vivir!

—Pues en AL-21 sí hay disidentes. Unos se llaman a sí mismos «ecologistas» y luchan encarnizadamente para proteger los recursos naturales del planeta. Su flora y fauna, los ríos y mares, el aire y los suelos. Otros, se definen «objetores de conciencia» y se niegan terminantemente a tomar parte en guerras. Ni siquiera quieren asistir al llamado «servicio militar», obligatorio en algunas zonas del planeta. Han sido privados de su libertad, por ello. Y supimos de líderes que han liberado su tierra de los invasores sin disparar un solo tiro, actuando en base a una «resistencia pasiva». Son focos aislados, es cierto. Son llamados locos, pero persisten. Y el estudio de estos casos me lleva a pensar que algún día comenzarán a brillar con fuerza y nadie podrá seguir ignorando su mensaje.

—Entonces ¿crees que hay esperanza de redención para esa raza? —Preguntó Ho-non con repentina animación.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Calay frunció los labios. Reflexionó unos segundos antes de contestar:

—Pienso que merecen una última oportunidad, antes de tomar decisiones finales.

Ho-non apoyó el mentón en el puño cerrado y caviló un rato con la mirada perdida.

—Les concederé un tiempo de gracia —declaró por fin—. Por supuesto, no los perderemos de vista un solo segundo —añadió con premura—. Su supervivencia dependerá de su actitud futura. Si esta apertura de conciencia de la que hablaste sigue ampliándose, crecerá también la posibilidad de salvación. Su destino dependerá de la decisión de seguir guerreando y destruyendo el planeta, u optar para la paz y la regeneración. Sugeriré mantener una estricta vigilancia, pues ya están experimentando con vuelos espaciales, por tanto no podemos arriesgarnos a que lleven la actual belicoidad afuera del planeta.

—Creo que es una decisión muy acertada, señor.

Ho-non despidió a su subordinado con agradecimiento. Y cuando éste ya estaba por salir, se acordó de una cosa.

—Calay ¿qué nombre le pusieron los nativos al planeta AL-21? —preguntó.

—Tierra, señor. Lo llaman Tierra.

© Enza Scalici

Parapsicóloga y orientadora transpersonal, la producción literaria de Enza Scalici se enmarca dentro del género de la ciencia ficción y la fantasía. Ganadora de dos concursos de cuentos (*La cueva del Lobo* 2009 y *Foroelcruce* 2009), algunos de sus relatos han sido publicados en las revistas Espada y Brujería, [Alfa Eridiani](#) y la extinta Aurora Bitzine. Es autora de *Escrito en la sangre* y *El hombre que vino de Cartex (La otra cara del pecado)*, novelas publicadas por la editorial The Little French. Se puede ver una biografía más completa que ésta en <https://www.smashwords.com/books/view/448874>.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

## **UN DESCUBRIMIENTO INSÓLITO**

*por Adriana Alarco de Zadra*

Scott, Earhart, Komarov y una larga lista de nombres de exploradores resuenan en la historia por un hecho particular: dieron su vida explorando nuevos horizontes

**M**e decidí a escribir tan extraños sucesos en este diario de viaje pues no sabía lo que había pasado. Las ideas se mezclaban en mi cabeza con el horror y la furia del momento. Mil sonidos retumbaban mientras las máquinas trataban de posar la nave en la superficie.

El viento levantaba nubes de polvo y silbaba furiosamente mientras se podía entrever una llanura plana y montañas que se alzaban al fondo como cordilleras desoladas. Por un terrible error, habíamos llegado a un sitio que no aparecía en nuestra ruta. Era algo inaudito. Éramos turistas perdidos en un nuevo espacio desconocido. No podía quedarme quieto.

Decidí explorar y bajé mientras la bomba de oxígeno saltaba en mis espaldas por el viento tremendo que barría la superficie rocosa levantando piedrecillas en tan inhóspito lugar. La ráfaga arrastró consigo unas lianas largas que se enredaron entre mis piernas. ¿Que hubiera carrizos en algún lugar? Los observé con cuidado y descubrí que no eran vegetales. Eran unos largos y delicadísimos gusanos que el torbellino había arrastrado. A través de la pantalla podía ver sus manchas coloradas en la piel. Descubrí un ojo y una boca en cada punta. Eran animales bicéfalos. En el suelo, uno de ellos se movía hacia adelante y luego levantaba la cabeza al otro lado de su cuerpo y se desplazaba con la misma rapidez en dirección contraria.

Antes de que el viento los empujara lejos, introduje los extraños animales en un recipiente para muestras pues se entreveraban, se enroscaban serpenteando entre mis guantes y querían trepar por mi traje. Pequeñísimos puntos negros como de quemaduras aparecieron en mi atuendo donde tocaba la cabeza del gusano. Mis compañeros quedaron tan perplejos como yo de los extraños seres. El huracán había amainado un poco y las piedrecillas rodaban por doquier. Algo parecido a un insecto pasó raspando mi casco pero no se detuvo.

Mis compañeros estaban estudiando los nuevos seres vivos que habíamos descubierto. Los gusanos se revolvían en el recipiente de vidrio, con ojos brillantes en las puntas y pelos como púas en ambas cabezas. Al poco rato, por una de las bocas, uno de ellos vomitó una cantidad de óvulos que se abrieron y nacieron otros gusanos. El frasco se estaba abarrotando; tal vez sintetizaban alimento de



***Especial duodécimo aniversario.***

---

la luz. Decidimos dejarlos en el lugar. En tanto, se había levantado el viento nuevamente y silbaba desde lejos, arrastrando nubarrones negros que nos rodearon. Antes de darme cuenta, nos vimos envueltos en un torbellino. Enjambres de insectos parecidos a langostas volaban en ráfagas. Se cayó el frasco y se abrió dejando salir las larvas mientras los insectos los mordían con voracidad. Observamos inquietos la plaga de langostas rosadas que tenía una gran capacidad de masticación y los devoraban bajo nuestros ojos.

Davi saltó cuando un gusanillo atravesó su guante y le produjo una herida ardiente como el fuego. Después de oscurecer las pantallas de nuestra escafandra con el vapor de nuestro aliento, quedamos los tres sin respiración, aterrados. Era algo inaudito.

Entramos en la nave rápidamente y decidimos partir y alejarnos de tan desdichado lugar. Al quitarse el guante, nos dimos cuenta que el maldito gusano se había refugiado debajo de su piel y le producía un dolor insoportable.

Cortamos la mitad del animalillo que sobresalía pero siguió viviendo en dos partes, una afuera y otra dentro de la piel. Por más que lo intentamos, la mano se le hinchaba enormemente. La oruga se la estaba comiendo desde dentro y Davi gritaba del dolor. Cogí el machete y le corté la mano de un tajo. Los dedos se entrecruzaron en el estertor.

Davi suplicaba ayuda en forma desesperada y los ojos se le abultaron. Sangraba profusamente y le envolví el muñón con las nuevas telas especiales para heridas, que detuvieron la hemorragia. Algunos insectos que pudieron entrar antes de cerrar la escotilla, cubrieron la mano cortada de Davi mientras Yosi vociferaba espantada pues extraía de allí otros gusanos que pululaban dentro para introducirlos con una pinza en un frasco para muestras. Al poco rato quedaron al descubierto solamente los carpos, metacarpos y falanges y algunas larvas recorrían los huesos desnudos.

Se engullían entre ellos los gusanos y las langostas y arrojé espuma insecticida sobre los bichos. Quedaron solamente unos pocos dentro del recipiente para muestras. Los gritos desesperados de mis compañeros retumbaban en mis oídos. Estaba desorientado, furioso; me sentía inútil frente a las circunstancias.

Afuera se alejó la mancha devoradora de las cercanías y me sobrepuse al espanto. Me moví cuan rápido me fue posible y accioné las palancas y botones. Aquí estamos ahora, sobre el cielo de Marte, tratando de regresar a casa, después de un torpe aterrizaje en las llanuras de un suelo desconocido donde Davi perdió una mano. Él se recuperará, espero, y le harán un implante apenas podamos bajar a casa.

En el frasco de muestras, se están reproduciendo los gusanos hermafroditas. Se ha llenado hasta el tope y tratan de levantar la tapa. Si no llegamos pronto, acabarán con nosotros...



***Especial duodécimo aniversario.***

---

*Así termina el diario de viaje. Desde la Base Espacial tratan de comunicarse con los pasajeros de la nave que se alquila para paseos turísticos interplanetarios con rutas pre-establecidas, pantallas de observación y todas las seguridades del caso. Pero es inútil, nadie contesta a sus llamados.*

*No se atreven a suponer que los turistas hayan desaparecido en un lejano agujero negro de antimateria espacial o que hayan bajado en algún lugar no previsto en la ruta porque las reglas lo prohíben y nadie en su sano juicio desobedece las instrucciones.*

*Bajo la imperceptible luz de las lunas de Marte, un vehículo volante ha aterrizado en las arenas rojizas, pero ya no lleva pasajeros. Rebosa de inusitado movimiento; en su interior se enroscan, fecundan, nacen y se multiplican voraces larvas, orugas y gusanos. Algunas crecen para luego transformarse, en su etapa final, en langostas devoradoras de todo lo que encuentran, aún si es materia proveniente del vacío de una dimensión extraterrestre.*

© Adriana Alarco de Zadra

Adriana Alarco de Zadra, nació en Lima, Perú, es escritora en todas sus facetas (relato, poesía y teatro) y traductora de inglés e italiano. Prueba de su reconocida valía es que ha ganado varios premios por sus cuentos infantiles y sus piezas teatrales. Además le han publicado en francés, inglés, italiano, alemán, griego y finlandés. Alfa Eridiani ha recogido en una antología, *Un plato para el forastero* (<http://lektu.com/1/alfa-eridiani/un-plato-para-el-forastero/692>), sus cuentos sobre estos enigmáticos visitantes de otros mundos que recalán, por alguna u otra razón, en Ica, Perú, en lo que se conoce como el Desierto del Pácifico.



*Especial duodécimo aniversario.*

---

## VÍCTIMAS

por Andrés Urrutia

Un accidente puede tener distintas perspectivas. Andrés Urrutia nos desgrana las distintas posibilidades de ese supuesto, o no, accidente.

### VÍCTIMA 1. TURISTA

**L**a nave ha terminado el acoplamiento con el puente de abordaje. Pueden quitarse sus cinturones. Muchas gracias por viajar con Star One Enterprise.

El niño y su padre desabrocharon sus cinturones y alegres se dispusieron a abandonar la nave que los trajo hasta el Hotel Orbital. El niño rubio iba con su mochila alegre, su padre con una chaqueta de cuero de pudú transgénico. En sus rostros, no había preocupación. Están en unas vacaciones espaciales.

—Papá, ¿podremos volar por el tubo antigravitatoriocional?

—Antigravitacional. Sí, hijo —le sonrió su padre.

Mientras salían de la cabina por la puerta, pudieron ver a través de las paredes transparentes del puente de abordaje el polvo estelar que flotaba cerca de la Tierra, en un fondo negro de estrellas lejanas, infinitas, detrás de un sol infernal. El Hotel, una estación espacial de varios kilómetros de largo, de metal retorcido impecable, reluciente a la luz interestelar, tenía millones de ventanas y varios miles de almas dentro de él. Poseía todos los juegos en gravedad cero que se pudieran imaginar. Incluso aquellos privados. El Hotel giraba, el sol se asomaba, esparciendo el infierno por la Vía Láctea.

Tras el puente, se encontraban las aduanas. Era una sala de impecable color azul profundo. Detrás de una prístina cabina de color azul invierno, el padre le entregó a una burócrata, de dientes sonrientes y cabello multicolor, los pasaportes de embarque. Éstos venían con el sello gubernamental.

—Buenos días, señor. Al parecer, sus papeles están correctos.

—Muchas gracias —respondió el padre, carismático.

Pero de improviso, se escuchó una alarma frenética de tonos rojos.

—¿Qué es lo que sucede?

Una sombra saltó la barrera de abordaje y, activando las alarmas de seguridad, solamente desapareció. Luego, la explosión. En la confusión del polvo y las llamas,



***Especial duodécimo aniversario.***

---

de lugares desconocidos surgieron balas de fusiles furiosos y brotó sangre flotante de heridas mortales.

—¡¡Papaaaá!! ¡¡Me duele!! —dijo el niño.

Pero el padre ya no estaba.

Se agachó, y sin embargo era tarde. Notó a su padre en el suelo. Lo seguía en su camino abajo. Sintió caer su sangre, a través del aire ennegrecido. Nadie lo ayudaba. Nadie lo vio desplomarse en el piso. Estuvo unos segundos entre turistas, burócratas, padres. En la confusión, estaba solo con sus gritos, y con los de otros, ausentes.

Allí los segundos fueron eternos. Allí sintió cómo su vida se iba, sus lágrimas se juntaban con otras gotas rojas, con las de muchos.

Detrás del humo, la cámara terminó por despresurizarse. El viento luchó por escapar suicidamente hacia el espacio, arrasando con todo lo que lo contenía. El niño voló al cielo infinito. Voló, no supo la dirección que traía, nada lo paró. Todo explotó y no alcanzó a despedirse. En el espacio vio estrellas y, rodeadas de fuego, su sangre voló libre. En gravedad cero no pudo respirar...

Él no vio el mar de cadáveres que pobló el espacio junto con las estrellas. No vio el nuevo decorado, de rojos y plomos, del Hotel Espacial.

***VÍCTIMA 2. TERRORISTA.***

Esa mañana hicieron los últimos preparativos.

—¿Biotraje?

—Listo.

—¿Fusil Gauss?

—Listo, señor.

—¿Granadas de Racimo DAAI?

—Preparadas, señor.

—¿Casos de Realidad Aumentada?

—Listos y funcionando, señor.

—Perfecto.

El guerrillero entrenado tomó su arma. Las baterías cargadas. La pantalla de su biotraje reflejaba los rasgos duros, perdidos en su misión. Ojos oscuros, entregados al Morador de la Oscuridad. Desde las estrellas, vio primero la explosión inicial. Adentro, los guerrilleros rompieron los ventanales e irrumpieron en el muelle de embarque mientras el aire escapaba al infinito.

El guerrillero llenó de balas y fuego el espacio entre él y los seres felices. Mirando a través del humo disparó a un hombre, dos, una señora, un niño, no contaba. Sólo ira arrasadora.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

—¡N'gai Nyarlathotep! ¡Viva el Morador de la Oscuridad! ¡Ia, Ia, Nyarlathotep!

El grito macabro sólo lo escuchaban ellos. El Hotel Espacial despresurizado no lo oyó.

***VÍCTIMA 3. TECNÓCRATA.***

08:00 am. El Ministro está vestido impecable en su traje negro, camisa blanca, corbata de azul lapislázuli. Ningún cabello de más fuera de la línea, lo justo para verse amigable, lo justo para verse perfecto. Desayuno de campeones. Un beso al heredero. Un beso a la esposa. En un rincón, otro beso con lengua a la niñera.

08:50 am. Entrada a su oficina. Saludo robótico, carismático.

09:45 am. Primeros informes. «Proyecto de Ley de Protección a la Biósfera Terrestre». Impide las importaciones que puedan afectar el delicado equilibrio del planeta. Disminuye las importaciones desde las Colonias a la Tierra. No suena mal. Proyecto impulsado por un miembro del partido. Mejor. Aprobado.

10:35 am. «Decreto Supremo para el cierre de planta de refinamiento de Deuterio». Firma.

11:00 am. Café con los empleados. Sonrisa. Sonrisa. Vuelta al trabajo.

11:15 am. Solitario.

12:00 pm. «Proyecto de Ley de despenalización de la Pasta Muro».

13:00 pm. Almuerzo con ejecutivos de Star One Enterprises. Jabalí asado.

14:00 pm. Vuelta al trabajo. Buscaminas.

15:30 pm. Redacción del discurso para el CEO de la Tierra por las Jornadas de protesta ocurridas en las Colonias Exteriores esta semana. Las protestas fueron debido a la posible aprobación de la Ley de Protección a la Biósfera Terrestre.

16:00 pm. «Betsy, acuérdesese de regar las plantitas».

17:50 pm. En casa. Adiós traje. Hola bermudas y camisola holgada. «Hola hijo, ¿estás listo para nuestras vacaciones en el Hotel Espacial?»

***VÍCTIMA 2. TRABAJADOR.***

El trabajador cavaba y cavaba con su pala. La luz que emanaba de su casco iluminaba como un susurro la caverna donde se encontraba en silencio. El sudor corría por su piel asolada. Un sol frío a los lejos. El sudor corría helado, por la barbilla sin



***Especial duodécimo aniversario.***

---

barba, hace años. El planeta estaba congelado. El biotraje le apretaba. El hombre tranquilo, golpeó algo pesado.

¿Qué sería? Sentía que llevaba varias vidas trabajando allí, buscando deuterio oculto bajo la feroz capa de tierra roja y nunca se había topado con nada tan duro. Tal vez fuera algo valioso. Algo con lo que su familia podría abandonar la colonia. ¿Cuántos siglos llevaba cavando, en la completa oscuridad? Mientras en la Tierra, nadie cavaba.

Más aún con la ley que quieren impulsar. ¿Cómo podría alimentar a su familia? ¿Cómo pagar las deudas que aún lo mantenían atado de manos a esta pala hidráulica?

Tomó la roca negra entre sus manos. Negra, pulida. Pero negra. Tan negra. Tan negra. ¿Quién le devolvía la mirada? ¿Quién era aquello? ¿Quién era el Morador de la Piedra Oscura? ¿Era él, el Aullador de las Estrellas?

Alzó la roca hacia el cielo. Y lo entendió. Se abandonó. Se fue. Su familia no podría ser libre jamás. Pero podía hacer aullar en la oscuridad a más personas. Personas felices que no eran él. «Gracias», ahora lo entendía. El hombre tranquilo dejó de serlo.

Abandonó su pala y con él caminaron decenas, cientos. Y había una infinita rabia en sus ojos, abandonados a la locura. Pero sabían que su locura tenía justificación, por lo menos en los oscuros rincones de donde habían nacido.

Detrás de ellos, seres antiguos se reían a carcajadas.

#### ***VÍCTIMA 4. MÁQUINA.***

*La nave ha terminado el acoplamiento con el puente de abordaje. Pueden quitarse sus cinturones. Muchas gracias por viajar con Star One Enterprise.*

Todo normal en el puerto. Transeúntes entrando por Hangar 5.

Túnel Antigravitacional Activado. Puertas desbloqueadas.

Túnel antigravitacional para adultos desactivado. Puertas bloqueadas.

Horario matutino. Procediendo a cerrar bar.

Arribo de ministro de medio ambiente del gobierno central. Bots, atención preferencial en Hangar 5.

Código de Error 43.252.003.274.489.856.000 detectado. Activar programa Omicron. Programa Fluid estable.

Aumento de temperatura repentino. Imposible retomar. Detectando...

Explosión en cubierta 002. Actividad Terrorista detectada.



***Especial duodécimo aniversario.***

---

Enviando bots de contención. Error crítico. Fluid desactivado.

Error crítico en Hangar 5. Despresurizando cámara. Detectando áreas dañadas.

No quedan seres vivos en el hangar 5.

Situación normal.

Reactivando Fluid. Bots atendiendo al resto de los turistas.

*Pasajeros, la nave ha sufrido un pequeño percance, muchas gracias por su comprensión. El capitán envía bebidas por cuenta de la casa.*

**VÍCTIMA 5. ANTIGUO.**

En el negro espacio sin límites, detrás del cadáver, una silueta se marcaba sutilmente delante de las estrellas. El ser era traslúcido, pero había suficiente luz para notar que el ser arcano sentía lástima. Tenía ojos compasivos y había viajado mucho, de un lugar detrás del relativo ambiente no angular y asimétrico que llaman hogar.

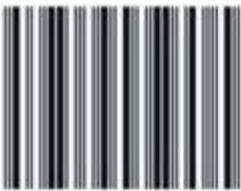
El viajero arcano se dejó emocionar un tiempo antes de que la decepción ganara sus pensamientos. Observó a la computadora central hacer sus últimos cálculos. Entre vidas y dinero, compensar la situación para que no todo fuera tan horrible. El Fluido que mantenía funcionando el Hotel Espacial se había desparramado, pero podrían sobrevivir y aún así sacar ganancias.

El cadáver era tan pequeño, pero aún tan importante. Las cámaras estaban apuntando sus imágenes desde satélites lejanos y no quedaba mucho tiempo. Antes que empezara la guerra que sus coetáneos habían ayudado a comenzar.

Mientras los cuerpos y los restos del yermo campo de matanza empezaban a precipitarse hasta su destino inicial, la Tierra, él miró una última vez el desastre. Sus tentáculos asieron al cuerpo sin vida del pequeño, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

© Andrés Urrutia

Andrés Urrutia tiene 24 años, nació en Talca, Chile. Es un escritor amateur quien publica en su blog (<http://lacanciondelatempestad.blogspot.com>) desde hace más de cuatro años. Le encanta la literatura fantástica, ciencia ficción y terror. Fanático del té, las bebidas energéticas, la comida china. Ve mucho el cine, japo-animación, lee mucho cómic y manga.



ISSN: 1696-6538

ERIDANO N° 24 - Duodécimo Aniversario  
Suplemento especial de Alfa Eridiani  
Varios Autores